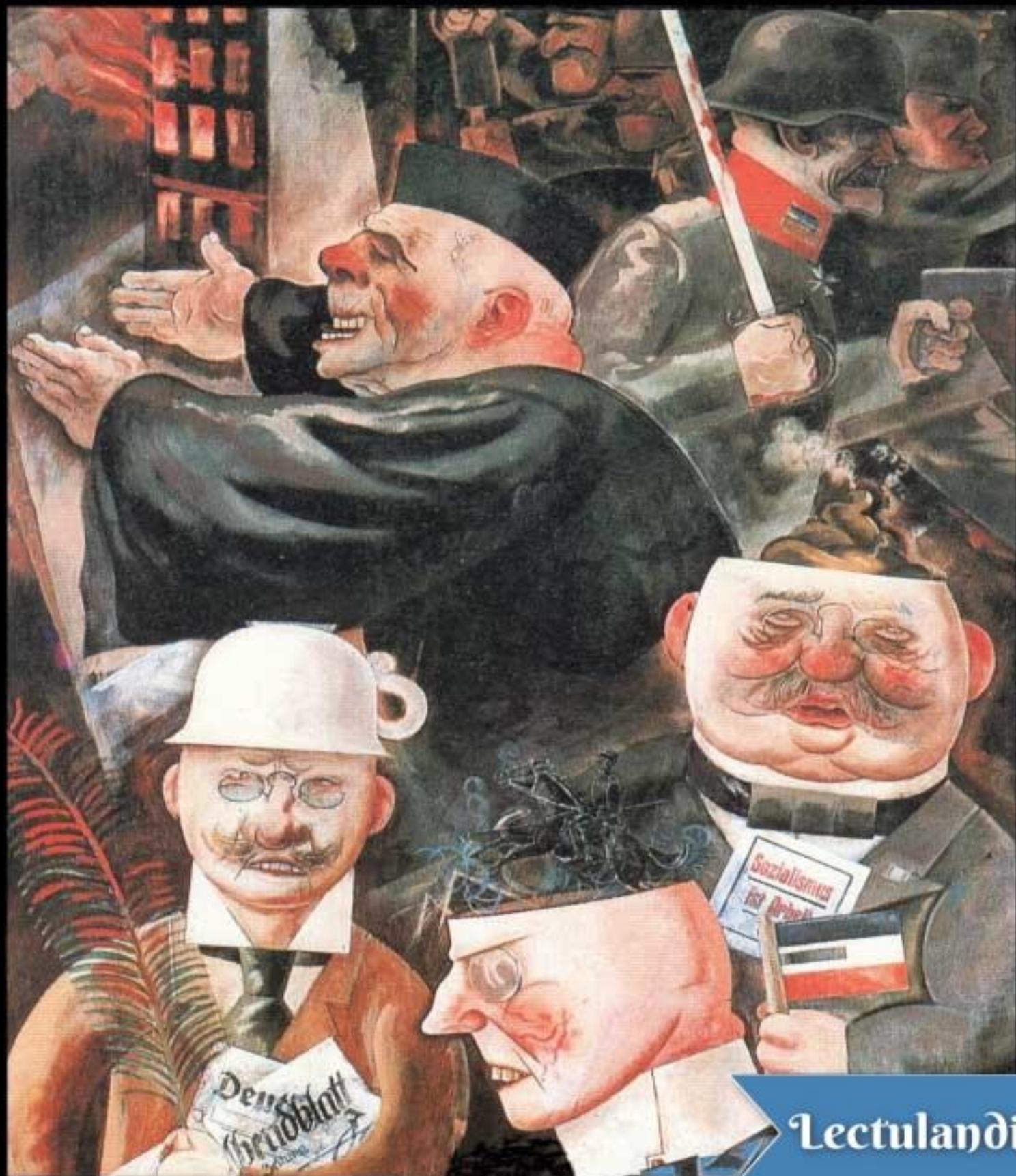


Friedrich Dürrenmatt



GRIEGO BUSCA GRIEGA



Lectulandia

Cuando el humilde contable Arnolph Arquíloco reunió en su particular ordenación moral del mundo a todas las personalidades que él consideraba como contundentes modelos éticos (el presidente de la nación, el obispo de los neopresbiterianos primitivos, el jefe de la empresa en la que trabaja...), no podía ni imaginar el cambio radical que un anuncio en la prensa iba a provocar en su mediocre existencia. Y es que si el simple y escueto «Griego busca griega» insertado en la sección «contactos matrimoniales» iba a depararle una estupenda joven, de repente esta nueva relación iba también a abrirle las puertas de un mundo inalcanzable unas horas antes. Sorprendentemente ascendido a director general de las Industrias Petit-Päyssan, y poco después nombrado secretario mundial de la Iglesia neopresbiteriana primitiva, Arquíloco se codeará, a partir de este momento, con todos sus modelos éticos, y pasará, sin saber muy bien cómo, a ser él mismo un pilar de la sociedad.

Lectulandia

Friedrich Dürrenmatt

Griego busca griega

ePub r1.0

Titivillus 10.01.2017

Título original: *Grieche sucht Griechin*
Friedrich Dürrenmatt, 1955
Traducción: Juan José del Solar
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Griego busca griega

Una comedia en prosa

Llovió durante horas, noches, días, semanas enteras. Las calles, avenidas y bulevares brillaban de humedad; a lo largo de las aceras corrían arroyuelos, arroyos, pequeños ríos; los automóviles pasaban chapoteando; la gente caminaba bajo paraguas, envuelta en abrigos, con los zapatos empapados y los calcetines siempre húmedos; los gigantes, angelitos y afroditas que, en parte, sostenían los balcones de los palacios y hoteles, y en parte estaban simplemente adheridos a las fachadas, chorreaban, goteaban, recubiertos de hilos de agua y palomina que se deshacía, y bajo el frontón griego del Parlamento las palomas buscaban protección entre las piernas y pechos de los patrióticos relieves. Era un riguroso mes de enero. Luego vino la niebla, también durante días y semanas, y una epidemia de gripe, no precisamente peligrosa para la gente decente y de buena posición —aunque se llevó a unos cuantos ricachones ya mayores, hombres y mujeres, y a varios venerables estadistas—, pero que en cambio atacó masivamente a los vagabundos que vivían bajo los puentes, junto al río. Y entretanto volvía a llover. Siempre de nuevo.

Se llamaba Arnolph Arquíloco, y madame Bieler comentaba detrás de su mostrador:

—¡Pobre chico! ¡Cómo puede alguien llamarse así! ¡Auguste, tráele otro vaso de leche!

Y los domingos decía:

—¡Tráele otro botellín de Perrier!

Auguste, en cambio, su enjuto marido, vencedor de una legendaria Vuelta a Suiza y segundo en un *tour* de Francia aún más legendario, que atendía vestido de ciclista, con una camiseta amarilla (así reunía a un pequeño público de hinchas del ciclismo), no estaba de acuerdo.

—No entiendo, Georgette —decía por la mañana al levantarse, o en la cama, o detrás de la estufa, cuando todos se habían ido y él podía calentar sus piernas flacas y peludas—, no entiendo tu cariño por el señor Arquíloco. Ya no es un jovencito. Es un tío inhibido. ¡No puede pasarse toda la vida bebiendo leche y agua mineral!

—Hace un tiempo tú tampoco bebías otra cosa —respondía Georgette con su voz profunda y poniendo los brazos en jarra o, si estaba echada en la cama, cruzándolos sobre sus enormes pechos.

—Lo admito —decía Auguste Bieler tras larga meditación y sin dejar de masajearse las piernas—. Pero lo hacía para ganar la Vuelta a Suiza, y la gané, pese a los altísimos puertos de montaña, y por poco no me hago con el *Tour* de Francia. En mi caso la abstinencia tenía un sentido. ¿Pero el señor Arquíloco? Jamás se ha acostado con una mujer. Y ya tiene cuarenta y cinco años.

Esto último molestaba a madame Bieler, que se desconcertaba cada vez que Auguste, vestido de ciclista o echado en la cama, le tocaba el tema. En general, era innegable que monsieur Arnolph, como ella llamaba a Arquíloco, tenía ciertos principios. Tampoco fumaba, por ejemplo. Y menos aún soltaba tacos. Además, Georgette no podía imaginárselo en pijama ni desnudo: tan correcto y pulcro parecía,

pese a sus pobres vestidos.

Su mundo era firme, puntual, moral, jerárquico. Arriba de todo, presidiendo esa jerarquía, esa ordenación moral del mundo, se erguía el presidente del gobierno.

—Créame, madame Bieler —solía decir Arquíloco clavando una reverente mirada en el retrato del presidente que, enmarcado en *edelweiss*, colgaba sobre las botellas de licor y aguardiente apiladas detrás del mostrador—, créame: nuestro presidente es un hombre lúcido, un filósofo, casi un santo. No fuma, no bebe, hace treinta años que es viudo, no tiene hijos. Puede usted leerlo en los periódicos.

Madame Bieler no se atrevía a contradecirlo sin más ni más. Como todos en este país, también ella sentía cierto respeto hacia el presidente; después de todo, era el único polo estable en medio de los vaivenes políticos, de la sucesión de gobiernos transitorios, aunque semejante dechado de virtudes le pareciera siniestro. Prefería no creérselo.

—Está en los periódicos —comentó una vez Georgette vacilante—. Claro que sí. Pero cómo será en realidad, nadie lo sabe. Los periódicos mienten, lo dice todo el mundo.

Que eso era un error, respondió Arquíloco, en el fondo el mundo era moral; y bebió su Perrier pausada y ceremoniosamente, como si fuera champagne.

—Auguste también cree lo que dicen los periódicos.

—No —dijo Georgette—. Lo sé perfectamente, Auguste no cree una palabra de lo que dicen.

—¿Acaso no se cree los resultados deportivos que aparecen en los periódicos?

Madame Bieler no supo qué objetar a esta réplica.

—La virtud salta a la vista —prosiguió Arquíloco limpiando sus gafas algo dobladas, de montura muy fina—. Resplandece en ese rostro y en el rostro de mi obispo.

Y se volvió hacia el retrato que colgaba encima de la puerta.

El obispo era demasiado gordo, protestó madame Bieler, no podía ser tan virtuoso como decían.

Pero la fe de Arquíloco era inmovible.

—Es su naturaleza —respondió—. Si no llevara una vida tan virtuosa y filosófica, sería aún más gordo. Mire usted en cambio a Fahrcks. ¡Qué incontrolado! ¡Qué desmedido! ¡Qué altanero! Un pecador por los cuatro costados. Y encima vanidoso.

Y, por encima de su hombro derecho, señaló con el pulgar el retrato del tristemente célebre revolucionario.

Madame Bieler no dio su brazo a torcer.

—Yo no diría vanidoso —afirmó— con ese mostacho y esas greñas. ¡Y con su sensibilidad social!

Que no era más que una forma especial de vanidad, afirmó Arnolph.

—No entiendo qué hace ese demonio tentador allí colgado. Acaba de salir de la cárcel.

—Oh, nunca se sabe —dijo madame Bieler vaciando de un trago su vaso de Campari—. Nunca se sabe. También en política hay que irse con cuidado.

Aquel obispo, volviendo a su retrato (el de Fahrcks colgaba en la pared opuesta), aquel obispo era el número dos en el mundo jerarquizado del señor Arquíloco. No era un obispo católico, aunque madame Bieler era, a su manera, una buena católica que iba a la iglesia —cuando iba— a llorar fervientemente (y eso que también lloraba con idéntico fervor en el cine); pero tampoco era protestante; Auguste Bieler (*Gödu Bieliers Gusti*), emigrado de la Suiza alemana (*Grossaffoltern*), el primer gigante de las carreteras que produjo la Confederación (*Sport* del 9.9.29), no podía reconocer obispo alguno como buen zwingliano que era (y esto también a su manera: no tenía la menor idea de que era zwingliano); el obispo era el jefe de los neopresbiterianos primitivos de los penúltimos cristianos, una secta quizás un tanto excéntrica y oscura, importada de Estados Unidos, y su retrato colgaba encima de la puerta sólo porque Arquíloco se le había presentado una vez a Georgette llevándolo bajo el brazo.

Hacía nueve meses. Fuera, un día de mayo; grandes manchas de sol en la calle; haces de rayos oblicuos dentro del pequeño restaurante; la camiseta de ciclista de Auguste nuevamente dorada, así como sus tristes piernas de corredor; sus cabellos, una nube centelleante.

—Madame —dijo Arquíloco tímidamente aquella vez—, he entrado porque veo en su local el retrato de nuestro presidente, encima del mostrador, en un lugar preeminente. Soy patriota y eso me tranquiliza. Busco un sitio donde comer a diario. Un hogar. Pero que sea siempre el mismo sitio, a ser posible en un rincón. Vivo solo, trabajo como contable, me gano la vida honradamente y soy un abstemio estricto. Tampoco fumo. Y de soltar tacos ya ni hablemos.

Luego convinieron un precio.

—Madame —añadió entonces Arquíloco entregándole el retrato y mirándola a través de sus gafitas llenas de polvo—, madame, ¿sería usted tan amable de colgar allí a este obispo de los neopresbiterianos primitivos de los penúltimos cristianos? Mejor junto al presidente. No puedo seguir comiendo en un local donde no cuelgue su retrato. Precisamente por eso ya no voy al comedor del Ejército de Salvación, donde solía comer antes. Venero a mi obispo. Es un modelo, un hombre totalmente sobrio y cristiano.

Y así colgó Georgette en su local al obispo de los penúltimos cristianos, cierto es que sólo sobre la puerta, donde permaneció mudo y contento, un hombre de bien, negado sólo a veces por Auguste, quien respondía lacónicamente a los pocos que pedían información sobre él:

—Un hincha del ciclismo.

Tres semanas más tarde se presentó Arquíloco con un segundo retrato. Una fotografía. Con autógrafo. Representaba a Petit-Paysan, el propietario de la fábrica de maquinarias Petit-Paysan. Que también le agradecería verlo allí colgado, dijo Arquíloco. Quizás en lugar de Fahrcks. Era evidente que el propietario de la fábrica

de maquinarias ocupaba el tercer lugar en su ordenación moral del mundo.

Madame Georgette se opuso.

—Petit-Paysan fabrica ametralladoras —dijo.

—¿Y qué?

—Tanques.

—¿Y qué?

—Cañones atómicos.

—Olvida usted la máquina de afeitar Petit-Paysan y los fórceps Petit-Paysan, madame Bieler, dos objetos humanitarios.

—Monsieur Arquíloco —replicó Georgette en tono solemne—, le aconsejo que se olvide de Petit-Paysan.

—Trabajo en su empresa —respondió Arnolph.

Georgette se rió.

—Pues entonces —dijo—, de nada le servirá beber leche y agua mineral, no comer carne (Arquíloco era vegetariano) y no acostarse con mujeres. Petit-Paysan provee al Ejército, y cuando el Ejército es proveído, hay guerra. Siempre ha sido así.

Pero Arquíloco no estaba de acuerdo.

—No en nuestro país —exclamó—. Ni con nuestro presidente.

—¡Bah! ¡Ese tío!

Que ella no conocía la Casa de Recuperación para Obreras Encinta, prosiguió Arquíloco imperturbable, ni el Hogar para Obreros Inválidos que había fundado Petit-Paysan. Era un hombre de gran envergadura moral, un auténtico cristiano, añadió.

Sin embargo, madame Bieler era incommovible; y fue así como además de los dos primeros modelos del señor Arquíloco (que se instalaba en su rincón, pálido, tímido y un pelín gordito, entre los hinchas del ciclismo), en la pared colgaba también el último en su jerarquía universal, el principio negativo, Fahrcks, el comunista que había urdido el golpe de Estado en San Salvador y la revolución en Borneo. Pues Arnolph tampoco consiguió nada de Georgette con el número cuatro.

Tal vez podría colgar este cuadro debajo de Fahrcks, dijo entregándole una reproducción, por lo demás barata.

Georgette preguntó quién había pintado eso y observó asombrada los cuadrados triangulares y los círculos deformados que en él se veían.

—Passap.

Y entonces quedó claro que monsieur Arnolph veneraba al celeberrimo pintor, aunque para Georgette seguía siendo un enigma lo que representaba aquel cuadro.

—La recta vida —afirmó Arquíloco.

—Pero aquí abajo dice «Caos» —exclamó Georgette señalando el ángulo inferior derecho del lienzo.

Arquíloco movió la cabeza.

—Los grandes artistas crean inconscientemente —dijo—. Sólo sé que este cuadro representa la recta vida.

Pero de nada sirvió la explicación. Y Arquíloco se sintió tan ofendido que durante tres días no apareció por el local. Al final volvió, y madame Bieler fue conociendo poco a poco la vida de monsieur Arnolph, en la medida en que se pueda llamar vida a una existencia tan puntual, ordenada y sospechosa. Así descubrió, por ejemplo, que en el orden mundial de Arquíloco aún quedaban los números cinco a ocho.

El número cinco era Bob Forster-Monroe, el embajador de los Estados Unidos, que no era un neopresbiteriano primitivo de los penúltimos cristianos, sino un presbiteriano primitivo de los penúltimos cristianos, una diferencia dolorosa, aunque no desesperanzadora, y sobre la cual Arquíloco, persona nada intolerante en materia religiosa, podía hablar horas enteras. (Aparte de todas las demás Iglesias, sólo rechazaba categóricamente a los neopresbiterianos de los penúltimos cristianos.)

El número seis en la escala de valores era *maître* Dutour.

El número siete, Hercule Wagner, el rector magnífico de la universidad.

Dutour había defendido a un asesino-violador decapitado hacía tiempo, un predicador auxiliar de los neopresbiterianos primitivos (la carne sólo profanó el espíritu del predicador auxiliar, el alma se mantuvo al margen, impoluta, a salvo); el rector magnífico había visitado, en cambio, la residencia estudiantil de los penúltimos cristianos y conversado cinco minutos con el número dos del orden mundial (el obispo).

El número ocho era Bibi Arquíloco, su hermano, una buena persona, como Arnolph aseguraba, pero sin trabajo, cosa que admiraba a Georgette, pues gracias a Petit-Paysan había trabajo en el país.

Arquíloco vivía en una buhardilla no lejos del «Chez Auguste» —tal era el nombre del restaurancito del campeón—, y necesitaba más de una hora para llegar a su puesto de trabajo en el edificio blanco, de veinte pisos, construido por Le Corbusier, donde la fábrica de maquinarias Petit-Paysan S.A. tenía su sede administrativa. En cuanto a la buhardilla: un quinto piso, pasillo maloliente, pequeña, techo en pendiente, empapelado indefinible, una silla, una mesa, una cama, una Biblia y, detrás de una cortina, su traje de domingo. En la pared: primero el presidente del gobierno, segundo, el obispo, tercero, Petit-Paysan, cuarto, la reproducción de un cuadro de Passap (triángulos cuadrangulares) y así hasta llegar a Bibi (retrato de familia con niños). Vista: una fachada sucia a dos metros de la ventana, pared de retrete, mancha inverosímil, blanca, amarilla y verde, ventanucos pestilentes y abiertos en hilera simétrica; la pared sólo recibe luz a ratos, en pleno verano, hacia el mediodía y desde arriba, y a ello se suma el ruido de los depósitos de agua. En cuanto al lugar de trabajo: una gran sala con cincuenta contables más, dividida por tabiques de vidrio que forman un laberinto en el que sólo es posible circular en zig-zag, séptimo piso, sección fórceps, mangote, lápiz detrás de la oreja, mono gris; comida en la cantina, donde él se sentía infeliz porque ni el presidente ni el obispo colgaban en las paredes, sino sólo Petit-Paysan (número tres). Arquíloco no era exactamente un contable, sino un simple subcontable. O, para ser quizá más

exactos: el subcontable de un subcontable. En pocas palabras, uno de los últimos subcontables, en la medida en que se puede hablar de un último, pues el número de contables y subcontables en la S.A. Petit-Paysan era prácticamente infinito. Sin embargo, aquel puesto modesto y casi último estaba mejor pagado de lo que la buhardilla podía hacer suponer. El motivo que lo retenía en aquel antro oscuro y rodeado de retretes era Bibi.

Madame Bieler conoció asimismo al número ocho (el hermano).

Un domingo. Arnolph había invitado a almorzar a Bibi Arquíloco. Al «Chez Auguste».

Bibi se presentó con su mujer, dos amantes y sus siete hijitos, los mayores de los cuales, Theophil y Gottlieb, eran casi adultos. Magda-Maria, de trece años, llevó a un admirador. Bibi resultó ser un borracho empedernido; su esposa llegó acompañada por el «tío», como llamaban a un capitán jubilado, con una salud a prueba de balas. Un barullo atroz, insoportable incluso para los hinchas del ciclismo. Theophil se jactaba de su estancia en la correccional; Gottlieb, del atraco a un banco; Mathäus y Sebastian, de doce y nueve años, repartían pinchazos con sendos cuchillos, y los dos menores, mellizos, de seis años, Jean-Christophe y Jean-Daniel, se disputaban una botella de ajenjo.

—¡Qué gentuza! —exclamó Georgette horrorizada, cuando se hubo marchado la infernal pandilla.

—Aún son niños —los defendió Arquíloco y pagó la cuenta (la mitad de su sueldo mensual).

—Oiga —dijo madame Bieler indignada—. Su hermano parece mantener a una banda de delincuentes. ¿Y encima le da usted dinero? ¿Casi todo lo que gana?

Pero la fe de Arquíloco era inconvencible.

—Hay que mirar el fondo, madame Bieler —le dijo—, y el fondo es bueno. Como en cualquier persona. Las apariencias engañan. Mi hermano, su esposa y sus hijitos son seres nobles, sólo que acaso no han sabido adaptarse del todo a esta vida.

Pero esa vez, también un domingo —eran ya las nueve y media—, Arnolph entró en el restaurancito por una razón muy distinta, llevando en el ojal una rosa roja. Georgette lo esperaba con impaciencia. La culpa de todo la tenían esa lluvia interminable, la niebla, el frío, los calcetines siempre húmedos, y la epidemia de gripe (que con el tiempo se convirtió en una gripe intestinal); todo se confabuló para que Arquíloco, cuya habitación ya conocemos, no pudiera dormir a causa del ruido permanente. Todo esto le había hecho cambiar de parecer, gradualmente, mientras el agua aumentaba en las cunetas de las calles, y así acabó cediendo cuando madame Bieler volvió a insistir en aquel tema específico, que la ponía de mal humor.

—Debería casarse, monsieur Arnolph —le había dicho—. No es vida eso de estar metido en una buhardilla, y pasarse todo el tiempo entre hinchas del ciclismo tampoco es lo más adecuado para un hombre con aspiraciones. Debe buscarse una mujer que se ocupe de usted.

—Usted se ocupa de mí, madame Bieler.

—¡Qué dice! Tener una esposa es algo muy distinto. Un calorcito suave, ya verá.

Hasta que por fin obtuvo su aprobación para poner un anuncio en *Le Soir*, y en seguida buscó papel, pluma y tinta.

—«Contable soltero, cuarenta y cinco años, neopresbiteriano primitivo, sensible, busca neopresbiteriana primitiva...» —propuso.

—No es necesario —dijo Arquíloco—. Ya convertiré a mi esposa a la verdadera fe.

Georgette lo entendió.

—«Busca una mujer cariñosa y alegre, de su edad, no importa que sea viuda...»

Arquíloco insistió en que debía ser una joven.

Georgette se mantuvo firme.

—Quítese de la cabeza la idea de una joven —le dijo en tono enérgico—. Usted jamás ha estado con una mujer y uno de los dos ha de saber cómo se hacen ciertas cosas.

Monsieur Arnolph se atrevió a objetar que tenía una idea totalmente distinta del anuncio.

—¿Y cuál es?

—¡Griego busca griega!

—¡Dios mío! —exclamó madame Bieler asombrada— ¿es usted griego? —y contempló fijamente la figura más bien regordeta, maciza y nórdica del señor Arquíloco.

—Oiga, madame Bieler —dijo él con voz tímida—, ya sé que al pensar en un griego la gente se imagina algo muy diferente de lo que yo soy; pero ha pasado mucho tiempo desde que un antepasado mío emigró a este país para acabar muriendo en Nancy al lado de Carlos el Temerario. De ahí que ya no tenga realmente aspecto de griego. Lo admito. Pero ahora, madame Bieler, en medio de esta niebla, de este frío y de esta lluvia me invade la nostalgia de mi país, como casi siempre en invierno, pienso en el Peloponeso con sus roquedales rojizos y su cielo azul (una vez leí un artículo del *Match* sobre el tema); por eso sólo quiero casarme con una griega, que sin duda estará tan abandonada como yo en este país.

—Es usted un auténtico poeta —respondió Georgette secándose los ojos.

Y dos días después, Arquíloco ya había recibido una respuesta. Un sobrecito perfumado, una tarjetita azul como el cielo del Peloponeso. Chloé Saloniki le escribía que estaba sola y preguntaba cuándo podría verlo.

Por consejo de Georgette se citó con Chloé por escrito: «Chez Auguste», domingo tantos y tantos de enero. Distintivo: una rosa roja.

Arquíloco se puso su traje azul oscuro de confirmación y olvidó el abrigo. Estaba intranquilo. No sabía si era mejor dar media vuelta y refugiarse en su buhardilla; por primera vez se sintió incómodo al ver a Bibi esperando frente al «Chez Auguste», casi irreconocible entre la niebla.

—Dame dos y medio de los grandes —dijo Bibi tendiéndole su vacía mano fraterna—. Magda-Maria necesita clases de inglés.

Arquíloco se quedó de una pieza.

—Tiene un nuevo pretendiente, muy decente —explicó Bibi—, pero sólo habla inglés.

Y Arquíloco, con su rosa roja, pagó.

También Georgette estaba intranquila; sólo Auguste se había sentado junto a la estufa, como siempre que no había clientes, con su ropa de ciclista, frotándose las piernas desnudas.

Madame Bieler estaba limpiando el mostrador.

—Me pregunto cómo será —dijo—. Me la imagino gorda, cariñosa. Ojalá no demasiado vieja, porque de su edad no ha escrito nada. Aunque, ¿a quién le gusta hablar de esas cosas?

Arquíloco, aterido, pidió una taza de leche caliente.

Y mientras se limpiaba una y otra vez las gafas, empañadas por el vaho de la leche, Chloé Saloniki entró en el local.

Arquíloco, que era miope, al comienzo sólo vio a Chloé borrosamente, con un gran punto rojo a la derecha, debajo del rostro ovoide; «la rosa», pensó; pero el silencio que de pronto se apoderó del restaurante, aquel silencio espectral en el que no tintineaba un solo vidrio ni se oía respirar a nadie, lo puso tan nervioso que no pudo ponerse las gafas en seguida. Pero en cuanto lo hizo, volvió a quitárselas para limpiarlas de nuevo nerviosamente. Era increíble. Se había producido un milagro en aquel figón, entre la niebla y la lluvia. Ante aquel solterón regordete y tímido, ante aquel filántropo que vivía recluido en una pestilente buhardilla, parapetado detrás de su leche y su agua mineral, ante aquel subcontable de un subcontable, lastrado por principios y agobiado por toda suerte de inhibiciones, con los calcetines siempre húmedos y agujereados y la camisa arrugada, los trajes demasiado cortos, los zapatos gastados y una serie de opiniones absurdas, se presentó un ser tan encantador, un dechado tan puro de gracia y de belleza, una damita tan auténtica que Georgette no se atrevió a moverse y Auguste, incómodo, escondió sus piernas de ciclista detrás de la estufa.

—¿El señor Arquíloco? —preguntó una voz suave y titubeante.

Arquíloco se levantó, rozó la taza con una manga y la leche salpicó sus gafas. Pero al final se las puso y, entre los hilitos de leche, miró parpadeando a Chloé Saloniki, sin moverse.

—Otra taza de leche —dijo por último.

—¡Oh! —dijo Chloé riéndose—, para mí también.

Arquíloco se sentó sin poder apartar de ella la mirada ni invitarla, cosa que, sin embargo, le hubiera gustado hacer. Tenía miedo, lo irreal de la situación lo oprimía y no osaba pensar en su anuncio. Abochornado, se quitó la rosa del ojal. Esperaba que, en cualquier momento, ella daría media vuelta y se iría, decepcionada. Pensó que quizá sólo estaba soñando. Se hallaba inerme, a merced de la belleza de esa joven, entregado a la maravilla de aquel instante incomprensible y del que tampoco cabía esperar que durase mucho rato. Se sintió feo y ridículo, el entorno de su buhardilla surgió de pronto ante él, magnificado, la desolación del barrio obrero en que vivía, la monotonía de su trabajo de contabilidad. Pero ella se sentó sin más ni más a su mesa, frente a él, y lo miró con sus ojazos negros.

—¡Oh! —dijo feliz—, no te había imaginado tan simpático. Me alegra que nos hayamos encontrado, dos griegos. Pero dame tus gafas, que están llenas de leche.

Se las quitó y las limpió, al parecer, con el pañuelo que llevaba al cuello —al menos eso creyó ver el miope Arquíloco—, tras haber empañado con su aliento los cristales.

—Señorita Saloniki —dijo al final con voz ahogada, como si estuviera leyendo su propia condena a muerte—, quizá yo no sea ya un griego de verdad. Mi familia emigró en tiempos de Carlos el Temerario.

Chloé dijo riendo:

—Un griego siempre será griego.

Luego le puso las gafas, y Auguste trajo la leche.

—Señorita Saloniki...

—Llámame Chloé —dijo ella— y tutéame ahora que vamos a casarnos; quiero casarme contigo porque eres griego. Sencillamente quiero hacerte feliz.

Arquíloco se ruborizó.

—Es la primera vez, Chloé —dijo finalmente—, que hablo con una chica; normalmente sólo converso con madame Bieler.

Chloé calló, pareció meditar sobre algo, y ambos bebieron la leche humeante.

Cuando Chloé y Arquíloco hubieron abandonado el local, madame Bieler recuperó el habla.

—¡Has visto qué primor! —dijo—. Como para no creérselo. Llevaba un brazalete y un collar... cientos de miles de francos. Habrá trabajado firme y seguido. ¿Y viste el abrigo? ¿Qué piel será? Imposible desear una esposa mejor.

—Y jovencísima —añadió Auguste, sin salir de su sorpresa.

—¡Qué va! —replicó Georgette sirviéndose un vaso de Campari con sifón—; seguro que tiene más de treinta. Pero muy bien llevados. Le harán masajes cada día.

—También yo me los hacía cuando gané la Vuelta a Suiza —dijo Auguste y lanzó una melancólica mirada a sus flacas piernas.

—¡Y qué perfume!

Chloé y Arquíloco se detuvieron en la calle. Seguía lloviendo. La niebla también seguía allí, oscura, y ese frío que atravesaba la ropa.

En el *quai*, frente a la Organización Mundial de la Salud, había un restaurante donde no servían alcohol, dijo él por último:

—Muy barato.

Se congelaba en su traje de confirmación, raído y húmedo.

—Dame el brazo —lo animó Chloé.

El subcontable estaba confundido. No sabía muy bien cómo hacerlo. Apenas se atrevía a mirar al ser que avanzaba a su lado a través de la niebla, con un pañuelo azul plateado en torno a los negros cabellos. Se sentía un poco incómodo. Era la primera vez que salía con una chica por la ciudad, y en el fondo se alegraba de que hubiera niebla. En alguna iglesia dieron las diez y media. Caminaron por las calles desiertas de un suburbio, cuyas casas se reflejaban en el asfalto mojado. Sus pasos resonaban contra las paredes. Era como si avanzaran bajo las bóvedas de un sótano. No había un alma. Un perro medio muerto de hambre les salió al paso desde la oscuridad, un spaniel cazcarriente, blanco y negro, empapado, con las orejas gachas y la lengua fuera. Casi no se veían las luces rojas de las calles. Luego pasó un autobús tocando absurdamente el claxon, rumbo a la estación del Norte, al parecer. Subyugado por la calle desierta, por el domingo, por el tiempo, Arquíloco se pegó a la suave piel del abrigo de Chloé hasta hacerse un lugar bajo el pequeño paraguas rojo de la joven. Caminaban acompasadamente, casi como una auténtica pareja de enamorados. En algún sitio, entre la niebla, resonaron las voces metálicas del Ejército de Salvación, y a ratos se oía, desde las casas, el concierto matinal del domingo en la *Télédiffusion*, una sinfonía de Beethoven o de Schubert que se mezclaba con los bocinazos de los coches perdidos en la niebla. Iban bajando a contracorriente, según intuían, por calles monótonas y visibles sólo a trechos, cuando aclaraba un poco, pero que volvían a diluirse en la penumbra gris. Luego prosiguieron por un bulevar infinito, de fachadas siempre iguales y aburridas, como ya podía adivinarse claramente, con villas de banqueros arruinados tiempo atrás y de *cocottes* marchitas, con columnas dóricas y corintias ante las puertas, con rígidos balcones y ventanas altas en el primer piso, por lo general iluminadas, en su mayoría dañadas, fantasmagóricas, goteantes.

Chloé empezó a contar la historia de su juventud, maravillosa como ella misma. Contaba con voz vacilante, a ratos azorada. Pero al subcontable se le antojaba natural todo lo increíble, al fin y al cabo estaba viviendo un cuento de hadas.

Era huérfana (según su relato), hija de unos griegos que emigraron de Creta y sucumbieron a las crudas heladas invernales. En una barraca. Luego llegó el gran abandono. Creció en un barrio miserable, harapienta e inmunda como ese spaniel blanquinegro que acababan de ver; robaba fruta y saqueaba los cepillos de las iglesias. La policía la perseguía, los rufianes la acechaban. Ella dormía bajo los puentes, entre vagabundos y en toneles vacíos, arisca y recelosa como un animalito. Luego fue literalmente recogida por una «pareja arqueológica» durante un paseo

vespertino, y enviada a un colegio de monjas, y ahora vivía en casa de sus protectores como criada, bien vestida y bien comida; una historia conmovedora, en resumidas cuentas.

—¿Una pareja arqueológica? —replicó Arnolph extrañado. Nunca había oído algo semejante.

Un matrimonio que estudiaba arqueología, explicó Chloé Saloniki, y que había realizado excavaciones en Grecia.

—Descubrieron un templo con estatuas preciosas, recubiertas por el musgo, y columnas doradas —dijo.

¿Y cómo se llamaba esa pareja?

Chloé titubeó. Parecía buscar un nombre.

—Gilbert y Elizabeth Weeman.

—¿Los famosos Weeman?

(En el *Match* acababa de aparecer un artículo con fotos a color.)

—Los mismos.

Ya los incluiría en su ordenación moral del mundo, dijo Arnolph. Serían los números nueve y diez, o tal vez los seis y siete, ya que *maître* Dutour y el rector magnífico podrían ocupar los puestos nueve y diez, lo cual no dejaba de ser un honor.

—¿Tienes una ordenación moral del mundo? —preguntó Chloé sorprendida—. ¿Y eso qué es?

—Significa que hay que tener un asidero en esta vida, modelos éticos —dijo Arquíloco; y añadió que él tampoco lo tenía fácil, aunque no hubiera crecido entre asesinos y vagabundos como ella, sino con su hermano Bibi en un orfanato. Y empezó a describirle su ordenación moral del mundo.

El tiempo cambió sin que ellos dos, al principio, se dieran cuenta. La lluvia había cesado, y la niebla, al aclararse, había ido formando una serie de figuras espectrales: dragones larguísimos, osos lerdos y hombres gigantes que planeaban por encima de las villas, bancos, edificios públicos y palacios, chocando unos con otros y elevándose para, finalmente, disiparse. Un cielo azul resplandecía entre las masas de niebla, impreciso en un principio, delicado, sólo una premonición de la primavera, que aún estaba lejos, y de la luz solar; un cielo infinitamente tenue, luego cada vez más claro, radiante y poderoso. Sobre el asfalto húmedo aparecieron de pronto las sombras de los edificios, de las farolas, de los monumentos y de la gente, y todos los objetos adquirieron súbitamente una gran nitidez, brillando bajo esa luz que lo inundaba todo.

Se hallaban en el *quai*, ante el palacio del presidente. El río tenía un color pardo y estaba muy crecido. Sobre él se curvaban puentes de barandillas oxidadas. Vieron pasar embarcaciones de carga vacías, con pañales colgados y capitanes friolentos que iban de un lado a otro fumando sus pipas. La calle se llenó de paseantes dominicales, abuelos solemnes con sus nietos emperifollados y familias que formaban fila en las aceras. Por todas partes había policías, reporteros y periodistas que, evidentemente, esperaban al presidente. Éste salió del palacio en su histórica carroza tirada por seis corceles blancos, escoltado por su guardia montada con yelmos dorados y penachos blancos; iba a celebrar un acto público en algún lugar, descubrir un monumento, colgar una medalla en algún pecho o inaugurar un orfanato. Ruido de cascos, retumbar de fanfarrias, exclamaciones y sombreros que llenaban el aire purificado por la niebla y la lluvia.

Y entonces ocurrió algo inconcebible.

En el preciso momento en que el presidente pasaba delante de Chloé y Arquíloco, y Arnolph, feliz por ese inesperado encuentro con el número uno de su ordenación del mundo (que se disponía a explicar a Chloé), estaba mirando a Su Excelencia, ya canoso y con la barba en punta —su imagen recubierta de oro, enmarcada por la ventanilla de la carroza, era idéntica al retrato que colgaba sobre las botellas de Pernod y Campari de madame Bieler—, el mandatario saludó de pronto al subcontable agitando la mano derecha, como si Arquíloco fuera un viejo conocido suyo. Y fue tan evidente el movimiento de su guante blanco, y tan claro que se dirigía a él, que dos policías de imponente bigote se cuadraron.

—El presidente me ha saludado —tartamudeó Arquíloco perplejo.

—¿Y por qué no habría de saludarte? —preguntó Chloé Saloniki.

—Pero si sólo soy un ciudadano sin importancia.

—Como presidente del gobierno es el padre de todos nosotros —dijo Chloé explicando el extraño suceso.

Y entonces se produjo otro hecho que, si bien Arquíloco tampoco pudo comprender, lo llenó de un renovado orgullo.

En realidad se disponía a hablar del número dos de su ordenación del mundo, el

obispo Moser, y de la profunda diferencia que se había creado entre los neopresbiterianos primitivos y los presbiterianos primitivos de los penúltimos cristianos, para luego mencionar brevemente a los neopresbiterianos (aquel escándalo en el seno de la Iglesia presbiteriana), cuando se toparon con Petit-Paysan (número tres de la ordenación del mundo, y cuyo turno, por tanto, aún no había llegado) que salía o bien del Banco Mundial, situado a quinientos metros del palacio presidencial, o de la catedral de San Lucas, que quedaba al lado del Banco Mundial. Llevaba puesto un abrigo finísimo, una chistera y un fular blanco: el summum de la elegancia. El chófer ya había abierto la puerta del Rolls-Royce cuando Arnolph divisó a Petit-Paysan. Arquíloco no supo qué hacer. Era un acontecimiento único y, con relación a las explicaciones que precisamente estaba dándole a Chloé sobre su ordenación del mundo, altamente instructivo. El gran industrial no conocía a Arquíloco —no podía conocerlo, ya que éste era sólo un subcontable en la sección fórceps—, lo cual animó a Arnolph a señalar con el dedo al Sublime, aunque no a saludarlo (no se saluda a los dioses). Y si bien sintió miedo, la conciencia de poder pasar inadvertido frente al poderoso le dio confianza en sí mismo. Pero en ese momento, y al igual que con el presidente, lo inconcebible ocurrió por segunda vez: Petit-Paysan sonrió, se quitó la chistera, la agitó un instante, se inclinó cortésmente ante Arquíloco que empezaba a empalidecer, se dejó caer en el asiento de su limusina, saludó nuevamente y se alejó a toda marcha.

—Era Petit-Paysan —dijo Arquíloco sin aliento.

—¿Y qué?

—¡El número tres en mi ordenación del mundo!

—¿Y?

—¡Me ha saludado!

—Eso espero.

—Pero si no soy más que un subcontable que trabaja con otros cincuenta subcontables en la subsección más insignificante de la sección fórceps —exclamó Arquíloco.

—Pues ha de ser un hombre de gran sensibilidad social —afirmó Chloé—, digno de ocupar el tercer lugar en tu ordenación moral del mundo.

Era evidente que aún no se había percatado de lo insólito de aquel encuentro.

Pero los milagros de ese domingo que, en pleno invierno, era cada vez más cálido y radiante, con un cielo cada vez más azul e irreal, no acabaron aquí: la gigantesca ciudad parecía toda ella, de buenas a primeras, saludar a Arquíloco, que se paseaba con su griega por los puentes con barandilla de hierro forjado y los viejos parques, pasando frente a palacios semiderruidos. Arnolph se sentía cada vez más seguro y orgulloso, su andar volvióse más libre, su rostro, más resplandeciente. Era algo más que un subcontable. Era un hombre feliz. Jóvenes elegantes lo saludaban desde los cafés, los autobuses y las Vespas, así como también refinados caballeros de sienes plateadas; lo saludó hasta un general belga cargado de condecoraciones —

evidentemente del cuartel general de la OTAN—, que bajaba de un Jeep. Frente a la embajada norteamericana, el embajador Bob Forster-Monroe, flanqueado por dos perros pastores escoceses le envió un clarísimo *hallo*, mientras que el número dos (el obispo Moser, aún más entrado en carnes que en el retrato que tenía madame Bieler) se encontró con ellos entre el Museo Nacional y el crematorio, camino al restaurante analcohólico, frente a la Organización Mundial de la Salud. El obispo Moser también saludó —cosa que a esas alturas ya resultaba natural—, pese a que sólo conocía a Arquíloco de un sermón pascual, y no personalmente, sino como un oyente más entre un grupo de beatas que entonaban salmos. Arnolph, en cambio, había leído cientos de veces la vida del obispo en el opúsculo que, sobre aquel personaje ejemplar, circulaba entre los miembros de la comunidad. Pero el dignatario pareció aún más confundido que el miembro de su Iglesia neopresbiteriana primitiva al que iba dirigido el saludo, pues desapareció precipitadamente en una absurda callejuela.

Luego almorzaron juntos en el restaurante analcohólico. Sentados junto a la ventana, miraban el río y, en la otra orilla, el edificio de la Organización Mundial de la Salud con el monumento a un célebre funcionario de dicho centro ante la puerta, sobre el cual las gaviotas se paraban, y desde el cual emprendían vuelo para rodearlo y volver a posarse en él. Ambos estaban cansados de la larga caminata y siguieron cogidos de la mano incluso cuando les pusieron delante el plato de sopa. El restaurante estaba ocupado principalmente por neopresbiterianos primitivos (sólo había unos cuantos presbiterianos primitivos entre ellos), en su mayoría viejas solteras y solterones estafalarios que iban a comer allí los domingos para contribuir a la lucha contra el alcohol, aunque el propietario, un católico empedernido, se negaba rotundamente a colgar en la pared el retrato del obispo Moser. Por el contrario, junto al del presidente colgaba el del arzobispo.

Más tarde se sentaron, dos griegos bajo dos griegos, cada vez más pegados uno a otro, bajo un deteriorado grupo escultórico del antiguo parque municipal que, según las guías turísticas y los planos de la ciudad, representaba supuestamente a Dafnis y Cloe. Vieron ocultarse el sol detrás de los árboles como un globo rojo. Allí también saludaron a Arquíloco. Aquel hombre insignificante (pálido, con gafas, algo regordete), en el que sólo habían reparado hasta entonces los hinchas del ciclismo y los subcontables, parecía interesar de pronto a toda la ciudad, convirtiéndose en el centro de la vida social. El cuento de hadas siguió su curso. El número cuatro (Passap) pasó acompañado por un grupo de críticos de arte, en parte perplejos y en parte entusiasmados: el maestro acababa de dejar su etapa de ángulos rectos, círculos e hipérbolas y a partir de ahora sólo pintaría ángulos de 60° con elipses y parábolas, y en vez de rojo y verde, usaría azul cobalto y ocre. El gran maestro de la pintura moderna se detuvo extrañado, masculló algo, observó detenidamente a Arquíloco, lo saludó brevemente con la cabeza y prosiguió su camino y su clase magistral. Los exnúmeros seis y siete (ahora nueve y diez), *maître* Dutour y el rector magnífico, saludaron, en cambio, con un casi imperceptible guiño. Ambos iban al lado de sus corpulentas esposas.

Arquíloco se puso a hablar de su vida.

—No gano mucho —dijo—, el trabajo es monótono, informes sobre los fórceps, y hay que hacerlo con absoluta precisión. El jefe, un vicecontable, es severo. Y encima tengo que ayudar a mi hermano Bibi y a sus hijitos, gente entrañable, quizás algo ingenuos y salvajes, pero honrados. Ahorraremos y dentro de unos años nos iremos a recorrer Grecia. El Peloponeso, las islas. Hace tiempo que sueño con hacerlo, y ahora que sé que haré el viaje contigo, el sueño es aún más bonito.

Ella se alegró.

—Será un viaje precioso —dijo.

—En barco.

—En el *Julia*.

Arnolph la miró con aire interrogativo.

—Es un barco de lujo, Mrs. y Mr. Weeman viajan en él.

—Por supuesto —recordó Arquíloco—, también salió en el *Match*. Pero el *Julia* es demasiado caro para nosotros, y dentro de veinte años será chatarra. Viajaremos en un carguero de carbón. Será más barato.

Que a menudo pensaba en Grecia, siguió diciendo y miró la niebla que se aprestaba a volver y flotaba sobre el suelo como un humo blanco, ligero. Entonces veía claramente los viejos templos semiderruidos y los rojizos roquedales que brillaban entre los olivares. A menudo tenía la sensación de estar exiliado en aquella ciudad, como los judíos en Babilonia, y añadió que el objetivo de su vida consistiría en regresar alguna vez a su vieja patria, tanto tiempo abandonada.

La niebla formaba ahora unos como gigantescos copos de algodón blanco que acechaban detrás de los árboles y a orillas del río, y envolvían a los cargueros que

pasaban lentamente, haciendo sonar con fuerza sus sirenas; luego se elevaba en llamaradas violáceas para empezar a extenderse en cuanto el gran disco rojo del sol se hundiera. Arquíloco acompañó a Chloé hasta el bulevar donde vivía el matrimonio Weeman, un barrio rico y distinguido, según pudo apreciar. Fueron bordeando rejas y enormes jardines con viejos árboles, detrás de los cuales apenas se adivinaban las villas. Álamos, olmos, hayas y pinos negros se alzaban contra el plateado cielo vespertino, desapareciendo entre nubes de niebla cada vez más densas. Chloé se detuvo ante una puerta de hierro forjado con angelitos y delfines, extrañas hojas y espirales y dos gigantescos zócalos de piedra, iluminada por la luz roja de una farola que presidía el portal.

—¿Mañana por la tarde?

—¡Chloé!

—¿Tocarás el timbre? —preguntó ella señalando un dispositivo anticuado—. ¿A las ocho?

Luego besó al subcontador, le pasó ambos brazos por el cuello y volvió a besarlo por segunda y tercera vez.

—Iremos a Grecia —susurró ella—, a nuestra vieja patria. Muy pronto. Y en el *Julia*.

Abrió la puerta de hierro forjado y desapareció entre los árboles y la niebla, girándose una vez más para hacerle señas, gritándole alguna palabra tiernamente, como un ave misteriosa, y dirigiéndose a un invisible edificio que debía de existir en el parque.

Arquíloco, en cambio, caminó de vuelta hasta su barrio obrero. Tenía un buen trecho por delante: recorrió todas las calles por las que acababa de pasar con Chloé. Recordó las etapas de aquel domingo de fábula, se detuvo un momento ante el banco abandonado, bajo la estatua de Dafnis y Cloe, luego frente al restaurante analcohólico del que acababan de salir las últimas solteronas neopresbiterianas primitivas, una de las cuales lo saludó y, sin duda, lo esperó en la esquina siguiente. Él prosiguió su camino, pasando frente al crematorio y al Museo Nacional, a lo largo del *quai*. La niebla era espesa, pero no sucia como los días anteriores, sino suave, lechosa, una niebla prodigiosa, según le pareció, con largos haces de rayos dorados y finas estrellas puntiagudas. Llegó al Ritz, y cuando pasaba ante el suntuoso portal de entrada, custodiado por un portero de dos metros de altura, abrigo verde, pantalones rojos y un gran bastón de plata, Gilbert y Elizabeth Weeman, los mundialmente célebres arqueólogos que él conocía por las fotos de los periódicos, salían del hotel. Eran dos ingleses típicos, también ella más hombre que mujer, con el mismo corte de pelo que él, ambos provistos de quevedos de oro, Gilbert con un bigote rojo y una pipa corta (a decir verdad los únicos rasgos que lo distinguían claramente de su esposa).

Arquíloco cobró ánimos.

—Madame, monsieur —dijo—, mis respetos.

—*Well* —dijo el investigador mirando con asombro al subcontable que estaba frente a él con su traje de confirmación raído y sus zapatos gastados, y al que Mrs. Elizabeth observaba atónita a través de sus quevedos—; *well* —y añadió luego—: *Yes*.

—Les he asignado los números seis y siete en mi ordenación moral del mundo.

—*Yes*.

—Ustedes acogieron a una griega —prosiguió Arquíloco.

—*Well* —dijo Mr. Weeman.

—Yo también soy griego.

—Oh —dijo Mr. Weeman sacando su cartera.

Arquíloco hizo un gesto de rechazo.

—No, señor, no, señora —dijo—. Ya sé que mi aspecto no inspira confianza, y quizás tampoco sea precisamente griego, pero el sueldo que gano en la fábrica de maquinarias Petit-Paysan me bastará para fundar un modesto hogar con ella. Sí, y hasta podremos pensar en posibles hijitos, aunque sólo tres o cuatro; la fábrica de maquinarias Petit-Paysan posee una casa de recuperación para las mujeres encinta de sus obreros y empleados, dotada con los últimos avances técnicos.

—*Well* —dijo Mr. Weeman guardando su cartera.

—Adiós —replicó Arquíloco—. Que Dios los bendiga, rezaré por ustedes en la iglesia neopresbiteriana primitiva.

Pero ante la puerta de su casa encontró a Bibi con la fraterna mano vacía.

—Theophil ha hecho un trabajito en el Nationalbank —dijo en su argot—, y la poli le anda detrás.

—¿Y?

—Tiene que irse al sur hasta que la cosa se calme. Necesito cinco de los grandes. Te los devolveré en Navidad.

Arquíloco le dio dinero.

—¿Cómo, hermano? —reclamó el desilusionado Bibi— ¿sólo medio?

—Más no es posible, Bibi —se disculpó Arquíloco confundido y, con gran sorpresa suya, un poquito irritado—. De verdad que no. Vengo de comer con una muchacha en el restaurante analcohólico, frente a la Organización Mundial de la Salud. El cubierto y una botella de zumo de uva. Quiero fundar una familia.

El hermano Bibi se asustó.

—¿Para qué quieres una familia? —exclamó indignado—. Yo ya tengo una. ¿Tiene dinero al menos?

—No.

—¿Oficio?

—Criada.

—¿Dónde?

—Boulevard Saint-Père, número 12.

Bibi silbó entre dientes.

—Vete a dormir, Arnolph, pero dame otro de los grandes.

Al llegar a su buhardilla, en el quinto piso, se desvistió y se acostó. Hubiera querido abrir la ventana. El cuarto olía a cerrado. Pero los retretes eran más perceptibles que de costumbre. Permaneció echado en la penumbra. En la fachada de enfrente se encendía ora una de las estrechas ventanitas, ora otra. El ruido de los depósitos de agua no cesaba. En la pared de la buhardilla, los retratos de su ordenación del mundo se iluminaban alternativamente: ora el obispo, ora el presidente del gobierno, ora Bibi con sus hijitos, ora los cuadrados triangulares en el cuadro de Passap, ora cualquier otro de los números.

«Mañana tendré que agenciarme una fotografía de los Weeman y hacerla enmarcar», pensó.

El aire era tan viscoso y sofocante que apenas podía respirar. Ni pensar en dormir. Se había metido a la cama feliz, y ahora le llegaban las preocupaciones. Sería imposible vivir con Chloé en esa buhardilla, fundar un hogar, alojar allí a los tres o cuatro hijitos con los que había soñado en el camino de regreso. Tenía que buscarse otra vivienda. Y no tenía dinero para hacerlo, nada. Le había regalado todo a su hermano Bibi. Y nada le pertenecía ahora. Ni siquiera esa cama miserable, ni la pobre mesa, ni la silla tambaleante. Vivía en una mansarda amueblada. Tan sólo los distintos retratos de su ordenación moral eran propiedad suya. La pobreza lo oprimía. Sentía que la delicadeza y belleza de Chloé necesitaban un marco delicado y bello. La joven no debía volver ya más a los puentes del río ni a los toneles vacíos de los muladares. El ruido de los retretes se le hacía cada vez más maligno y repelente. Juró abandonar aquella buhardilla. Se propuso buscar otro sitio ya al día siguiente. Pero mientras pensaba cómo podría llevar a cabo ese objetivo, lo invadió una sensación de absoluto desamparo. No veía salida alguna. Se sintió preso en un engranaje despiadado, sin ninguna posibilidad de realizar el milagro que se le había ofrecido aquel domingo. Desvalido y temeroso, esperó la mañana que también se anunció con un estrépito acrecentado de los depósitos de agua.

A eso de las ocho —aún estaba oscuro en esa época del año—, Arquíloco se dirigió a paso rápido, como cada lunes, al edificio de la administración de la fábrica de maquinarias Petit-Paysan, entre un ejército de contables, secretarias y subcontables; no era sino una partícula insignificante en aquel gris torrente humano que iba brotando del metro, de los autobuses, de los tranvías y trenes suburbanos para fluir tristemente, a la luz de las farolas, hacia el gigantesco cubo de acero y de cristal que lo engullía, lo dividía, lo clasificaba, subiéndolo y bajándolo por ascensores y escaleras mecánicas o comprimiéndolo en pasillos. Primer piso: sección tanques; segundo piso: cañones atómicos; tercer piso: sección ametralladoras, etc. etc. Arquíloco, comprimido entre esas masas, apretado y empujado, trabajaba en el séptimo piso, sección fórceps, oficina 122SF, en una de las muchas salas frías y desnudas, subdivididas por tabiques de vidrio. Pero antes tenía que pasar por la sala de control higiénico, hacer gárgaras y tomar una píldora (contra la gripe intestinal):

medidas estas impuestas por el departamento de previsión social. Luego se puso el mono gris, aún muerto de frío, pues durante la noche, y por primera vez aquel invierno, se había abatido sobre la ciudad un frío penetrante, que hacía brillar todo. Tenía que darse prisa, ya eran las ocho menos un minuto y no toleraban el menor retraso (el tiempo es oro). Se sentó a una mesa, también de cristal y acero, que compartía con otros tres subcontables, los números SC122SF28, SC122SF29 y SC122SF30, y destapó la máquina de escribir. El número de su mono era SC122SF31. Empezó a teclear con los dedos aún ateridos mientras las manecillas del gran reloj marcaban las ocho: esa mañana tenía que completar un informe estadístico sobre las ventas de fórceps en el cantón Appenzell Innerrhoden. Como él, los otros tres subcontables también tecleaban sentados a su mesa de trabajo, y los restantes cuarenta y seis que había en la sala, los cientos y miles de todo el edificio, de ocho a doce y de dos a cinco, con una pausa para comer en la cantina, todos bien distribuidos en la empresa modelo Petit-Paysan, visitada por ministros, delegaciones extranjeras, chinos con gafas e hindúes voluptuosos que, movidos por intereses sociales, recorrían las salas con sus mujeres vestidas de seda.

A veces, sin embargo (aunque raramente), los milagros del domingo prosiguen el lunes.

Arquíloco tiene que presentarse ante el jefe de oficina, el contable C121SF, anunció el altavoz. Un silencio sepulcral reinó por un instante en la oficina 122SF. Ni un suspiro. Ni un tímido tecleo más. El griego se levantó. Pálido, tambaleante. No presentía nada bueno. Había muchos despidos en ciernes. Sin embargo, el contable C121SF lo recibió con gran cordialidad en su despacho, situado junto a la oficina 122SF, según pudo comprobar un Arquíloco estupefacto y que apenas se había atrevido a entrar, pues sobre los estallidos de rabia de C121SF se contaban cosas espantosas.

—Monsieur Arquíloco —exclamó C121SF yendo al encuentro del subcontable y estrechándole incluso la mano—, debo decirle que vengo observando hace ya tiempo su extraordinario talento.

—Oh, por favor —dijo Arquíloco sorprendido por el elogio, aunque todavía receloso.

—Su informe —dijo C121SF sonriente y frotándose las manos (un hombrecito de unos cincuenta años, bajo, calvo, miope, con mono blanco de contable y mangotes grises)—, su informe sobre el estado y distribución de los fórceps en el cantón de Appenzell-Innerrhoden es absolutamente ejemplar.

Que se alegraba mucho, dijo Arquíloco convencido, no obstante, de ser víctima de algún cruel capricho del contable, cuya amabilidad tomó por un signo de perfidia.

El contable ofreció una silla a su receloso subcontable y, excitado, empezó a recorrer su despacho de un extremo a otro.

—En vista de sus excelentes trabajos, mi querido Sr. Arquíloco, estoy pensando hacer algo por usted.

—Es para mí un gran honor —balbuceó Arquíloco.

Que había pensado en un puesto de vicecontable, susurró C121SF.

—Acabo de presentar la solicitud al jefe de personal que se encarga de nuestra oficina.

Arquíloco se puso en pie, agradecido, pero el contable aún tenía otra cosa que comunicarle. Parecía angustiado e infeliz cuando se la dijo, como si el subcontable fuera *él*.

—Por poco se me olvida —dijo C121SF en voz baja e intentando mantener la compostura—, el contable mayor CM9SF desea hablar con el Sr. Arquíloco. Esta misma mañana.

El contable se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo a cuadros, rojo.

—Ahora mismo —prosiguió— desea hablar con Ud. el contable mayor. Vuelva a sentarse, querido amigo, aún tenemos un minuto. Sobre todo cálmese, no se ponga nervioso, cobre ánimos, muéstrese a la altura de la situación.

—Sin duda —dijo Arquíloco—. Haré lo que pueda.

—¡Dios mío! —dijo el contable sentándose detrás de su escritorio—. ¡Dios mío, señor Arquíloco!; permítame llamarle así, como a un buen amigo, en confianza y entre nosotros (mi nombre es Rummel, Emil Rummel), es un acontecimiento que

nunca me había ocurrido, y eso que ya llevo treinta y tres años trabajando en la fábrica de maquinarias Petit-Paysan. Un contable mayor que desee hablar con un subcontable, así, de buenas a primeras: nunca había visto una infracción tan flagrante de los estatutos laborales. He estado al borde del desmayo, querido amigo, siempre he creído en sus geniales cualidades, pero aun así... En mi vida he estado frente a un contable mayor, me pondría a temblar como una hojita, al fin y al cabo, un contable trata exclusivamente con vicecontables mayores. ¡Y ahora resulta que a usted lo cita directamente un contable mayor! Sus motivos tendrá, alguna intención secreta; preveo un ascenso, le darán mi puesto, seguro que es eso —y aquí C121SF se enjugó las lágrimas—, o quizás le nombren vicecontable mayor, como le ocurrió hace poco en la sección cañones atómicos a un contable que tenía el honor de conocer a fondo a la esposa de un jefe de personal de primera... no, usted no, querido amigo, en su caso se debe sólo a su capacidad, a ese informe perfecto sobre el cantón Appenzell-Innerrhoden, ya lo sé. Sin embargo, querido amigo, y que quede entre nosotros: mi propuesta de ascenderle a vicecontable coincidió sólo por pura casualidad, como quien dice, con la citación del contable mayor, ¡mi palabra de honor! Ya había escrito mi solicitud relativa a su ascenso cuando llegó a mi despacho, como un rayo caído de un cielo sereno, la llamada de la secretaria de nuestro respetado contable mayor... pero ya es la hora, mi buen amigo... por otro lado, mi esposa se alegraría de que viniera a cenar... lo mismo que mi hija... encantadora, muy bonita, toma lecciones de canto... cuando usted quiera... hacernos el honor... quinto pasillo del sudoeste, sexta oficina... ¡Dios mío!, y estoy mal del corazón... y los riñones...

CM9SF, quinto pasillo del sudoeste, sexta oficina; un imponente caballero con barba negra y corta, dientes de oro centelleantes, olor a perfume y barriga, con la foto de una bailarina semidesnuda enmarcada en platino sobre su escritorio, recibió dignamente al subcontable, ahuyentó a un tropel de secretarias de su despacho y, con un generoso gesto de su mano, le señaló un cómodo sillón.

—Mi querido señor Arquíloco —empezó—, hace ya tiempo que sus excelentes trabajos nos han llamado la atención a los contables mayores, sobre todo sus informes acerca de la introducción de los fórceps en el extremo norte, especialmente en Alaska, han provocado revuelo, y hasta me atrevería a decir que grandes oleadas de admiración. Al respecto se discute mucho en nuestros círculos, y, según parece, el mencionado informe también ha sido tomado muy en serio por la dirección.

—Ha de haber algún error, señor contable mayor —observó Arnolph—; yo sólo me encargo del cantón Appenzell-Innerrhoden y del Tirol.

—Llámeme simplemente Petit-Pierre —dijo CM9SF—, estamos entre amigos, no entre gente cualquiera. Pro venga o no de su mano el informe sobre Alaska, fue inspirado por usted, respira su espíritu, el incomparable estilo de sus informes clásicos sobre el cantón Appenzell-Innerrhoden, sobre el Tirol. Una prueba más de que, afortunadamente, sus trabajos hacen escuela. Siempre le he dicho a mi colega, el contable mayor Schränzle: Arquíloco es un escritor, un gran prosista. Dicho sea de paso, Schränzle le envía recuerdos, lo mismo que el contable mayor Häberlin. Siempre me ha dolido ver la posición subordinada que ocupa usted en nuestra apreciada casa, una posición que no se corresponde en absoluto con las extraordinarias aptitudes que le distinguen. Por lo demás, permítame ofrecerle un vasito de vermouth...

—Gracias, señor Petit-Pierre —dijo Arquíloco—, soy abstemio.

—Me parece particularmente escandaloso que trabaje a las órdenes del contable C121SF, ese auxiliar realmente mediocre, ese señor Rummler o como se llame.

—Me acaba de proponer como vicecontable.

—Muy de él —dijo CM9SF irritado—, ¡vicecontable! ¡Sería perfecto para él! ¡Pero a usted, a un hombre de sus capacidades! La fábrica de maquinarias Petit-Paysan debe agradecerle exclusivamente a usted el incremento en la producción de fórceps del último trimestre.

—Pero señor Petit-Pierre...

—No sea tan modesto, mi estimado, no sea tan modesto. Todo tiene un límite. He aguardado pacientemente, durante años, esperando que usted se dirija con plena confianza a mí, su más fiel amigo y admirador, y usted insiste en seguir a las órdenes de aquel intolerable aprendiz de contable, como un subcontable entre subcontables, en un medio que realmente no le corresponde. ¡En vez de dar un sonoro puñetazo sobre la mesa! Porque esa chusma le habrá afectado horriblemente los nervios. Y ahora me he visto obligado a intervenir. Conste que yo sólo soy un pequeño e impotente contable mayor perdido en el laberinto de nuestra administración, un cero,

un don nadie. Pero me he tomado el asunto muy a pecho. Después de todo, alguien ha de tener el valor de defender sus talentos, aunque el mundo se acabe o a él le cueste la cabeza. ¡Heroísmo cívico, mi estimado! Cuando lo hayamos perdido, los valores éticos de la fábrica de maquinarias Petit-Paysan habrán tocado a su fin y tendremos la pura y simple dictadura de la burocracia. Siempre lo he dicho. He telefoneado al jefe de personal superior de nuestra sección que, dicho sea de paso, también le envía recuerdos: quería proponerlo para vicedirector; no podía imaginarme nada más halagüeño, mi estimado señor Arquíloco, que seguir trabajando a sus órdenes en nuestra empresa, en el perfeccionamiento y difusión incesantes de los fórceps. Pero Petit-Paysan en persona, el buen Dios, como quien dice, o el destino, si prefiere, se me había adelantado, por desgracia; un pequeño fracaso personal que para usted significa un gran, aunque no inmerecido, golpe de suerte.

—¿Petit-Paysan?

Arquíloco creía estar soñando.

—¡Pero no es posible!

—Desea verle hoy mismo, esta mañana, en seguida, señor Arquíloco —dijo CM9SF.

—Pero...

—No hay peros que valgan.

—Quiero decir...

—Señor Arquíloco —replicó el contable mayor en tono serio y alisándose la bien cuidada barba—, hablemos francamente. De hombre a hombre, de amigo a amigo, con el corazón en la mano: hoy es un día histórico, un día de cambio de impresiones, de esclarecimiento. Es para mí una necesidad primordial asegurarle, bajo palabra de honor, que el hecho de que yo lo hubiera propuesto para vicedirector, y el hecho de que nuestro venerado Petit-Paysan (ante quien hay que quitarse el sombrero) desee hablar con usted, no tienen nada que ver entre sí. Todo lo contrario. Yo acababa de dictar la solicitud formal de su ascenso, cuando el director Zeus me mandó llamar.

—¿El director Zeus?

—El que dirige la sección fórceps.

Arquíloco se disculpó por su ignorancia. Que nunca había oído ese nombre, dijo.

—Lo sé —repuso el contable mayor—, los nombres de los directores en funciones no llegan a los círculos de los contables y subcontables. Además ¿para qué? Esos esclavos tienen que escribir, rellenar papeluchos sobre el cantón Appenzell-Innerrhoden o sabe Dios qué pueblecitos, cosa que, entre nosotros, querido señor Arquíloco, a nadie le interesa; exceptuando, por cierto, sus trabajos, que nosotros los contables mayores, nos arrancamos de las manos después de precipitarnos sobre ellos, todo hay que decirlo, sus informes sobre la provincia de Basilea, por ejemplo, o sobre Costa Rica también son extraordinarios, clásicos, como ya le he dicho; el resto, en cambio... una sarta de payasos inútiles y superpagados todos esos contables y subcontables, hace siglos que lo vengo repitiendo y

pregonando a los señores de la administración. Yo solo relanzaría el negocio con mis secretarías. Al fin y al cabo, la fábrica de maquinarias Petit-Paysan tampoco es un centro de recuperación para subnormales. Dicho sea de paso, el director Zeus le envía muchos recuerdos.

—Gracias.

—Lamentablemente ahora está en el hospital.

—¡Oh!

—Un colapso nervioso.

—Lo siento de veras.

—Ya lo ve, querido amigo, ha provocado usted una auténtica catástrofe en la dirección de la sección fórceps. Sodoma y Gomorra son un inofensivo fuegucillo de estufa en comparación con ella. ¡Petit-Paysan desea hablarle! Pues nada, está en su derecho, al fin y al cabo, el buen Dios también podría sacarle punta a la luna llena, y todos nos sorprenderíamos si lo hiciera. ¡Petit-Paysan y un subcontable! Sería más o menos el mismo milagro. Se entiende perfectamente que a un director sin suerte aquello le sonara a campanas doblando a muerto. ¿Y el vicedirector? Pues también sufrió otro colapso.

—¿Pero por qué?

—Mi querido y venerable amigo, porque a usted van a nombrarle director de la sección fórceps; hasta un niño de pecho se daría cuenta, de lo contrario todo esto no tendría el menor sentido. Cuando Petit-Paysan manda llamar a alguien, es para nombrarle director. Lo sabemos por experiencia. De los despidos se encarga el jefe de personal superior.

—¿Director? ¿Yo?

—Seguro. El ascenso ya le ha sido comunicado al jefe de personal superior Feuz, quien, dicho sea de paso, también le envía recuerdos.

—¿De la sección fórceps?

—Y quizás también de la de cañones atómicos, quién sabe. El jefe de personal superior Feuz cree que todo es posible.

—¿Pero por qué? —exclamó Arquíloco, que ya no entendía nada.

—Mi estimado amigo, olvida usted sus extraordinarios informes sobre Italia del norte...

Que él sólo se ocupaba de Suiza Oriental y el Tirol, corrigió, tozudo, el subcontable.

—Suiza Oriental y el Tirol, confundo un poco los lugares, la geografía no es mi fuerte.

—Pero eso no puede ser motivo para nombrarme director de la sección fórceps.

—¡Qué dice...!

—No poseo aptitudes para ser director —protestó Arquíloco.

CM9SF movió la cabeza, lanzó a Arquíloco una mirada enigmática, sonrió dejando al descubierto sus dientes de oro, y cruzó las manos sobre su bien cuidada

barriga.

—El motivo, mi estimado y venerable amigo —dijo—, el motivo por el que ha sido ascendido a director tendría que saberlo usted, no yo, y si no lo sabe, no intente averiguarlo. Es mejor así. Siga mi consejo. Sin duda será ésta la última vez que estemos sentados frente a frente. Los directores y los contables mayores nunca suelen tratarse; tal práctica iría en contra de la ley no escrita de nuestra modélica casa. Hoy, sin embargo, he estado por primera vez frente al director Zeus, cierto es que en el momento de su ocaso, mientras se llevaban al pobre vicedirector Stüssi, mi verdadero superior inmediato y el único que trata con los contables mayores, en una camilla: un auténtico ocaso de los dioses. Pero guardemos silencio sobre esta impresionante escena. Su reparo: teme usted no dominar el oficio de director. Mi estimado amigo, el oficio de director lo domina cualquiera, dicho entre nos: cualquier cretino es capaz de hacerlo. Lo único que tiene que hacer es, simplemente, ser director, existir como director, asumir la dignidad, representar, guiar hindúes, chinos y cafres zulúes por las distintas salas, miembros de la UNESCO y de la Asociación de médicos y a quienquiera que, en este mundo de Dios, se interese por los nobles fórceps. Los asuntos prácticos, el funcionamiento, la parte técnica, la contabilidad, la planificación, todo esto lo resuelven los contables mayores; me expreso así algo libremente, porque estoy frente a un amigo muy querido. No tiene usted realmente por qué preocuparse. Lo importante es ver a quién elige como vicedirector de entre las filas de los contables mayores; Stüssi está liquidado, ya iba siendo hora, estaba demasiado unido al director Zeus, una criatura del gran señor... pero no quiero pronunciarme sobre la profesionalidad de Zeus. No es conveniente. Ha tenido su colapso nervioso. No quiero criticarlo. Ha sido una cruz para nosotros, dicho confidencialmente: era incapaz de comprender siquiera los informes sobre Dalmacia que usted, mi estimado amigo y benefactor, había redactado, y además, sin nada de brillo... ya lo sé, ya lo sé, no era Dalmacia, era Toggenburg o Turquía: no se hable más, usted ha nacido para más altos cometidos. Como un águila se eleva usted por encima de nosotros, atónitos contables mayores, hasta perderse en el azul. Una vez más le digo en confianza: nosotros, los contables mayores, nos alegramos de tenerle como director. Que yo, como su mejor amigo, entone con particular devoción «hosannas» y «aleluyas» (y al decir esto, a CM9SF se le humedecieron los ojos), es algo que ni siquiera me atrevo a recalcar, sería demasiado inoportuno, y parecería que aspiro a ser vicedirector, aunque soy el más antiguo en mi rango. Pero cualquiera que sea su elección entre nosotros, los contables mayores, nombre a quien nombre como sustituto suyo, aceptaré con humildad el nombramiento y seguiré siendo su más ferviente admirador. Mi colega Spätzle quería hablar con usted, y también el colega Schränzle, pero me temo, me temo que tendré que acompañarle a toda prisa y corriendo adonde Petit-Paysan, ha llegado la hora de conducirlo sano y salvo hasta la antecámara de su despacho. Venga ya, pues, con la cabeza erguida, disfrute usted de su suerte, por algo es el más digno y talentoso de todos nosotros, el más afortunado,

un genial hombre de suerte. La sección fórceps superará incluso a la sección ametralladoras, lo preveo, con una fuerza e ímpetu inusitados, sí, mi estimado y venerable señor director, será mejor que empiece a darle ya este tratamiento, con su permiso, es para mí un honor y un gran placer... cojamos directamente el ascensor de los directores.

Arquíloco entró con CM9SF en salones insospechados, reinos de cristal y materiales desconocidos, relucientes de limpieza, ascensores maravillosos que lo llevaron hacia los misteriosos pisos superiores de la sede administrativa. A su lado pasaban secretarías sigilosas, perfumadas, sonrientes, rubias, morenas —también una con una espléndida cabellera color bermejo; se cruzó con secretarios que le cedían el paso, directores que se inclinaban, directores generales que inclinaban sólo la cabeza; lo acogieron apacibles pasillos sobre cuyas puertas se encendían lucecitas rojas y verdes, únicas señales de una discreta actividad administrativa. Caminaron en silencio sobre mullidas alfombras; cualquier ruido, hasta el más ligero carraspeo o la tos más furtiva, parecía allí proscrito. En las paredes brillaban impresionistas franceses (la pinacoteca de Petit-Paysan era famosa), una bailarina de Degas, una bañista de Renoir; ramos de flores perfumaban el aire desde altos floreros. Cuanto más subían, como flotando, menos gente se veía en los pasillos y vestíbulos, que iban perdiendo su carácter objetivo, ultramoderno, frío, sin alterar las proporciones, para volverse más fantásticos, cálidos, humanos. De las paredes colgaban ahora gobelinos, dorados espejos rococó y Luis XIV, unos cuantos Poussin, unos cuantos Watteau, un Claude Lorrain, y cuando llegaron al último piso (CM9SF, no menos intimidado que Arquíloco, ya que jamás había llegado tan lejos, se despidió allí de éste), el subcontable fue recibido por un digno señor canoso con un impecable smoking, sin duda un secretario, que condujo al griego a través de alegres corredores y salas luminosas, adornadas con jarrones antiguos y vírgenes góticas, ídolos asiáticos y tapices hindúes. Nada recordaba ya la fabricación de cañones atómicos ni ametralladoras; tal vez la presencia de unos cuantos angelitos y braguillas que sonrieron al subcontable desde un cuadro de Rubens hubiera podido, aunque remotamente, traer los fórceps a la memoria. Allí arriba todo era sereno y luminoso. El sol brillaba a través de las ventanas como un disco agradable y cálido, aunque en realidad se hallara en un cielo glacial. Por todas partes se veían cómodos sofás y poltronas; de algún punto llegó una risa cantarina que a Arquíloco, enfundado en su mono gris, le recordó la risa de Chloé y el feliz domingo que había pasado y que ahora proseguía fabulosamente; en algún lugar sonaba una suave música, Haydn o Mozart; no se oía el menor tecleo de máquinas de escribir, ni el ir y venir de los contables excitados, nada que le recordara el mundo del que acababa de emerger y que ahora yacía a gran profundidad debajo de él, como una pesadilla. Luego entraron en un luminoso salón, tapizado de seda roja, con un enorme cuadro que representaba una mujer desnuda, sin duda el famoso Tiziano del que todo el mundo hablaba, especulando sobre su posible precio. Veíanse en él preciosos mueblecitos, un escritorio pequeño, un reloj de pared también pequeño con un tic-tac muy nítido, una mesita de juego con unos cuantos silloncitos, y flores: un auténtico derroche de rosas, camelias, tulipanes, orquídeas, gladiolos, como si las estaciones no existieran y no hubiera frío, niebla ni invierno. No bien habían entrado, se abrió una puertecita lateral y apareció Petit-Paysan, vestido como el secretario, de smoking, con una edición en

papel biblia de las poesías de Hölderlin en la mano izquierda, el dedo índice entre las páginas. El secretario se retiró. Arquíloco y Petit-Paysan quedaron frente a frente.

—Bien —dijo Petit-Paysan—, mi estimado señor Anaximandro...

Que su nombre era Arnolph Arquíloco, corrigió el subcontable haciendo una venia.

—Arquíloco. Muy bien. Sabía que era un nombre griego, balcánico, mi querido contable mayor.

—Subcontable —dijo Arquíloco rectificando su posición social.

—Subcontable, contable mayor, viene a ser casi lo mismo —repuso sonriendo el gran industrial— ¿o no? Yo al menos no veo ninguna diferencia. ¿Qué le parece mi refugio aquí arriba? La vista es magnífica, yo mismo he de reconocerlo. Se ve toda la ciudad, el río e incluso el palacio presidencial, por no hablar de la catedral y, a lo lejos, la estación del norte.

—Muy bonito, señor Petit-Paysan.

—Es usted el primero de la sección cañones atómicos que pone los pies en este piso —dijo el gran industrial felicitando a Arquíloco, como si el subcontable hubiera realizado alguna hazaña deportiva.

Que él venía de la sección fórceps, replicó Arquíloco. Tenía a su cargo Suiza oriental y el Tirol, de momento el cantón Appenzell-Innerrhoden.

—Vaya, vaya —dijo asombrado Petit-Paysan—. Conque viene de la sección fórceps ¿eh? No tenía idea de que fabricáramos esos aparatos. ¿Qué cosa son?

El fórceps, explicó Arquíloco, del latín *forceps*, es un instrumento obstétrico destinado a sujetar la cabeza del niño durante el parto, a fin de que el nacimiento se produzca más rápido que con los métodos corrientes. La fábrica de maquinarias Petit-Paysan S.A. produce diversos modelos de estas tenazas, pero en todos se pueden distinguir, por un lado, las dos cucharas huecas que presentan una curvatura apta para recibir la cabeza, y una segunda, llamada curvatura pélvica; también había una curvatura perineal que facilitaba la introducción, añadió; por otro lado estaban los mangos que, largos o cortos, de madera o de metal, podían o no llevar empuñaduras y asideros transversales; se distinguía asimismo el pasador, es decir el dispositivo mediante el cual ambas cucharas se unían, en el momento del uso, para formar unas como tenazas. Los precios...

—Domina admirablemente su tema —dijo sonriendo el gran industrial—. Pero ahorrémonos lo de los precios. Pues bien, mi estimado señor...

—Arquíloco.

—Arquíloco, para abreviar y no tenerlo más tiempo en ascuas, le diré que le he nombrado director de los cañones atómicos. Me acaba de confesar que formaba usted parte de la sección fórceps, cuya existencia yo ignoraba por completo. Esto me sorprende un poco, debe de haber habido alguna confusión, en una empresa tan enorme se confunden constantemente ciertas cosas. Pues nada, no importa, uniremos ambas secciones, de modo que considérese director de la sección cañones atómicos y

fórceps; ordenaré la jubilación de los respectivos directores. Me complace poder comunicarle personalmente su ascenso y le deseo suerte.

—El Sr. director Zeus de la sección fórceps ya se encuentra en el hospital.

—¡Ajá! ¿Qué tiene?

—Un colapso nervioso.

—Ay, seguro que mi intención habrá llegado a sus oídos —dijo Petit-Paysan moviendo, asombrado, la cabeza—, y yo que quería despedir al director Jehudi, de la sección cañones atómicos. Siempre se filtran cosas hacia abajo, se cotillea demasiado; pues bien, el director Zeus se me ha adelantado con su colapso nervioso. De todas formas, hubiera tenido que despedirlo. Esperemos que el director Jehudi reciba la noticia de su despido con mayor resignación.

Arquíloco hizo un esfuerzo y, por primera vez, se atrevió a mirar abiertamente a Petit-Paysan con su tomito en papel biblia.

—¿Puedo preguntarle qué significa todo esto? —dijo—. Me manda usted llamar y me nombra director de la sección cañones atómicos y fórceps. Estoy intranquilo, debo admitirlo, porque no entiendo absolutamente nada.

Petit-Paysan miró con toda calma al subcontable, puso el tomo de Hölderlin en la mesita de juego verde, se sentó y, con un gesto de la mano, invitó a Arquíloco a tomar asiento. Quedaron así sentados frente a frente, en mullidas poltronas; Arquíloco apenas se atrevía a respirar: ¡tan solemne le parecía la escena! Pensó que por fin averiguaría la causa de los misteriosos acontecimientos.

—Señor Petit-Paysan —empezó a decir nuevamente con voz tímida y entrecortada—. Siempre le he admirado, usted ocupa el número tres en la ordenación moral del mundo que me he inventado para tener un asidero ético. Usted viene después de nuestro venerable presidente y del obispo Moser, de la Iglesia neopresbiteriana primitiva, todo hay que decirlo; razón de más para rogarle que me explique los motivos de su proceder: el contable Rummel y el contable mayor Petit-Pierre me quieren hacer creer que es debido a mis informes sobre Suiza Oriental y el Tirol, pero el caso es que nadie los lee.

—Mi querido señor Agesilaos —dijo el señor Petit-Paysan en tono solemne...

—Arquíloco.

—Mi querido señor Arquíloco, usted era contable o contable mayor (la diferencia, como ya he dicho, no acaba de resultarme muy clara), y ahora es director. Esto parece confundirle. Pues vea usted, querido amigo, tiene que situar todos estos hechos, para usted extraños, dentro de un marco contextual mucho más amplio, como parte de la múltiple y variada actividad ejercida por mi querida fábrica de maquinarias, que produce incluso, como acabo de enterarme con gran alegría, fórceps. Ojalá que este producto también sea rentable.

Arquíloco se iluminó.

Que sólo en el cantón Appenzell-Innerrhoden se habían vendido sesenta y dos piezas en los tres últimos años, informó.

—Hm, es poco. Pero qué vamos a hacer. Después de todo, se trata de una sección más bien humanitaria. Está bien que junto a los instrumentos que sirven para enviar gente al otro mundo, también fabriquemos otros que sirvan para traerlos a éste. Tiene que haber cierto equilibrio, aunque no todo resulte rentable. Hemos de ser agradecidos.

Petit-Paysan hizo una pausa y puso cara de agradecido.

—En su poema *El Archipiélago*, Hölderlin llama al comerciante y, por tanto, al industrial «el que sueña en lejanías» —dijo finalmente, lanzando un suspiro—. Un epíteto que me hace temblar. Una empresa como ésta es monstruosa, mi estimado señor Aristipo, el número de obreros y empleados, de contables y secretarias es ingente, imposible de calcular; yo apenas conozco a los directores y sólo fugazmente a los directores generales; el miope se extravía en medio de esta jungla; sólo el que mira lejos y, sin prestar atención a los detalles y destinos individuales, no pierde de vista el conjunto ni el objetivo lejano, el «que sueña en lejanías», como dice el poeta, usted conoce sus obras; sólo el que sabe trazar siempre nuevos planes y proyecta empresas nuevas, en la India, en Turquía, en los Andes o en Canadá, no se hunde en los pantanos a la competencia de los trusts. «Soñando en lejanías»: justamente estoy a punto de asociarme al trust del caucho y del lubricante. Será *el* gran negocio.

Petit-Paysan hizo una nueva pausa y pareció «soñar en lejanías»:

—Así planifico, así trabajo yo —dijo luego—; también tejo alguna cosa en el vertiginoso telar del tiempo.^[1] Aunque sólo modestamente. ¿Qué es la fábrica de maquinarias Petit-Paysan frente al trust del acero o las fundiciones Allzeit-Freuden, a las fábricas Pestalozzi o Hösler-La Biche? ¡Nada! Pero ¿cómo les va a mis obreros y empleados? ¿A todos los destinos individuales que yo debo ignorar para no perder de vista el conjunto? Esta cuestión me preocupa a menudo. ¿Son felices? Lo que importa es la libertad del mundo; ¿son libres mis obreros? He fundado obras sociales, casas de reposo para madres y padres, pabellones deportivos, piscinas públicas, cantinas; he inventado píldoras reconstituyentes y organizado visitas a teatros y conciertos. Pero este mundo al que doy trabajo ¿no permanece aferrado a lo material, al vil dinero? Es ésta una cuestión que me preocupa muchísimo. Un director sufre un colapso tan sólo porque otro pasa a ocupar su puesto. De veras repugnante. ¿Cómo puede darse tanta importancia al dinero? Sólo cuenta el espíritu, querido señor Artajerjes, no hay nada más despreciable e insignificante que el dinero.

Petit-Paysan hizo una nueva pausa y puso cara de preocupado.

Arquíloco no se atrevía a moverse.

Pero la figura del gran industrial se enderezó de pronto, y su voz resonó fría y poderosa.

—Me pregunta por qué le he nombrado director. Pues bien, le daré la respuesta: para poner en práctica la libertad, y no sólo predicarla. No conozco a mis empleados ni los comprendo, pero ellos parecen no haber accedido del todo a la comprensión puramente espiritual de las cosas; sus ideales no parecen ser, a diferencia de los míos,

Diógenes, Albert Schweitzer o san Francisco. Quieren abandonar la meditación, la ayuda caritativa y la felicidad de la pobreza por la fascinación del oropel social. Pues bien, demos al mundo lo que quiere. Siempre he respetado esta norma de Lao-Tse. Y justamente por eso le he nombrado director. Para que también reine la justicia en este punto. Quien provenga de un medio humilde, quien conozca a fondo las preocupaciones y necesidades de los empleados, también ha de ser director. Yo planifico la empresa en su totalidad, pero el que se halle en contacto con los contables y contables mayores, con los secretarios y secretarias, con los recaderos y señoras de la limpieza del aparato administrativo, deberá provenir también de sus filas. El director Zeus y el director Jehudi no provienen de esas filas, los compré hace tiempo a la competencia arruinada como directores hechos y derechos. Dejémoslo estar. Ya va siendo hora de que hagamos realidad —y radicalmente— nuestro mundo occidental. Los políticos han fallado. Si ahora falla también la gran industria, todo se irá a pique, mi estimado señor Agamenón. Sólo cuando crea es el hombre enteramente hombre. Su nombramiento ha sido un acto creativo, un acto de ese socialismo creador que *debemos* oponer al comunismo infecundo. Esto es todo cuanto tengo que decirle. A partir de ahora es usted director, director general. Pero antes tómese unas vacaciones —prosiguió sonriendo—; en caja hay un cheque esperándole. Instálese bien. Hace poco le vi con una encantadora damita...

—Mi novia, señor Petit-Paysan.

—¿Piensa casarse? Lo felicito. Hágalo. Por desgracia, a mí no me fue deparada esa dicha. He hecho poner a su disposición el sueldo anual de un director general; se lo haré duplicar, ya que además de la sección cañones atómicos también dirigirá la de fórceps... Ahora tengo una conferencia muy importante con Santiago... adiós, estimado señor Anaxágoras...

En cuanto el director general Arquíloco, ex SC122SF31, acompañado hasta el ascensor por el secretario, hubo abandonado el sancta sanctorum de la sede administrativa, fue recibido como un príncipe, abrazado patéticamente por directores generales, saludado con reverencias por directores, entre secretarías que se le insinuaban, arrullantes, y contables mayores que se le acercaban furtivamente, desde lejos; en algún punto acechaba CM9SF, rezumando sumisión, y de la sección cañones atómicos sacaban en ese momento en camilla al director Jehudi, a todas luces con camisa de fuerza, pero ya exhausto, desmayado. Se comentaba que había destrozado todo el mobiliario de su despacho. Pero a Arquíloco le interesaba sólo el cheque, que le fue entregado de inmediato. «Al menos algo seguro», pensó, siempre receloso; ascendió a CM9SF a vicedirector de la sección fórceps, a los números SC122SF28, SC122SF29 y SC122SF30 a la categoría de contables, dio unas cuantas instrucciones relativas a la publicidad de los fórceps en el cantón Appenzell-Innerrhoden y abandonó el edificio de la administración.

Cogió un taxi por primera vez en su vida, agotado, hambriento, confundido por su meteórico ascenso, y se hizo conducir al local de madame Bieler.

Bajo un cielo claro, la ciudad yacía sumida en un frío glacial. Clarísimas veíanse las cosas en la deslumbrante luminosidad, los palacios, las iglesias, los puentes; la gran bandera sobre el palacio presidencial parecía helada, el río, un espejo; los colores reposaban lado a lado sin mezclarse, las sombras se recortaban con precisión en calles y bulevares.

Arquíloco entró en el bar; la campanilla de la puerta sonó como siempre, y él se quitó su raído abrigo de invierno.

—¡Dios mío! —dijo Georgette sirviéndose un Campari detrás del mostrador, rodeada de botellas y vasos que destellaban a la fría luz del sol—. ¡Dios mío, monsieur Arnolph! ¿Qué le ha ocurrido? Se le ve pálido y cansado, como si hubiera pasado la noche en blanco, y encima viene a vernos a una hora en que hace rato debería estar trabajando en ese desolladero humano. ¿Algo va mal? ¿Se ha acostado por vez primera con una mujer o ha bebido vino? ¿Le han despedido?

—Todo lo contrario —dijo Arquíloco sentándose en su rincón.

Auguste le trajo la leche.

Sorprendida, Georgette preguntó qué significaba ese «todo lo contrario», mientras se encendía un cigarrillo y lanzaba el humo hacia los oblicuos rayos solares.

—Esta mañana he sido nombrado director general de las secciones fórceps y cañones atómicos. Por Petit-Paysan en persona —informó Arquíloco aún sin aliento.

Auguste le sirvió entonces un plato hondo de puré de manzana, espaguetis y ensalada.

—Hm —murmuró Georgette, que no parecía particularmente impresionada por la noticia— ¿cómo así?

—Por socialismo creativo.

—Ya es algo. ¿Y qué tal ayer con la griega?

—Nos hemos comprometido —dijo Arquíloco confuso y ruborizado.

—Muy sensato —elogió madame Bieler—. ¿Qué profesión tiene?

—Criada.

—Ha de ser un puesto muy curioso —comentó Auguste—, si puede pagarse un abrigo semejante.

—¡Silencio! —le ordenó Georgette.

Que salieron a dar un paseo, contó Arnolph, y todo había sido tan extraño, tan maravilloso y único que casi parecía un sueño. Todo el mundo empezó de pronto a saludarlo, desde coches y autobuses, el presidente del gobierno, el obispo Moser, el pintor Passap y el embajador norteamericano, que hasta le gritó un «hallo!»

—¡Ajá! —dijo Georgette.

—Hasta *maître* Dutour me saludó —prosiguió Arnolph—, y Hercule Wagner, aunque sólo con un guiño de ojos.

—Con un guiño de ojos —repitió Georgette.

—Vaya tía... —gruñó Auguste.

—¡Calla! —le increpó madame Bieler con tal violencia que él y sus flacas piernas se escondieron detrás de la estufa—. En estas cosas vale más que no te metas, no es asunto de hombres. Y ahora querrá usted casarse con su Chloé en seguida, pienso yo —añadió volviéndose de nuevo hacia Arquíloco y vaciando su Campari de un trago.

—Tan pronto como sea posible.

—Muy inteligente. Con las mujeres hay que actuar, sobre todo si se llaman Chloé. ¿Y dónde quiere usted vivir con su griega?

Que no lo sabía, dijo Arquíloco suspirando y perplejo, atareado con su puré de manzana y sus espaguetis.

—En mi buhardilla desde luego que no, debido al ruido de los retretes y al aire enrarecido. De momento en una pensión.

—¡Qué dice, monsieur Arquíloco! —dijo Georgette riéndose—, ¡con la pasta que tiene ahora! Váyase al Ritz, ése es un lugar para usted. Y a partir de ahora aquí pagará el doble. A los directores generales hay que clavarlos, de lo contrario no sirven para nada.

Y volvió a servirse un Campari.

Cuando Arquíloco se hubo marchado, el «Chez Auguste» quedó un buen rato en silencio. Madame Bieler se puso a lavar vasos, y su marido permaneció inmóvil detrás de la estufa.

—Vaya tía —dijo finalmente Auguste frotándose las descarnadas piernas—. Cuando quedé segundo en el *Tour* de Francia, yo también pude haberme conseguido una así, con abrigo de pieles, perfume caro y un gran industrial, un señor von Zünftig, que tenía minas de carbón en Bélgica. Y ahora también sería director general de una sección.

—Absurdo —dijo Georgette secándose las manos—. Tú no has nacido para volar

tan alto. Una así no se casaría contigo. En ti no hay nada que despertar. Arquíloco nació con buena estrella, siempre lo he intuido, y además es griego. Ya verás hasta dónde es capaz de llegar. Aún le queda mucho por delante. La mujer es de primera. Es natural que quiera liberarse de su oficio. A la larga también es fatigante y no muy agradable que digamos. Es algo que quieren todas las del gremio, también yo lo quería. A la mayoría no les resulta y acaban de verdad en el arroyo, como suele decirse. Algunas logran encontrar un Auguste con las piernas al aire y uniforme amarillo de ciclista... *eh bien*, yo también estoy contenta, si es que hablamos de estos tiempos, y eso que nunca he tenido un gran industrial. No daba la talla a nivel profesional. Por mi casa sólo circulaba gente de la pequeña burguesía, unos cuantos de la delegación de Hacienda y una vez un aristócrata, durante catorce días: el conde Dodo von Malchern, último vástago de su familia, enterrado hace ya tiempo. Pero Chloé lo conseguirá. Tiene a su Arquíloco y todo le saldrá a pedir de boca.

Mientras tanto, Arquíloco se dirigió en un taxi al Banco Mundial y luego a una agencia de viajes en el *quai* de l'Etat. Entró en un gran salón con mapas y carteles a todo color en las paredes: «Visitad Suiza», «El sol del sur te espera», «A Rio con Air France», «La verde Irlanda». Empleados con caras corteses, lisas. Tecleo de máquinas de escribir. Luz de neón. Extranjeros de lenguas extrañas.

Que deseaba viajar a Grecia, dijo Arquíloco. A Corfú, al Peloponeso, a Atenas.

La agencia no organizaba viajes en barcos a vapor, lamentó el empleado.

Quería viajar en el *Julia*, objetó Arquíloco. Deseaba una cabina de lujo para él y su esposa.

El empleado hojeó una guía de ferrocarriles y dio información sobre un tren a un rufián español (Don Ruiz). Por último dijo que no quedaban plazas libres en el *Julia* y se volvió hacia un comerciante de El Cairo.

Arquíloco salió de la agencia de viajes y subió al taxi que lo estaba esperando. Pensó un momento, y acto seguido preguntó al taxista cuál era el mejor sastre de la ciudad.

Éste se sorprendió.

—O'Neill-Papperer en la avenue Bikini, y Vatti en la rue St. Honoré —respondió.

—¿Y el mejor peluquero?

—José, en el quai Offenbach.

—¿Y la mejor sombrerería?

—Goschenbauer.

—¿Y dónde venden los mejores guantes?

—En De Stutz-Kalbermatten.

—Bien —dijo Arquíloco—. Lléveme a esas tiendas.

Y así fueron a O'Neill-Papperer en la avenue Bikini, a Vatti en la rue St. Honoré, a José en el quai Offenbach, a De Stutz-Kalbermatten, la guantería, y a Goschenbauer, la sombrerería. Arquíloco pasó por miles de manos que lo llenaron de alfileres, lo midieron, lo limpiaron, le cortaron el pelo, lo masajearon; se fue transformando a ojos vistas, subía al taxi cada vez más elegante y perfumado, salió de Goschenbauer con un sombrero flexible color gris plata en la cabeza y, a última hora de la tarde, volvió a la agencia de viajes del quai de l'Etat.

Que deseaba una cabina de lujo con dos camas en el *Julia*, dijo en el mismo tono de voz al empleado que lo había rechazado, y puso el sombrero gris plata sobre el cristal del mostrador.

El empleado empezó a rellenar un formulario.

—El *Julia* sale el próximo viernes. Corfú, el Peloponeso, Atenas, Rodas y Samos —dijo—. ¿A qué nombre, por favor?

Pero cuando Arnolph se fue, tras haber pagado los dos billetes, el empleado se volvió hacia el rufián español que aún seguía por ahí dando vueltas y hojeando prospectos de viaje mientras esperaba la visita de algunas damas que, estudiando ellas también prospectos, deslizaban billetes de banco en sus finas y distinguidas manos.

—Es un escándalo, señor —dijo el empleado, molesto, en un castellano aprendido en la escuela nocturna—; de pronto llega un barrendero o un deshollinador y pide dos billetes para el *Julia*, que en realidad sólo está reservado para la aristocracia y la clase alta —hizo una venia ante Don Ruiz—; en el próximo crucero participarán el príncipe de Hesse, Mrs. y Mr. Weeman y la Loren... uno, por cortesía, le hace ver que no es un lugar para él, por filantropía, como quien dice, ya que si no haría el ridículo, y el tío vuelve tan campante, vestido como un lord, rico como un magnate, y no tengo más remedio que venderle los billetes... ¿Qué podría hacer contra el capital? Tres horas le bastan a un sinvergüenza así para hacer carrera. Yo sospecho asalto a un banco, violación, asesinato con robo o política.

—Realmente indignante —repuso Don Ruiz en castellano (aprendido en la escuela nocturna).

Arquíloco, en cambio, cuando ya empezaba a oscurecer y se encendían las primeras luces, atravesó el puente nuevo en dirección al boulevard Künnecke, hacia la residencia del obispo de los neopresbiterianos primitivos de los penúltimos cristianos, pero frente a la pequeña villa de estilo Victoriano encontró a Bibi, con el sombrero abollado, la ropa hecha jirones, sucio, sentado en el bordillo de la acera, apestando a aguardiente barato, apoyado contra una farola y leyendo un periódico que había encontrado en la cuneta.

—¡Qué trajeado vas, hermano Arnolph! —dijo silbando entre dientes. Luego hizo chasquear la lengua, se sonó con los dedos y dobló cuidadosamente el asqueroso periódico.

—¿Qué trapitos te has puesto? De primera ¿eh?

—Me han nombrado director general —dijo Arnolph.

—¡Mira tú por dónde!

—Te colocaré como contable en la sección fórceps si me prometes portarte bien. El orden es lo principal.

—No, Arnolph, mi naturaleza no está hecha para aguantar oficinas. ¿Tienes veinte de los grandes?

—¿Qué ha pasado ahora?

—Gottlieb se cayó de una fachada: un brazo roto.

—¿De qué fachada?

—La de Petit-Paysan.

Arquíloco montó en cólera por primera vez en su vida.

—Gottlieb no tiene por qué robar en casa de Petit-Paysan —le dijo en tono imperioso a su asombrado hermano—, ni en ningún otro sitio. Petit-Paysan es mi benefactor. Me ha nombrado director general por socialismo creativo, y ahora vienes tú a pedirme dinero, un dinero que, al fin y al cabo, me lo da Petit-Paysan.

—No volverá a ocurrir, hermano Arnolph —respondió Bibi con dignidad—. Fue un simple ejercicio. Y Gottlieb se equivocó. Quería buscar pasta en la residencia del

embajador de Chile, porque la fachada es más cómoda. Pero se equivocó de número, no es más que un crío inocente. ¿Qué, me das la pasta? —y alargó su fraterna mano vacía.

—¡No! —dijo Arquíloco—. No puedo apoyar esas guarradas. Y ahora tengo que ver al obispo.

—¡Te esperaré, hermano Arnolph! —dijo Bibi inmovible y volvió a abrir su periódico—. Debo reflexionar sobre la historia universal.

El obispo Moser, gordo y rosado, hábito pastoral negro con alzacuello blanco, recibió a Arquíloco en su despacho, una habitación pequeña, alta, con olor a humo e iluminada por una sola lamparita. Libros sagrados y profanos recubrían las paredes; por una ventana alta, oculta tras pesados cortinajes, se filtraba la luz de la farola callejera bajo la que esperaba el hermano Bibi.

El visitante se presentó. En realidad era subcontable, dijo, pero ese día lo habían nombrado director general de la sección fórceps y cañones atómicos de la fábrica de maquinarias Petit-Paysan.

El obispo Moser lo miró con aire benévolo.

—Lo sé, mi estimado amigo —susurró—. Usted asiste al servicio divino del predicador Thürcker en la capilla de Eloísa ¿verdad? También estoy un poco al corriente de nuestra querida comunidad neopresbiteriana primitiva. Sea usted bienvenido.

El obispo estrechó con fuerza la mano del director general.

—Tome asiento —dijo señalándole una cómoda poltrona mientras él se sentaba detrás de su escritorio.

—Gracias —dijo Arquíloco.

—Antes de que me abra usted su corazón, quisiera abrirle yo el mío —dijo el obispo en un susurro—. ¿Puedo ofrecerle un puro?

—No fumo.

—¿Un vasito de vino? ¿Algún trago?

—Soy abstemio.

—¿Permite que me fume un puro? Un buen Dannemann ayuda a hablar en confianza y a confesarse con gusto de hombre a hombre. Peca audazmente, dijo Lutero, y yo añadiría: fuma audazmente y luego: bebe audazmente. ¿Me permite?

Se llenó una copita con un licor que guardaba en una vieja botella, detrás de los libros.

—Por favor —dijo Arquíloco ligeramente confundido. Lamentaba que su obispo no correspondiera del todo al modelo que de él se había hecho.

El obispo Moser se encendió un Dannemann.

—Pues verá usted, querido hermano (permítame llamarle así), hace ya tiempo que deseaba poder charlar un día con usted —dijo echando las primeras nubes de humo del Dannemann—. Pero, Dios mío ¡la de cosas que tiene que hacer un obispo! Visitar asilos de ancianos, organizar campamentos juveniles, alojar jovencitas descarriadas en hogares cristianos, inspeccionar las escuelas dominicales y la preparación a la confirmación, examinar a los candidatos, tratar con los neopresbiterianos, darles lavados de cabeza a nuestros predicadores, en fin... Hay que hacer miles de cosas y cositas y no queda tiempo para lo que uno quisiera. Nuestro querido Thürcker me habla siempre de usted: que jamás ha faltado a un oficio divino y ha dado constantes pruebas de poseer un celo nada frecuente por nuestra comunidad.

Asistir a los oficios divinos era para él una necesidad íntima, declaró Arquíloco

con sencillez.

El obispo Moser se sirvió una segunda copita de licor.

—Pues ya lo ve. Siempre he oído estas cosas con satisfacción. Y resulta que hace dos meses, un venerable miembro del Consejo mundial de la Iglesia neopresbiteriana primitiva se fue a la morada de nuestro Padre celestial, y desde entonces vengo pensando si no sería usted el hombre indicado para sucederle en este cargo honorífico, que además podría combinar perfectamente con su puesto de director general (aunque tal vez convendría no insistir demasiado en la sección cañones atómicos); de todas formas, necesitamos hombres que tengan los dos pies bien puestos en tierra y sepan afrontar la dura y a menudo horrible lucha por la vida, señor Arquíloco.

—Pero señor obispo...

—¿Qué? ¿Acepta?

—Es para mí un honor inesperado...

—¿Puedo proponerlo entonces al Consejo mundial de las Iglesias?

—Si usted cree...

—No quiero ocultarle que el Consejo mundial de las Iglesias se ha mostrado siempre dispuesto a seguir mis propuestas, a veces hasta demasiado dispuesto. De ahí que con excesiva frecuencia tenga yo reputación de ser un obispo voluntarioso. Sus integrantes son todos caballeros afectuosos y buenos cristianos, debo admitirlo, que se alegran de que los libere de las tareas organizadoras y de vez en cuando piense por ellos. Aunque pensar no es, desgraciadamente, asunto de cualquiera, ni tampoco del Consejo mundial. La próxima asamblea, en la que usted tendría que participar como candidato, se celebrará en Sidney. El mes de mayo. Un viaje así es sin duda un regalo de Dios; se conocen países y pueblos nuevos, usos y costumbres extraños, se entra en contacto con las necesidades y problemas de nuestra querida humanidad en otras regiones. Los gastos correrán a cargo, claro está, de la Iglesia neopresbiteriana primitiva.

—Estoy confundido.

—Ésta era mi petición —dijo el obispo en un susurro—. Y ahora pasemos a la suya. Hablemos de hombre a hombre, señor director general. Aunque creo adivinar el motivo: está intentando casarse, unirse a la mujer que ama. Ayer le vi entre el crematorio y el Museo nacional, le saludé, pero tuve que enfilar a toda prisa una oscura callejuela... una viejecita moribunda a la que quiero mucho... ¡qué silencio reinaba!

—Así es, señor obispo.

—¿Qué? ¿Lo he adivinado?

—Así es.

El obispo Moser cerró la Biblia griega que tenía delante.

—Un pimpollo de mujer —dijo—. Le deseo suerte. ¿Cuándo será la boda?

—Mañana. En la capilla de Eloísa, a ser posible. Me sentiría muy feliz si usted

podiera encargarse de la ceremonia.

El obispo estaba un tanto confuso.

—En realidad es tarea del predicador en funciones —observó—. Thürcker es todo un experto en celebrar bodas, y además tiene un órgano que suena particularmente bien.

—Le ruego que haga una excepción —pidió Arquíloco—, ahora que voy a ser consejero eclesiástico mundial.

—Hmmm. ¿Cree que podrá cumplir con las formalidades legales? —preguntó el obispo, al que algo le resultaba evidentemente penoso.

—Las pondré en manos de *maître* Dutour.

—Entonces sí —cedió finalmente el obispo—. ¿Qué tal mañana, en la capilla de Eloísa, a las tres de la tarde? ¿Podría darme el nombre y los datos personales de la novia?

El obispo anotó lo necesario.

—Señor obispo —dijo Arquíloco—, mi proyectado matrimonio es sin duda una razón suficiente para robarle su precioso tiempo, aunque no la más importante, si me permite decirlo, si no es un sacrilegio hacer una afirmación de este tipo, pues no puede haber nada más importante que contraer la obligación de compartir con una mujer toda una vida. Sin embargo, en este momento hay para mí algo mucho más importante, porque me oprime de verdad el corazón.

—Desahóguese, querido director general —respondió amablemente el obispo—. Ánimo. Descargue las penas de su alma, ya sean una carga humana o una demasiado humana.

—Señor obispo —dijo Arquíloco desanimado, y se incorporó un poco más en su poltrona, a la vez que cruzaba las piernas—, discúlpeme si quizás hablo sin orden ni concierto. Esta misma mañana iba vestido de otro modo, con ropa raída, lo digo francamente, y el traje que llevaba puesto el domingo, cuando usted me vio, era mi traje de confirmación; ahora, en cambio, luzco de repente prendas de vestir carísimas de O'Neill-Papperer y Vatti. Me siento avergonzado, señor obispo, usted pensará que he sucumbido por completo al mundo y a sus pompas y vanidades, como dice siempre el predicador Thürcker.

—Todo lo contrario —contestó sonriendo la alta autoridad eclesiástica—. Un aspecto agradable y un traje elegante son muy dignos de encomio, sobre todo hoy en día, cuando en ciertos círculos que imitan una filosofía atea se ha puesto de moda vestirse con particular negligencia y casi como mendigos, con camisas de colores colgando fuera de los pantalones y otras monstruosidades similares. Una moda decente y el cristianismo no se excluyen en absoluto.

—Señor obispo —prosiguió Arquíloco cobrando ánimos—, pienso que un cristiano bien puede inquietarse si de buenas a primeras se empiezan a abatir sobre él una serie de calamidades. Se verá a sí mismo como un Job al que se le mueren hijos e hijas y es víctima de la miseria y de la lepra; pero aun así podrá consolarse y

considerar esas desgracias como una secuela de sus pecados. Cuando ocurre, en cambio, lo contrario, cuando las dichas se acumulan una sobre otra, creo que sí habría razón para inquietarse, pues aquello resulta totalmente inexplicable: ¿Qué hombre las merecería de verdad?

—Mi querido señor Arquíloco —dijo el obispo Moser sonriendo—, la creación se llevó a cabo de manera tal que un caso así apenas puede presentarse. La criatura humana es quejumbrosa, dice san Pablo, y todos gemimos bajo el peso de calamidades que se van acumulando en mayor o menor grado y que tampoco debemos tomar tan a lo trágico; hay que comprenderlas más bien en el sentido de Job, como acaba de decir usted tan bella y justamente, casi como el predicador Thürcker. Un caso como el que acaba usted de mencionar, esa acumulación de toda la dicha posible, es sin duda muy difícil de encontrar y demostrar.

—Yo soy uno de esos casos —dijo Arquíloco.

El silencio era total en el despacho, y la oscuridad cada vez mayor. Fuera, el día se había apagado del todo y reinaba una noche lóbrega; de la calle apenas llegaba ruido alguno, sólo de vez en cuando el zumbido de un coche que pasaba o el eco fugaz de pasos que se extinguían.

—Los golpes de suerte me van llegando uno tras otro —prosiguió en voz baja el ex subcontable en su impecable traje de calle, un crisantemo en el ojal (el sombrero gris plata, los guantes de un blanco deslumbrante y el elegante abrigo de piel se habían quedado en el guardarropa)—: pongo un anuncio matrimonial en *Le Soir* y se me presenta una encantadora jovencita que se enamora de mí (y yo de ella) a primera vista, como en una película barata, casi me da vergüenza decirlo; no bien salgo a pasear con la muchacha, la ciudad entera empieza a saludarme: el presidente del gobierno, usted, todas las personalidades importantes, y hoy hago una carrera absolutamente inverosímil en los campos eclesiástico y profano, surjo de la nada, paso de una mezquina existencia de subcontable a la de director general y consejero eclesiástico mundial... todo esto me resulta inexplicable y me preocupa muchísimo.

El obispo guardó silencio unos minutos; de pronto pareció viejo y gris, había clavado la mirada en un punto fijo y dejado en el cenicero su Dannemann, que acabó por apagarse al poco rato.

—Señor Arquíloco —dijo por último, esta vez no en un susurro, sino con voz firme y mudada—, señor Arquíloco, todos estos hechos que acaba de contarme a solas, esta tarde silenciosa, son realmente extraños y excepcionales. Pero creo que sus causas, desconocidas para nosotros —aquí la voz le tembló y volvió a oírse, por un instante, el susurro— no son importantes ni, menos aún, definitivas, ya que pertenecen a la esfera humana y aquí todos somos pecadores. Importante es, en cambio, lo que todo esto significa: que usted es un elegido en el que se hacen más visibles los signos de la Gracia. Quien ha de llevarse la palma no es ya el subcontable Arquíloco, sino el director general y consejero eclesiástico mundial Arquíloco, y ahora sólo puede tratarse de que usted demuestre merecer toda esa Gracia. Acepte

estos hechos con la misma humildad con que los aceptaría si fueran desgracias, es todo lo que puedo decirle al respecto. Quizás tenga que recorrer ahora un camino particularmente difícil, el camino de la felicidad, que no le es impuesto a la mayoría de los hombres sólo porque no sabrían recorrerlo tan bien como el del infortunio, que es el que, por regla general, hemos de recorrer en este mundo. Y ahora, adiós —con estas palabras se puso en pie—, volveremos a vernos mañana en la capilla de Eloísa, cuando se le hayan aclarado muchas cosas, y sólo me queda rezar para que, le pase lo que le pase, no olvide usted mis palabras.

Tras la conversación con el obispo Moser en su habitación con olor a humo, entre los clásicos y Biblias que cubrían las paredes, con el escritorio y los pesados cortinajes, y después de que también su hermano Bibi, que esperaba leyendo (*Le Soir*) bajo la ventana del obispo, hubiera recibido algún dinero, el consejero eclesiástico mundial habría querido ir en seguida al boulevard Saint-Père, pero acababan de dar las seis en la iglesia de los jesuitas de la place Guillaume, en vista de lo cual decidió esperar hasta las ocho, como habían convenido, aunque le resultaba doloroso imaginar que de esa forma prolongaría dos inútiles horas la existencia de Chloé como criada. Se propuso mudarse al Ritz con ella esa misma noche, para lo cual hizo los preparativos necesarios: reservó dos habitaciones, una en el primer piso y otra en el quinto, para no poner en apuros a la muchacha ni comprometerse él mismo como consejero eclesiástico mundial. Luego intentó localizar a *maître* Dutour, lamentablemente en vano. Le dijeron que el abogado y notario había ido a efectuar la transferencia de una casa. Tenía, pues, más de hora y media de tiempo. Se preparó, compró flores, averiguó qué restaurante le convenía, no quería ir al viejo local donde no servían bebidas alcohólicas, frente a la Organización Mundial de la Salud, y el «Chez Auguste» tampoco entraba en sus cálculos ya que su elegante indumentaria — y lo sintió con secreto dolor— lo excluía de allí. ¡Qué papel haría en su traje de O'Neill-Papperer junto a monsieur Bieler con su camiseta amarilla! Por eso decidió, no sin mala conciencia, comer en el mismo Ritz, sin alcohol, naturalmente. Reservó una mesa y, con cierta alegre expectativa, se dirigió a la exposición de Passap, que había descubierto casualmente en la galería Nadelör, justo enfrente del Ritz, y que debido a la afluencia de público también podía visitarse de noche. Se exponían los últimos cuadros de Passap (ángulos de 60°, elipses y parábolas), que Arquíloco contempló entusiasmado mientras recorría con sus flores (rosas blancas) las salas iluminadas, en medio de visitantes americanas, periodistas y pintores. Sin embargo, se detuvo perplejo frente a un cuadro azul cobalto y ocre en el que no se veían más que dos elipses y una parábola. Se quedó mirándolo estupefacto y con la cara roja, apretando convulsivamente las flores; de pronto se alejó, presa de un terror pánico y bañado en sudor, sacudido por un escalofrío, y se precipitó a un taxi, no sin antes preguntarle la dirección del pintor a Herr Nadelör que, de pie junto a la caja, sonreía en su smoking, frotándose las manos. Pero el marchante se lanzó en pos de Arquíloco de inmediato y sin ponerse abrigo alguno, también en taxi, dispuesto a salvar sus porcentajes, pues sospechaba alguna compra secreta. Passap vivía en la rue Funèbre, en pleno casco antiguo, al que el taxi (seguido muy de cerca por el de Nadelör) llegó por la Marschall-Vögeli-Allee, cierto es que con gran dificultad porque los partidarios de Fahrcks habían organizado a esa misma hora una manifestación masiva, con retratos del anarquista colgados en largos postes, banderas rojas y pancartas gigantescas: «¡Fuera el presidente del gobierno!», «¡Impedid el tratado de Lugano!», etc. En algún lugar, el propio Fahrcks pronunciaba un discurso. Un intenso griterío llenaba el aire, mezclándose con silbidos y piafar de caballos, y cuando la

policía arremetió con porras de goma y mangueras, los taxis del director general y del marchante también fueron regados (lamentablemente, este último había abierto una ventanilla, sin duda por curiosidad). Pero en ese momento ambos vehículos doblaron a la altura de Vrener y Pott y enfilaron hacia la ciudad vieja entre las maldiciones de sus conductores. Las calles, mal pavimentadas, subían abruptamente entre casas y tabernas ruinosas; grupos de prostitutas hacían señas y silbaban como pájaros negros, y el frío era tan intenso que los automóviles mojados se habían cubierto, hacía rato, de una capa de hielo. Frente al número cuarenta y tres (donde vivía Passap) de la mal iluminada rue Funèbre, bajó Arquíloco, con sus rosas blancas todavía bajo el brazo, como de un coche de cuento de hadas, guarnecido de sonoros y relucientes carámbanos de hielo. Dijo al taxista que esperara y, asediado por golfos que se aferraban a sus perneras, penetró, pasando ante una portera borracha y con cara de malas pulgas, hasta el interior de la vieja casona y empezó a subir una escalera sin fin de peldaños tan podridos que, más de una vez, se hundieron bajo sus pies y él quedó colgado en el vacío, agarrado al pasamanos de madera. Penosamente fue subiendo de piso en piso, con astillas en sus doloridas manos, casi a oscuras, deteniéndose en cada una de las viejas puertas por si veía el nombre de Passap en alguna, teniendo tras de sí el aliento de Nadelör, en quien aún no había reparado. Hacía un frío atroz en la escalera, en algún piso aporreaban un piano y, en otro, una ventana se abría y cerraba continuamente. Detrás de una puerta chillaba una mujer y un hombre aullaba, y había cierto tufillo a orgía salvaje. Arquíloco siguió subiendo, volvió a hundirse otra vez hasta la rodilla, se enredó en una telaraña y un bichejo gordo y medio congelado le corrió por la frente; se lo quitó con un gesto de fastidio. Finalmente, con el abrigo de piel de Vatti y el hermoso traje nuevo de O'Neill-Papperer llenos de polvo, los pantalones ya rasgados —aunque las flores intactas—, encontró al final de una estrecha y empinada escalerilla el nombre de Passap escrito en letras gigantescas, con tiza, encima de una desvencijada puerta. Llamó. Dos pisos más abajo, Nadelör se mantenía al acecho en medio del frío glacial. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar por segunda, tercera y cuarta vez. Nadie. El consejero eclesiástico mundial presionó el picaporte; la puerta no estaba cerrada con llave, y entró.

Se encontró en una buhardilla enorme, casi un granero, un laberinto de vigas con distintos tipos de suelo. Por todas partes se veían ídolos negros, cuadros hacinados, marcos vacíos, esculturas, extraños armazones de alambre torcido, una estufa de hierro al rojo vivo cuyo larguísimo tubo se enroscaba grotescamente, botellas de vino y whisky desparramadas por doquier, tubos de pintura exprimidos, potes de colores, pinceles, gatos por todas partes, y en las sillas y el suelo grandes pilas de libros. En el centro de la habitación estaba Passap, enfundado en una bata de pintor que en sus buenos tiempos debió de ser blanca, pero que ahora estaba embadurnada de colores muy diversos; con una espátula iba trazando parábolas y elipses sobre un lienzo colocado en su caballete, mientras que frente a él, cerca de la estufa, una muchacha gorda y totalmente desnuda, sentada en una silla tambaleante, posaba con sus largos

cabellos sueltos y los brazos cruzados detrás de la nuca. El consejero eclesiástico mundial se detuvo como petrificado (era la primera vez que veía una mujer desnuda) y apenas se atrevió a respirar.

—¿Quién es usted? —preguntó Passap.

Arquíloco se presentó, algo extrañado por la pregunta, ya que el pintor lo había saludado el domingo.

—¿Qué desea?

—Usted ha pintado a mi novia Chloé... desnuda —repuso el griego con voz temblorosa.

—Se referirá al cuadro *Venus, 11 de julio*, que ahora está en la galería Nadelör.

—Precisamente.

—Vístete —ordenó Passap a la modelo, que desapareció detrás de un biombo; luego observó larga y detenidamente a Arquíloco, fumando una pipa cuyo humo se enroscaba entre el laberinto de vigas.

—¿Y qué?

—Señor —replicó Arquíloco con gran dignidad—, soy un admirador de su arte. He seguido su actividad con entusiasmo, y hasta le he elevado al número cuatro de mi ordenación del mundo.

—¿Ordenación del mundo? ¿Qué bobada es ésa? —preguntó Passap acumulando más color (azul cobalto y ocre) en su paleta.

—He hecho una lista de los representantes más notables de nuestro tiempo, una lista de mis modelos éticos.

—¿Y qué?

—Señor, pese al entusiasmo que siento por usted, pese a mi veneración, me veo obligado a pedirle una explicación. No es sin duda muy común que un novio vea retratada a su novia desnuda, como Venus. Aunque se trate de un cuadro abstracto, un observador sensible sabrá reconocer el objeto.

—¡Vaya, vaya! —dijo Passap—, mis críticos son incapaces de hacerlo.

Luego volvió a examinar a Arquíloco, se le acercó, lo palpó como un caballo, retrocedió unos pasos y entornó los párpados.

—Desvístase —dijo por último, se sirvió whisky en un vaso, bebió y rellenó su pipa.

—Pero... —intentó protestar Arnolph.

—No hay pero que valga —replicó Passap en tono imperioso y clavándole unos ojitos negros tan malignos y penetrantes que Arquíloco enmudeció—. Quiero pintarle como Ares.

—¿Ares?

—El dios griego de la guerra —explicó Passap—. Llevo años buscando un modelo adecuado, el compañero de mi Venus: y usted lo es. La típica fiera humana, el amante de los combates, instigador de baños de sangre. ¿Es usted griego?

—Sí, pero...

—Ya lo ve.

—Señor Passap —dijo Arquíloco finalmente—. Se equivoca. No soy ninguna fiera humana, ni amante de los combates, ni instigador de baños de sangre. Soy un hombre que ama la paz, consejero eclesiástico mundial de la Iglesia neopresbiteriana primitiva, un abstemio total que jamás fuma. Además, soy vegetariano.

—Absurdo —dijo Passap—. ¿Cuál es su profesión?

—Director general de la sección cañones atómicos y de la...

—Ya lo tenemos —interrumpió Passap—. Un dios de la guerra. Y una fiera humana. Sólo que se siente inhibido y aún no ha encontrado la forma de vida que le conviene. Además es usted un bebedor nato y un libidinoso, el Ares más perfecto que jamás he conocido. Vamos, desvístase, pero rápido. Tengo que pintar, no charlar.

—No mientras siga en la habitación esa señorita a la que acaba usted de pintar —protestó Arquíloco.

—Vete, Catherine. Tiene vergüenza —gritó el pintor—. ¡Mañana volveré a necesitarte, gordinflona!

La muchacha gorda del pelo rubio, ya vestida, se despidió.

Cuando abrió la puerta, se encontró a Nadelör tiritando de frío y congelado.

—Debo expresarle mi protesta —exclamó el marchante con voz ronca—. Debo expresarle mi protesta, señor Passap, habíamos quedado en que...

—¡Váyase al diablo!

—Estoy temblando de frío —exclamó el marchante desesperado—, habíamos convenido que...

—¡Congélese!

La muchacha cerró la puerta. La oyeron bajar las escaleras.

—¿Qué? —preguntó el pintor a Arquíloco con voz enfadada— ¿no se ha quitado aún los pantalones?

—Perdón —respondió el director general y se desvistió—. ¿También la camisa?

—Todo.

—¿Y las flores? Son para mi prometida.

—Póngalas en el suelo.

El consejero eclesiástico mundial puso su ropa sobre una silla, la sacudió (se le había llenado de polvo al subir las escaleras) y por fin quedó desnudo.

Sintió frío.

—Acerque la silla a la estufa.

—Pero...

—Súbase a la silla y póngase en posición de boxeo, los brazos formando un ángulo de 60° —ordenó Passap—. Siempre me he imaginado así a un dios de la guerra.

La silla se tambaleaba mucho, pero Arquíloco obedeció.

—Está muy gordo —gruñó el pintor enojado y volvió a servirse whisky—, es algo que sólo me gusta a veces, en ciertas mujeres; de todas formas, puede

eliminarse. Lo más importante es la cara y el tórax. Todo ese vello que lo cubre le da un aire particularmente marcial. También los muslos están bien. Pero quítese las gafas, que me destruyen toda la ilusión.

Y empezó a pintar: ángulos de 60°, elipses y parábolas.

—¡Señor! —empezó nuevamente el consejero eclesiástico mundial (en posición de boxeo)— me debe usted una explicación...

—¡Cállese! —bramó Passap—. Si alguien puede hablar aquí, soy yo. Que haya pintado a su novia es la cosa más natural del mundo. Una mujer grandiosa. Ya conocerá usted sus pechos.

—Señor...

—Y sus muslos, su ombligo...

—Tendré que...

—¡Vuelva a su posición de boxeo, diantre! —rugió el pintor aplicando montañas de ocre y luego azul cobalto—. Ni siquiera ha visto desnuda a su novia y se compromete.

—Está pisando mis flores. Rosas blancas.

—¿Y qué? ¡Una revelación, su novia desnuda! Tuve que hacer esfuerzos para no caer en un naturalismo chato o en un impresionismo de pacotilla frente a esa carne estupenda, frente a esa piel que respiraba. ¡Meta la barriga, so pedazo de...! Nunca he tenido una modelo tan divina como Chloé, con esa espalda soberbia, esos hombros perfectos y ese par de nalgas turgentes como los dos hemisferios del planeta. A uno le vienen ideas cósmicas al ver cosas así. Nunca he pintado con tanto placer como entonces. Y eso que normalmente no me gusta pintar mujeres, sólo de vez en cuando una gordita como la que acaba de irse. Artísticamente no rinden demasiado. Un hombre, en cambio, es diferente: lo que se aparta del ideal clásico es precisamente lo interesante. ¡Pero Chloé...! En ella todo es aún una unidad como en el Paraíso: las piernas, los brazos y el cuello surgen del cuerpo con una naturalidad absoluta, y la cabeza sigue siendo una cabeza de mujer. También he hecho una escultura de ella: ¡aquí la tiene!

Y le señaló una confusa estructura de alambre.

—Pero oiga...

—¡Mantenga la posición de boxeo! —ordenó Passap al consejero eclesiástico mundial, luego retrocedió varias veces contemplando su cuadro, modificó una elipse, quitó el lienzo del caballete y atornilló otro.

—Y ahora póngase de rodillas —ordenó—. Ares después de la batalla. Inclínese más hacia delante; después de todo, no le tengo a mi disposición todos los días.

Arquíloco, desconcertado y medio tostado por la estufa, ya sólo oponía una débil resistencia.

—Quisiera pedirle que... —dijo, pero fue interrumpido por Nadelör que entró temblando en la buhardilla, un carámbano de hielo ambulante, temeroso de que se vendiera algún cuadro.

Passap montó en cólera.

—¡Fuera! —gritó, y el marchante volvió a retirarse al frío ártico de la escalera.

—El arte es mi explicación —dijo por último el pintor tomándose un trago de whisky, pintando y acariciando simultáneamente un gato que se le había trepado al hombro—, y me es indiferente que esta explicación le satisfaga o no. De su novia desnuda he hecho algo: una obra maestra de proporciones, distribución de superficies y ritmo, una obra maestra de colorido, de poesía pictórica, un mundo de azul cobalto y ocre. Usted, en cambio, querrá hacer algo muy distinto de Chloé en cuanto la tenga a su disposición desnuda. Sin duda una mamá llena de hijitos. Es usted quien va a destruir una obra maestra de la creación, caballero, no yo, que la enaltezco y la elevo al absoluto, a lo definitivo, al plano onírico.

—Son las ocho y cuarto —exclamó Arquíloco asustado y aliviado al mismo tiempo por la explicación del pintor.

—¿Y qué?

—Había quedado con Chloé a las ocho —le explicó Arnolph angustiado e intentó bajar de la silla, mientras el gato ronroneaba a su alrededor—. Me está esperando en el boulevard Saint-Père.

—Pues que siga esperando. Manténgase en su posición —exclamó Passap—, el arte es más importante que sus asuntos amorosos.

Y siguió pintando.

Arquíloco lanzó un gemido. El gato, gris con patas blancas, se le había trepado al hombro y sus garras le hacían daño.

—¡Tranquilo! —ordenó Passap—, ¡no se mueva!

—El gato.

—El gato está perfectamente, pero usted no —comentó el pintor indignado— ¿cómo es posible echar semejante barrigón, y sin beber alcohol?

En la puerta apareció de nuevo Nadelör (cubierto de hielo, entumecido). Que estaba congelado, explicó con una voz tan ronca que era casi imperceptible.

—Nadie lo obliga a quedarse ante mi puerta, y en mi taller no quiero tenerlo —respondió Passap en tono grosero.

—Usted hace negocios conmigo —graznó el marchante y tuvo que estornudar, pero no logró sacar la mano del bolsillo, pues con el hielo las mangas se le habían pegado al pantalón.

—Todo lo contrario, es usted quien hace negocios conmigo —rugió el pintor—. ¡Fuera!

El marchante se retiró por tercera vez.

Arquíloco tampoco se atrevió a decir nada. Passap siguió bebiendo whisky, pintando ángulos de 60°, parábolas y elipses, acumulando cobalto sobre ocre y ocre sobre cobalto, y al cabo de media hora el director general fue autorizado a vestirse.

—Aquí tiene —dijo Passap poniéndole la estructura de alambre en los brazos—, póngala junto a su lecho conyugal, es mi regalo de bodas. Para que recuerde la

belleza de su novia cuando se haya marchitado. Y le enviaré también uno de sus retratos cuando esté seco. Y ahora váyase. Los consejeros eclesiásticos y los directores generales me resultan casi tan insoportables como los marchantes. Por suerte se asemeja usted al dios griego de la guerra, de lo contrario le habría echado fuera hace ya rato, y desnudo, ¡créame!

Cuando Arquíloco salió del taller del pintor —llevando en un brazo las rosas blancas y en el otro la estructura de alambre que, en principio, representaba a su novia desnuda—, se encontró en la escalera estrecha y empinada (que más parecía, en realidad, una escalera de mano) con el marchante Nadelör, bajo cuya nariz se habían formado pequeños carámbanos de hielo y que, lastimeramente expuesto a la corriente de aire glacial, se había pegado a la pared.

—Ya lo ve —se quejó el congelado con voz casi inaudible y como desde la grieta de un ventisquero—, tal y como me lo había imaginado. Le ha comprado algo; protesto.

—Es un regalo de bodas —comentó Arquíloco y empezó a bajar cuidadosamente las escaleras, impedido por las flores y la escultura de alambre, y enojado por su absurda aventura (pronto serían las nueve); pero esa escalera no permitía bajar a mayor velocidad.

El marchante lo seguía.

—Debería avergonzarse —dijo Nadelör en la medida en que sus palabras resultaban inteligibles—, he oído cómo le decía a Passap que es consejero eclesiástico mundial. ¡Qué escándalo! ¡Posar teniendo un cargo semejante! ¡Y, además, por otro lado, totalmente en cueros!

—¿Puedo pedirle que me sostenga la estatua? —le rogó al cabo de un rato Arquíloco, impulsado por la necesidad (entre el tercer y el cuarto piso, cerca de la mujer que seguía chillando y del hombre que aullaba)—, sólo un momento, se me ha hundido el pie en un escalón.

—Imposible —dijo Nadelör en un soplo—, sin porcentaje nunca toco una estatua.

—Entonces las flores.

—No puedo —se excusó el marchante—, el frío me ha congelado las mangas.

Por fin llegaron a la calle. El coche de los carámbanos tenía un brillo plateado. Sólo el radiador estaba sin hielo, y el motor funcionaba. Dentro hacía frío, la calefacción no iba bien, explicó el entumecido taxista.

—Boulevard Saint-Père 12 —dijo Arquíloco, contento de poder ver pronto a su novia.

El coche empezaba a ponerse en marcha cuando el marchante llamó a la ventanilla.

—He de pedirle que me lleve con usted —pudo percibir Arquíloco confusamente desde la masa de hielo cuando bajó la ventanilla y se inclinó hacia la centelleante figura. Era incapaz de dar un paso más, añadió el marchante, y en el casco antiguo escaseaban los taxis.

—Imposible —repuso Arquíloco, que tenía que ir pitando al boulevard Saint-Père y ya se había entretenido demasiado en aquel sitio.

—Como cristiano y consejero eclesiástico mundial no puede usted dejarme en la estacada —contestó Nadelör indignado—. El hielo empieza a pegarme a la acera.

—Suba —dijo Arquíloco abriendo la portezuela.

—Aquí hace un poco más de calor, me parece —opinó el marchante cuando se sentó junto a Arquíloco—. Ojalá pueda deshelarme.

Pero cuando doblaron por el boulevard Saint-Père, Nadelör no se había deshelado y también tuvo que bajarse del taxi. El taxista se negó a volver al *quai*. Estaba harto del frío y se fue. Ambos se quedaron, pues, frente a la puerta de hierro forjado con los angelitos y los delfines, la farola roja, que estaba apagada, y los dos grandes zócalos de piedra. Arquíloco tiró de la antigualla que servía de timbre. Nadie salió. En el bulevar no se veía un alma y sólo de lejos llegaban hasta ellos el ruido y los gritos de protesta de los partidarios de Fahrcks.

—Caballero —dijo Arquíloco preocupado por su retraso, con las flores y la escultura de alambre en los brazos—, ahora tengo que dejarle.

Abrió la puerta con gesto decidido, pero Nadelör lo siguió hasta el interior del parque.

Qué más se le ofrecía, preguntó Arnolph irritado por no poder deshacerse del congelado marchante.

Tendría que telefonar un taxi, explicó el propietario de la galería.

—Sólo conozco muy por encima a esta gente...

—Usted, como consejero eclesiástico mundial...

—Por favor —dijo Arquíloco—. Entre, por favor.

El frío era despiadado. El marchante tintineaba como un carillón al caminar. Los pinos y los olmos estaban inmóviles, en el cielo brillaban estrellas gigantescas, rojas y amarillas, y la Vía Láctea mostraba su cinta plateada. Entre los troncos se veía el dorado resplandor de las ventanas de una villa que, en realidad, a medida que se acercaban, resultó ser un palacete rococó un tanto afiligranado, con columnas ligeras y recubierto en su totalidad por el ramaje de una vid silvestre que podía distinguirse fácilmente en la claridad nocturna. Una escalera ligeramente arqueada conducía a la entrada, muy bien iluminada y sin ninguna placa; en ella sólo colgaba una pesada campanilla, pero, una vez más, nadie salió a abrir.

Otro minuto en aquel frío, se quejó el marchante, y se habría congelado.

Arquíloco apretó el picaporte. La puerta no estaba cerrada con llave. Iría a echar una ojeada, dijo.

Nadelör lo acompañó.

—¿Está usted loco? —susurró Arquíloco.

—Con este frío no puedo esperar fuera...

—No conozco esta casa.

—Usted, como cristiano...

—Pues espere aquí —ordenó Arnolph.

Entraron en un salón. Los muebles recordaron a Arquíloco el despacho de Petit-Paysan; flores y espejitos, un calor agradable por todas partes. El marchante empezó a descongelarse, y de su cuerpo chorreaban minúsculos arroyuelos.

—No se quede parado en la alfombra —le ordenó el consejero eclesiástico

mundial, un tanto angustiado viendo que el dueño de la galería chorreaba agua por todas partes.

—Perdone —dijo éste y se colocó junto al paragüero—. Ojalá pueda telefonar pronto.

—Se lo diré al dueño de casa.

—Tan pronto como pueda.

—Sosténgame al menos la escultura de alambre —le propuso Arquíloco.

—Sólo a cambio de un porcentaje.

Arnolph puso la obra de arte junto a Nadelör y abrió una puerta que daba a un saloncito donde había un sofá, una mesita de té, una espineta y varios graciosos silloncitos. Carraspeó. El salón estaba vacío, pero oyó pasos detrás de una puerta, seguramente mister Weeman. Atravesó el salón y llamó.

—¡Adelante!

Para gran sorpresa suya, Arnolph se encontró frente a *maître* Dutour.

Maître Dutour, un hombrecito inquieto de bigote negro y melena blanca de artista, se hallaba de pie junto a una gran mesa, muy hermosa, en un salón de altos espejos dorados, vivamente iluminado por una araña llena de velas que, radiante, colgaba del techo como un árbol de Navidad.

—Le estaba esperando, señor Arquíloco —dijo *maître* Dutour haciendo una reverencia—. Tome asiento, por favor.

Le señaló un sillón al consejero eclesiástico mundial y se sentó frente a él. Sobre la mesa había un documento desplegado.

Arquíloco dijo que no entendía nada.

—Mi estimado señor director general —repuso sonriendo el abogado—, me es muy grato hacerle entrega de esta casa en calidad de regalo. No está gravada por ninguna hipoteca y su estado es excelente, exceptuando el lado oeste del tejado, que habrá que reparar algún día.

Que seguía sin entender, dijo Arquíloco sorprendido, aunque algo más endurecido y entrenado por los distintos golpes de fortuna.

—¿Sería tan amable de explicarme...?

—El anterior propietario de esta casa no desea decir su nombre.

Ya estaba al tanto, explicó Arnolph, se trataba de Mr. Weeman, el famoso arqueólogo y exhumador de antigüedades griegas, que había descubierto un antiguo templo de columnas doradas y estatuas preciosas, semidevoradas por el musgo.

Maître Dutour se quedó de una pieza, miró sorprendido a Arquíloco y movió la cabeza. Que él no podía dar ningún tipo de información, afirmó por último, el anterior propietario deseaba que su casa estuviese en manos griegas y se alegraba de haber encontrado en Arquíloco a un hombre que reuniera esa condición. En una época de corrupción e inmoralidad, prosiguió, en una época en que los crímenes más antinaturales parecían ser los más naturales, en que cualquier idea de justicia se desmoronaba, y, como era sabido, se recurría a la ley de los puños propia de tiempos primitivos, un jurista perdería toda esperanza de descubrir algún sentido en sus esfuerzos por lograr orden y justicia si no le tocara preparar y realizar de vez en cuando un acto del más puro altruismo como era, ahora, la entrega de aquel palacete. Los documentos estaban listos, añadió, el señor director general sólo tendría que echarles una ojeada y poner su nombre debajo. El impuesto exigido por el Estado —Moloch reclamaba su víctima— también había sido pagado.

—Muchas gracias —dijo Arquíloco.

El *maître* leyó los documentos en voz alta, y el consejero eclesiástico mundial estampó su firma debajo.

—Y ahora el palacete es suyo —dijo el abogado, levantándose.

Arquíloco también se puso en pie.

—Señor —dijo en tono solemne— permítame expresarle la alegría que me ha producido encontrarme con un hombre al que siempre he venerado. Usted defendió a aquel pobre predicador auxiliar. Sólo la carne había profanado al espíritu, exclamó

usted en esa ocasión, pero el alma permaneció impoluta, palabras estas que se grabaron en lo más profundo de mi corazón.

—Oh no —dijo Dutour—, me limité a cumplir con mi deber. Por desgracia, el predicador auxiliar fue decapitado, hecho del que aún no logro consolarme; yo había propuesto doce años de trabajos forzados; de todas formas, se pudo evitar lo peor: no lo ahorcaron.

Que si aún podía molestarlo un momento, preguntó Arquíloco.

Dutour hizo una reverencia.

—Le ruego, venerado *maître*, que prepare los papeles para mi matrimonio.

—Ya están listos —respondió el abogado—, su apreciada novia me lo había pedido.

—¡Oh! —exclamó Arnolph muy contento—, ¿de modo que conoce a mi novia?

—Tuve el gran placer.

—¿No es maravillosa?

—Por supuesto.

—Soy el hombre más feliz del mundo.

—¿A quiénes propone como testigos de boda?

Que aún no había pensado en eso, confesó Arquíloco.

Él recomendaría al embajador norteamericano y al rector de la universidad, dijo Dutour.

Arnolph titubeó.

Que ya contaba con el consentimiento, añadió el *maître*.

—No hace falta dar otros pasos. Esta boda ha causado sensación en las altas esferas y todo el mundo habla de su asombrosa carrera, estimado señor Arquíloco.

—Pero esos señores no conocen a mi novia.

El pequeño abogado echó hacia atrás su melena de artista, se alisó el bigote y observó a Arnolph casi con malignidad.

—Pues yo creo que sí —dijo.

—Ya entiendo —se le iluminó la mente a Arquíloco—. Los señores han sido huéspedes de Gilbert y Elizabeth Weeman.

Maître Dutour hizo un nuevo gesto de sorpresa.

—Dejémoslo así —dijo luego.

Arnolph no estaba del todo entusiasmado.

—Admiro mucho al rector de la universidad.

—Pues entonces...

—Pero el embajador norteamericano...

—¿Tiene usted reparos políticos?

—No es eso —respondió Arquíloco turbado—. Mister Forster-Monroe ocupa el quinto puesto en mi ordenación moral del mundo, pero pertenece a la Iglesia presbiteriana primitiva, cuyo dogma de la reconciliación universal no me es posible compartir, pues yo creo firmemente en la eternidad de las penas infernales.

El *maître* movió la cabeza.

—No quiero ofender sus creencias —dijo—, pero no tiene por qué afligirse. Entre la eternidad de las penas infernales y su matrimonio tampoco es que haya mucho en común.

Arquíloco lanzó un suspiro de alivio:

—También a mí me lo parece —dijo.

Pues entonces él se despediría, dijo el *maître* y cerró la carpeta:

—El matrimonio civil tendrá lugar a las dos en punto en el *hôtel de ville*.

Arnolph quiso acompañarlo.

Prefería ir por el parque, dijo el pequeño abogado, descorrió una cortina roja y abrió una puerta vidriera:

—Éste es el camino más corto.

Una corriente de aire helado penetró en la habitación.

«Habrá sido huésped muchas veces», pensó Arquíloco mientras los rápidos pasos del *maître* se perdían en la noche, y permaneció unos minutos en la terraza a la que conducía la puerta vidriera. Observó titilar las estrellas por encima de los árboles. De pronto sintió frío y volvió a la habitación, cerrando la puerta tras de sí. «Los Weeman habrán vivido por todo lo alto», murmuró.

Arquíloco empezó a recorrer el palacete rococó, que ahora era suyo. Le pareció oír leves pasos en uno de los salones contiguos, pero no vio a nadie. Todo estaba iluminado, unas veces por grandes velas blancas, otras, por lamparillas. Atravesó habitaciones y salas pequeñas, caminando sobre mullidas alfombras, junto a graciosos mueblecitos. De las paredes colgaban viejos y preciosos tapices, a veces un tanto deteriorados, con lirios de un dorado pálido sobre fondo gris plata, y espléndidos cuadros que él, sin embargo, no se atrevía a mirar con detenimiento y ante los cuales se ruborizó varias veces, porque en su mayoría representaban damas desnudas a las que, aquí y allí, se sumaban caballeros en el mismo estado natural. No encontraba a Chloé en ninguna parte. Si al principio deambuló sin rumbo fijo, al cabo de un rato se puso a seguir un rastro de color: estrellas de papel azules, rojas y doradas que, evidentemente, señalaban la pista que él debería seguir sobre las mullidas alfombras. Y así, a través de una estrecha e insospechada escalera de caracol, oculta tras una puerta que los tapices disimulaban, llegó al piso de arriba (había permanecido un rato indeciso ante la pared en la que se acababan las estrellas, hasta que descubrió la puerta); en cada escalón se veía una estrella o un cometa de papel, una vez también el planeta Saturno con sus anillos, luego la luna y después el Sol. Cada paso, cada escalón aumentaban el desaliento de Arquíloco, el valor lo había abandonado y, una vez más, fue presa de su vieja ansiedad. Respiraba penosamente y apretaba con fuerza las rosas blancas, de las que en ningún momento se había desprendido, ni siquiera mientras hablaba con *maître* Dutour. La escalera de caracol terminaba en una habitación redonda con un gran escritorio y tres ventanas altas, un globo terráqueo, un sillón de respaldo alto, una gran lámpara de pie y un arcón; los

muebles eran todos medievales como en las representaciones teatrales del *Fausto*. Sobre el sillón había un pergamino amarillento con las siguientes palabras escritas con lápiz de labios: «Estudio de Arnolph». Al ver el teléfono encima del escritorio, Arquíloco pensó un momento en el dueño de la galería que esperaba, empapado, junto al paragüero en el salón de abajo y quizás ya se hubiera deshelado del todo, pero volvió a olvidar a Nadelör cuando abrió la segunda puerta del estudio, a la que lo condujeron las estrellas y cometas, pues de pronto vio ante sí un dormitorio y una antigua e imponente cama con dosel, «el dormitorio de Arnolph», como podía leerse en el pergamino colocado en una mesita estilo Renacimiento. La siguiente habitación —él continuó por la pista de estrellas— cambiaba de nuevo al estilo rococó y no era en realidad una habitación, sino un delicioso *boudoir* iluminado por lamparillas rojas, con todos los muebles y objetos propios de semejante lugar: «*boudoir* de Chloé», se leía, escrito con lápiz de labios, en un pergamino colocado en un silloncito sobre el cual se amontonaban, en precipitado desorden, algunas prendas de vestir que desconcertaron a Arquíloco: un sostén, una faja, un corsé, una blusa y unas braguitas, todo de una blancura deslumbrante; en el suelo había medias y zapatos esparcidos, y a través de una puerta entreabierta se veía un cuarto de baño con azulejos negros; la bañera, empotrada en el suelo, estaba llena de un agua verde y perfumada que humeaba ligeramente. Sin embargo, los cometas del suelo no sólo conducían al cuarto de baño, sino, desde él, a otra puerta que Arnolph abrió sosteniendo ante él las flores como un escudo. Entró en un aposento en cuyo centro había una cama con dosel, graciosa, pero anchísima, a los pies de la cual se acababan las estrellas y las lunas, aunque unas cuantas estuvieran pegadas a la madera del lecho al cual llevaban. No se veía, sin embargo, a nadie, pues las cortinas del dosel estaban corridas. En una chimenea ardían trozos de leña que proyectaban la sombra de Arnolph, trémula y gigantesca, sobre el cortinaje rojo de la cama, recamado con extrañas figuras de oro. Arquíloco se acercó, vacilante, al lecho con dosel. Al mirar por la rendija que dejaban las cortinas no vio, en la oscuridad, más que la nube blanca de las sábanas. Pero le pareció oír una respiración y, temblando de miedo, susurró: «Chloé». Nadie contestó. Algo tenía que hacer, por más que, en el fondo, hubiera preferido huir de aquella alcoba y del palacete para volver a su mansarda, donde estaría seguro y sin estrellas que lo confundieran. Finalmente, con el corazón oprimido, descorrió la cortina y encontró a la que buscaba tumbada en el lecho, durmiendo, el rostro enmarcado por los negros rizos de su cabellera suelta.

Arquíloco estaba tan aturdido que se sentó con aire desvalido al borde de la cama y observó tímidamente a Chloé, aunque sólo se atrevía a mirarla a intervalos. Además, estaba cansado, aquella racha de suerte ininterrumpida no le había concedido un solo instante de reposo ni de reflexión, de suerte que sobre la vaporosa cortina bermellón del dosel su sombra se fue hundiendo más y más hacia Chloé dormida. De pronto advirtió que la joven había abierto ligeramente los ojos, sin duda hacía rato, y lo observaba por entre sus largas pestañas.

—¡Oh! —dijo como si se despertara—. ¡Arnolph! ¿Te ha sido fácil encontrar el camino a través de tantas habitaciones?

—Chloé —exclamó él, todavía asustado—, estás en la cama de Mrs. Weeman.

—Esta cama ahora es tuya —replicó ella riéndose y desmerezándose.

—Le has hablado de nuestro amor a Mr. y Mrs. Weeman ¿verdad?

Ella titubeó un instante.

—Por supuesto —dijo luego.

—Y entonces nos regalaron este palacete.

—Tienen varios más en Inglaterra.

—No lo sé —dijo él—, aún no acabo de entender muy bien todo esto. No sabía que los ingleses fueran tan sensibles socialmente y regalaran palacetes a sus criadas.

—Parece ser una costumbre en determinadas familias —explicó Chloé.

Arquíloco movió la cabeza:

—También yo he sido nombrado director general de las secciones cañones atómicos y fórceps.

—Lo sé.

—Con un sueldo extraordinario.

—Tanto mejor.

—Y también consejero eclesiástico mundial. En mayo tendré que ir a Sidney.

—Será nuestro viaje de bodas.

—No —dijo él— lo será éste.

Y sacó los dos billetes de su bolsillo.

—Nos iremos a Grecia el viernes. En el *Julia*.

Pero luego tuvo un instante de perplejidad.

—¿Cómo sabes tú estas cosas sobre mi carrera? —preguntó sorprendido.

Ella se incorporó y era tan bonita que Arquíloco bajó la mirada. Parecía dispuesta a decir algo, pero renunció con un suspiro tras haber contemplado un rato a Arquíloco, pensativa, y volvió a hundirse en sus almohadas.

—La ciudad entera habla de ellas —dijo por último con voz extraña.

—¿Y quieres casarte conmigo mañana? —balbuceó él.

—¿Y tú no?

Arquíloco aún no se atrevía a alzar la mirada porque ella se había quitado de encima la ropa de cama. En general ya era difícil mirar hacia algún sitio en ese dormitorio; por todas partes se veían cuadros de dioses y diosas desnudos, un gusto que él nunca hubiera sospechado en la descarnada Mrs. Weeman.

«¡Estas inglesas!», pensó. «Por suerte son buenas con las criadas y se les puede perdonar su concupiscencia», y le hubiera gustado tumbarse, abrazar a Chloé y dormir sin más ni más, durante horas, sin soñar, aunque con un profundo sueño, al cálido resplandor de la chimenea.

—Chloé —dijo en voz baja—, todo lo que ha ocurrido es tan desconcertante para mí, y sin duda también para ti, que a ratos casi no me siento a mí mismo y pienso que

soy otro y debería estar realmente en mi buhardilla, con sus manchas en las paredes, y que tampoco tú has existido. El obispo Moser me dijo hoy que es mucho más difícil soportar la dicha que la desdicha, y a veces creo que tiene razón. La desgracia no sorprende; sobreviene porque tiene que sobrevenir. Pero la dicha adviene por casualidad, lo cual me hace temer que la nuestra llegará a su fin tan rápidamente como empezó y que todo esto no es sino un juego que están jugando conmigo y contigo, con una criada y un subcontable.

—Ahora no debes pensar en estas cosas, querido —dijo Chloé—. Te he estado esperando todo el día, por fin estás aquí. ¡Qué guapo eres! ¿No quieres quitarte el abrigo? Seguro que es de O’Neill-Papperer.

Pero cuando se disponía a quitárselo, Arnolph se dio cuenta de que aún tenía las flores en la mano.

—Mira —dijo—. Rosas blancas.

Quiso darle las flores y tuvo que inclinarse sobre la cama, pero dos suaves brazos blancos lo acogieron y tiraron de él hacia abajo.

—Chloé —atinó a decir con voz jadeante—, aún no te he explicado los dogmas fundamentales de la Iglesia neopresbiteriana primitiva.

Pero en ese momento, alguien carraspeó detrás de él.

El consejero eclesiástico mundial se incorporó de un salto y Chloé se escurrió bajo las sábanas dando un grito. Ante la cama con dosel estaba el dueño de la galería, tiritando de frío y hecho una sopa. Ralos mechones de pelo caían por su frente, el bigote le goteaba y los dientes le castañeteaban. Tenía la ropa pegada al cuerpo y la estructura de alambre de Passap en las manos. Desde sus pies hasta la puerta se extendía un charco que brillaba a la luz de las velas y en el cual flotaban algunas estrellas de papel.

Que se había descongelado, dijo el marchante.

Arquíloco lo miró fijamente.

Y le había traído la estatua, añadió el dueño de la galería.

Arnolph, confuso, le preguntó por fin qué quería.

Que no tenía la menor intención de molestar, replicó Nadelör sacudiéndose las mangas, de las que el agua caía al suelo como de dos tubos, pero se dirigía a él como cristiano y consejero eclesiástico mundial para rogarle que telefonara lo más pronto posible a un médico: estaba ardiendo de fiebre y sentía punzadas en el pecho y unos dolores atroces en la región lumbar.

—Muy bien —dijo Arnolph, se arregló la ropa y se puso en pie—. Será mejor que deje aquí la estatua.

—Como usted desee —replicó Nadelör y puso la estatua junto a la cama con dosel, no sin lanzar un gemido; también le dolía la vejiga.

—Mi novia —presentó Arquíloco señalando el promontorio formado por la ropa de cama.

—Debería avergonzarse —dijo el marchante mientras nuevos surtidores manaban de su cuerpo—. Como cristiano que es, usted...

—¡Es mi novia de verdad!

—Puede usted contar con mi discreción.

—Con su permiso —dijo Arquíloco y empujó a Nadelör fuera de la habitación. Pero en el *boudoir*, junto a la silla con el sostén, el corsé y las braguitas, el dueño de la galería volvió a detenerse.

Que un baño le vendría bien, dijo, y señaló tiritando la puerta abierta del cuarto de baño y el agua verde y humeante de la bañera.

—Imposible.

—Un consejero eclesiástico mundial como usted...

—Como quiera —replicó Arquíloco.

Nadelör se desvistió y se metió en la bañera.

—No se vaya —suplicó totalmente desnudo y ya en el agua, melindroso, bañado en sudor y abriendo mucho sus febriles e implorantes ojos—. Podría desmayarme.

Arquíloco tuvo que friccionarlo.

El dueño de la galería empezó a sentir miedo.

—Ojalá no venga el dueño de la casa —gimió.

—El dueño de la casa soy yo.

—Pero si usted mismo ha dicho...

—Acaban de regalarme este palacete.

El otro tenía fiebre alta y estaba dando diente con diente.

—Dueño o no —dijo—, nunca más saldré de esta casa.

—¡Créame! —le rogó Arquíloco—, ¡tenga confianza en mí!

Que aún le quedaba un resto de sentido común, suspiró Nadelör saliendo de la bañera.

—Un cristiano como usted... ¡Estoy desilusionadísimo! Tampoco usted es mejor que los otros.

Arquíloco lo envolvió en un albornoz azul a rayas que había en el baño.

—Y ahora lléveme a una cama —dijo el marchante en un gemido.

—Pero...

—Un consejero eclesiástico mundial como usted...

—Bueno.

Y Arquíloco lo condujo a la cama con dosel del salón Renacimiento. En ella se acostó. Que en seguida telefonaría al médico, dijo Arnolph.

—Primero una botella de coñac —pidió el dueño de la galería resollando y tiritando—. Eso me ayuda siempre. Y usted, como buen cristiano...

Que iría al sótano a buscarla, prometió Arquíloco y, con aire cansado, se dispuso a bajar a por ella.

Pero ya en la escalera, que encontró después de dar varias vueltas, oyó un lejano vocerío que subía desde abajo. Todo estaba iluminado, y al llegar al fondo vio corroborada su sospecha: su hermano Bibi estaba tumbado en el suelo junto con los mellizos Jean-Christophe y Jean-Daniel, entonando canciones populares entre un cerco de botellas vacías.

—¡Mirad quién baja de las alturas! —exclamó Bibi entusiasmado al ver a su hermano—. ¡El tío Arnolph!

Qué estaba haciendo allí, le preguntó Arnolph preocupado.

—Descorchar licores y entonar canciones: «Un cazador del Kurpfalz».

—Bibi —dijo Arnolph con dignidad—, quisiera pedirte que no cantes. Éste es el sótano de mi casa.

—Pues bien —rió Bibi— ¡vaya carrerón el que has hecho! Te felicito. Instálate allí, hermano Arnolph, directamente en el sofá.

Y ofreció a su hermano un bota vacía que alzó de un charco de vino tinto.

—Venga, niños —exhortó a los mellizos que, como un par de monos, hacían gimnasia en la rodilla y los hombros de Arnolph—, cantadle un salmo al títo.

«Practica siempre la lealtad y la sinceridad», cantaron Jean-Christophe y Jean-Daniel con voz chillona.

Arquíloco intentó sacudirse el cansancio.

—Hermano Bibi —dijo—, tengo que hablar contigo de una vez por todas.

—¡Basta de canturreo, mellizos! ¡Atención! —balbuceó Bibi—. ¡El tío Arnolph quiere pronunciar un discurso!

—No es que me avergüence de ti —dijo Arnolph—, eres mi hermano y sé que en el fondo de tu corazón eres un hombre bueno y tranquilo, un ser noble. Pero conociendo tus debilidades he de ser severo contigo, como un padre. Te he ayudado, y cuanto más dinero te daba, peor os iban las cosas a ti y a tu familia, y ahora te encuentro nada menos que borracho en mi sótano.

—Una simple equivocación, hermano Arnolph, creí que era el sótano del ministro de guerra. Una pura y simple equivocación.

—Tanto peor —respondió Arnolph con voz triste—, no hay que meterse en los sótanos ajenos. Acabarás en la penitenciaría. Y ahora te irás a casa con tus mellizos y mañana ocuparás tu puesto en la sección fórceps de Petit-Paysan.

—¿A casa? ¿Con este frío? —preguntó Bibi aterrado.

—Te llamaré un taxi.

—Quieres que mis tiernos mellizos se congelen —repuso Bibi indignado—. En nuestra barraca llena de viento se morirán con esta temperatura. Veinte grados bajo cero.

En la bóveda contigua se oyó un estrépito. Mathäus y Sebastian, de doce y nueve años, salieron corriendo y se precipitaron sobre el tío, trepándosele a las rodillas y los hombros detrás de los mellizos.

—Tirad los puñales cuando trepéis sobre el tío Arnolph, Mathäus y Sebastian —ordenó el hermano Bibi.

—¡Dios mío! —preguntó Arnolph debajo de sus cuatro sobrinos—, ¿a quién más has traído aquí?

—Sólo a mami y al tío capitán —dijo Bibi abriendo una botella de vodka—, y también a Magda-Maria con su nuevo galán.

—¿Con el inglés?

—¿Cómo que inglés? —dijo Bibi asombrado—, ése ya pasó a la historia, ahora es un chino.

Cuando volvió a donde estaba Nadelör, lo encontró dormido, aunque presa de violentos delirios febriles. Pero ya era demasiado tarde para llamar a un médico. Arquíloco estaba agotado. Del sótano continuaba llegando el eco de los cantos. No se atrevió a seguir una vez más el rastro de estrellas y cometas hasta el dormitorio de Chloé; se tumbó en el sofá, no lejos de la silla con el sostén y el corsé, y, tras quitarse por fin el abrigo de O'Neill-Papperer y taparse con él, se durmió en seguida.

Hacia las ocho de la mañana fue arrancado de su sueño por una criada con delantal blanco.

—De prisa, señor —dijo la criada—, coja su abrigo y váyase, aquí al lado está durmiendo el dueño de casa.

Y abrió una puerta que él no había visto antes y que daba a un amplio pasillo.

—¡Qué absurdo! —dijo Arquíloco—; el dueño de casa soy yo. Quien está durmiendo al lado es Nadelör, el dueño de la galería de arte.

—¡Oh! —dijo la muchacha e hizo una reverencia.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Sophie.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis años, señor.

—¿Llevas ya tiempo aquí?

—Medio año.

—¿Te contrató Mrs. Weeman?

—Mademoiselle Chloé, monsieur.

Arquíloco pensó que debía de haber un equívoco, pero no siguió preguntando por pudor.

—¿Desea café el señor? —preguntó la muchacha.

—¿Se ha levantado ya mademoiselle Chloé?

—Duerme hasta las nueve.

Entonces él dijo que ya le diría algo a las nueve.

—*Mon Dieu*, monsieur —dijo Sophie moviendo la cabeza—: a esa hora mademoiselle toma su baño.

—¿A las nueve y media?

—Le hacen masajes.

—¿A las diez?

—Vendrá monsieur Spahtz.

Que quién era, preguntó Arquíloco sorprendido.

—El sastre.

Y cuándo podría entonces ver a su novia, exclamó Arnolph desesperado.

—*Ah non* —repuso Sophie enérgicamente—. Están preparando la boda y mademoiselle tiene muchísimo que hacer.

Que lo llevara a la salita para desayunar, le dijo Arquíloco resignado, al menos quería comer algo.

Desayunó en el saloncito donde *maître* Dutour le hiciera entrega del palacete, servido por un digno mayordomo de cabellos grises (los mayordomos y camareras parecieron proliferar de pronto por todas partes). Le sirvieron un huevo, jamón (que no tocó), café, zumo de naranja, uvas y unos aromáticos panecillos con mantequilla y mermelada, mientras allá fuera despuntaba el día tras los árboles del parque, frente a

los altos ventanales, y los regalos de boda empezaban a afluir al palacete. Flores, cartas, telegramas, montañas de paquetes. Las furgonetas postales se detenían en la puerta, tocaban el claxon, se atascaban; los regalos se iban hacinando más y más cada vez, en la sala, en el salón, a los pies de la cama y sobre las mantas del ya olvidado propietario de la galería, que seguía delirando con la fiebre, mudo y digno.

Arquíloco se limpió la boca con la servilleta. Se había pasado casi una hora comiendo, serio y silencioso; no había probado bocado alguno desde los fideos y el puré de manzana que comiera donde Georgette. En el aparador había botellas con aperitivos y licores, cajas de aromáticos y frágiles puros —Partagas, Dannemann, Costa Penna—, paquetes de cigarrillos de diversos colores; lo invadió un primer impulso de probar todo aquello, pero reprimió su sentimiento, aterrado. Disfrutó de aquella hora temprana como dueño de casa, aunque los cantos y el griterío de la pandilla de Bibi, que a ratos llegaban claramente desde el sótano, provocaron cierto revuelo: la cocinera gorda que había bajado hasta allí volvió a subir bastante desgreñada y casi violada por el tío capitán.

Aterrado, el mayordomo dijo que una banda de forajidos había invadido la casa y quiso llamar a la policía.

Arquíloco le indicó por señas que no lo hiciera.

—Es sólo mi familia.

El mayordomo hizo una reverencia.

Que cómo se llamaba, preguntó Arnolph.

—Tom.

—¿Qué edad?

—Setenta y cinco, señor.

—¿Lleva ya mucho tiempo aquí?

—Diez años.

—¿Lo contrató Mr. Weeman?

—Mademoiselle Chloé.

Tiene que haber otro equívoco, pensó Arquíloco, pero por segunda vez se abstuvo de seguir preguntando. Se sentía un poco avergonzado ante aquel mayordomo de setenta y cinco años.

Éste le dijo que a las nueve llegaría O'Neill-Papperer a preparar el frac para la boda. Goschenbauer ya había enviado el sombrero de copa.

—Perfecto.

—Y a las diez, el funcionario del Registro Civil. Aún quedaban unas cuantas formalidades pendientes.

—Muy bien.

—A las diez y media pasará monsieur Wagner a entregarle el título de doctor *honoris causa* de la Facultad de Medicina, otorgado por los méritos del señor Arquíloco en el campo de los fórceps.

—Lo esperaré.

—A las once vendrá el embajador norteamericano con una carta de felicitación del presidente de los Estados Unidos.

—Lo celebro.

—A la una tendrá lugar un pequeño refrigerio con los testigos de boda, y a las dos menos veinte está prevista la salida hacia el Registro Civil. Después de la capilla de Eloísa, almuerzo en el Ritz.

Quién había organizado todo aquello, preguntó Arquíloco perplejo.

—Mademoiselle Chloé.

—¿Cuántos invitados?

Que mademoiselle deseaba una fiesta íntima, fue la respuesta. Exclusivamente los amigos más próximos.

—Totalmente de acuerdo.

—Por eso hemos invitado sólo a doscientos.

Arquíloco se quedó un tanto desconcertado.

—Bueno —dijo finalmente—. No entiendo absolutamente nada. Llámeme un taxi a las once y media.

—¿No quiere que le lleve Robert?

Quién era ese señor, preguntó Arquíloco.

—El chófer —respondió el mayordomo—. El señor posee el Studebaker rojo más bonito de la ciudad.

«Muy extraño», pensó Arquíloco, pero en ese momento llegó O'Neill-Papperer.

Y así, poco antes de las once y media se dirigió en coche al Ritz, a buscar a Mr. y Mrs. Weeman. Encontró a los dos ingleses en el vestíbulo del hotel, un salón feudal con sofás afelpados y poltronas de todo tipo, con cuadros tan oscuros colgados a las paredes que a duras penas se reconocían los objetos en ellos representados, frutas o piezas de caza. La pareja estaba sentada en un sofá, leyendo revistas. Él, la *Nueva revista arqueológica*, ella, el *Boletín de arqueología*.

—Mrs. y Mr. Weeman —dijo Arnolph dirigiéndose a ellos con voz emocionada y entregando dos orquídeas a la sorprendida inglesa—. Ustedes son las mejores personas que jamás he conocido.

—Well —dijo Mr. Weeman chupando su pipa, y puso a un lado la *Nueva revista arqueológica*.

—Los elevaré a los números uno y dos de mi ordenación moral del mundo.

—Yes —dijo Mr. Weeman.

—Los admiro aún más que al presidente del gobierno y al obispo de los neopresbiterianos primitivos.

—Well —dijo Mr. Weeman.

—Quien regala algo de corazón, merece que se lo agradezcan de corazón.

—Yes —dijo Mr. Weeman mirando a su esposa con ojos desorbitados.

—Thank you very much!

—*Well* —dijo Mr. Weeman y luego otra vez «*Yes*», y sacó su cartera, pero Arquíloco ya había desaparecido.

«Amables, pero un tanto reservados estos ingleses», pensó en su Studebaker rojo (el más bonito de la ciudad).

No eran solamente unas cuantas beatas de la comunidad neopresbiteriana primitiva las que aguardaban el cortejo nupcial frente a la capilla de Eloísa, sino que en la Emil-Kappeler-Strasse se fueron agolpando gigantescas masas humanas semicongeladas que formaban largas colas en las aceras. Golfos harapientos colgaban de las farolas y de unos pocos árboles raquíuticos como racimos de uvas sucias de cal. La columna de coches dobló entonces por el boulevard Merckling, viniendo del ayuntamiento y encabezada por el Studebaker rojo del cual bajaron Chloé y Arquíloco. La multitud chillaba y rugía de entusiasmo. «¡Viva Arquíloco!» «¡Viva Chloé!», gritaban los hinchas del ciclismo hasta enronquecer, y tanto madame Bidet como su Auguste (que esta vez no iba en traje de ciclista) estaban llorando. Poco después llegó la carroza del presidente del gobierno, tirada por seis corceles blancos y escoltada por la guardia de corps con yelmos dorados y penachos blancos, montada en ágiles caballos negros. La capilla de Eloísa se llenó. No era un edificio precisamente bonito; más bien parecía una pequeña fábrica, sin torre, con paredes otrora blancas, pero ya seriamente deterioradas, un producto desafortunado en todo sentido de la arquitectura religiosa moderna, rodeado por unos pocos cipreses melancólicos, y como el mobiliario, adquirido a muy buen precio, había pertenecido a una antiquísima iglesia demolida para dejar sitio a una plaza, el interior se correspondía con el exterior. Era pobre y sin ornamentación, con toscos bancos de madera y un púlpito macizo que se alzaba, solitario, en aquel espacio; una gran cruz semidestruida colgaba en la angosta pared de enfrente de la entrada, que recordó a Arquíloco su vieja mansarda con las manchas verdosas y amarillentas y sus altas ventanas en forma de troneras, a través de las cuales caían rayos oblicuos en cuyo haz luminoso bailaban las partículas de polvo. Pero a medida que los invitados a la boda empezaron a poblar aquel mundo pobre, piadoso y enmohecido, que olía a viejas beatas, perfume barato y también un poco a ajo, el espacio se volvió amable y cálido, el destello de las joyas y los collares de perlas lo fue llenando, los hombros y pechos refulgían, y nubes de los mejores perfumes se elevaron a lo alto, hasta la viguería medio carbonizada (una vez la iglesia estuvo a punto de quemarse). El obispo Moser subió dignamente al púlpito en su hábito negro de neopresbiteriano primitivo. Colocó su Biblia de relucientes cantos dorados sobre el tosco atril del púlpito, juntó las manos y miró hacia abajo, al parecer un tanto abochornado, su rosada cara bañada en sudor. Justo debajo de él estaban sentados los novios, Chloé con sus grandes ojos negros llenos de fe, radiante de alegría, envuelta en una tenue nube de velos en los que temblaba un rayo de sol, y a su lado Arquíloco muy tieso, también algo perplejo, casi irreconocible en su frac (O'Neill-Papperer) —de los viejos tiempos sólo

conservaba las gafas finas y cubiertas de polvo, que le quedaban un tanto torcidas—, sosteniendo el sombrero hongo (Goschenbauer) y los guantes blancos (De Stutz-Kalbermatten) en las rodillas. Detrás de ellos, pero separado de los demás asistentes, se hallaba el presidente del gobierno con su barba en punta, el rostro surcado por innumerables arruguitas, los blancos cabellos salpicados de oro, en uniforme de general de caballería, el largo sable entre las descarnadas piernas protegidas por un reluciente par de botas. Y detrás del presidente del gobierno estaban los testigos: el embajador americano con la blanca pechera del frac repleta de condecoraciones, y el rector magnífico con todas sus dignidades; luego seguían los invitados, un tanto incómodos en los bancos de madera: Petit-Paysan, *maître* Dutour junto a su imponente consorte, que descollaba como una montaña nevada de perlas, Passap, también de frac, las manos aún manchadas de azul cobalto, y luego señores (sobre todo señores) de la alta aristocracia, la crema de la crema de la capital, con rostros solemnes; y cuando el obispo se disponía a empezar su prédica entró incluso Fahrcks, el revolucionario, con mucho retraso, el último, el más bajo en la ordenación moral de Arnolph; su gigantesca y maciza cabezota con el hirsuto bigote y los rizos color rojo fuego se erguía entre los poderosos hombros, y la papada le rozaba la pechera del frac, donde bailaba una medalla de oro del Kremlin, guarnecida de rubíes.

Las palabras, dijo el obispo Moser al iniciar su homilía en voz baja y susurrante, visiblemente incómodo y sin dejar de moverse en su púlpito, las palabras que deseaba pronunciar en presencia de su querida comunidad al dar comienzo a la festividad de aquel día, se hallaban en el salmo setenta y dos, un salmo de Salomón en el cual se leía: «Sea bendito el nombre de Yavhé, Dios de Israel, el único que hace maravillas». Aquel día, prosiguió el obispo, tenía que unir por toda la vida a dos personas a las que no sólo él, sino todos cuantos se habían reunido en la capilla de Eloísa, estimaban y apreciaban. Allí estaba, por un lado, la novia (el obispo Moser se interrumpió un instante), a quien todos los presentes llevaban en su corazón con gran ternura, una novia (y aquí el prelado se puso poético) que, con suma gracia, había ofrecido siempre a todos los allí congregados tanto amor, tantas cosas bellas y sublimes, en pocas palabras, tantas horas felices que jamás sabrían cómo agradecerle (el obispo se enjugó el sudor de la frente), y allí estaba el novio, prosiguió luego algo aliviado, también él un ser amable y noble, que ahora participaría de todo ese amor que su novia estaba en condiciones de prodigar tan generosamente, un habitante de nuestra ciudad que en pocos días había logrado atraer sobre sí la atención de todo el mundo al ocupar, aunque proviniendo de un medio social modesto, los cargos de director general, consejero eclesiástico mundial, doctor *honoris causa* por la Facultad de Medicina y cónsul honorario de los Estados Unidos. Y si bien era cierto que todo cuanto el hombre emprende y consigue, todos sus títulos y honores, es efímero, polvo en el viento, una nada frente a la eternidad, aquella ascensión demostraba, sin embargo, la intervención de la Gracia (aquí Fahrcks carraspeó perceptiblemente). No obstante, aquella Gracia no provenía de los hombres (aquí carraspeó Petit-Paysan), sino de Dios, como lo enseña el texto bíblico; no era el favor humano lo que había encumbrado a Arquíloco, sino el Señor, que para ello se sirve de los corazones humanos que Él dirige, y que utiliza incluso la debilidad y la caducidad humanas para conseguir sus objetivos, por lo que el honor le correspondía sólo a Él.

Así predicaba el obispo Moser, y su voz iba adquiriendo cada vez más potencia y vivacidad, sus palabras se volvían más suntuosas y patéticas cuanto más pasaba él de lo particular a lo general, cuanto más se elevaba del punto de partida de sus disquisiciones, la pareja de novios, hasta las esferas de lo infinito o lo divino, presentando un orden cósmico tan sabia y extraordinariamente constituido que, en definitiva, la voluntad de Dios hacía que todo acabara bien. Pero cuando hubo terminado, cuando hubo bajado del púlpito y celebrado el matrimonio después de que ambos murmuraran el sí, Arquíloco, del brazo de su adorable esposa de grandes y felices ojos negros, contempló, como despertándose, la concurrencia por entre la que habría de pasar acto seguido, el digno presidente del gobierno, esas damas y caballeros cargados de condecoraciones y piedras preciosas, aquellas personas poderosas, influyentes y famosas en todo el país, y advirtió también la presencia de Fahrcks con su hirsuta cabellera pelirroja, que lo examinaba con aire burlón, el rostro contraído en una mueca maligna; y cuando el pequeño órgano empezó a gañir desde

el coro la Marcha nupcial de Mendelssohn, el griego cayó finalmente en la cuenta, ya en el punto culminante de su felicidad, envidiado por la multitud que aguardaba fuera. Palideció, vaciló. El sudor le corría por la cara.

—Me he casado con una cortesana —exclamó desesperado, como un animal herido de muerte, se desprendió de su mujer que, muy angustiada, corrió tras él hasta el portal envuelta en sus flotantes velos, y se precipitó fuera de la capilla de Eloísa, donde la multitud lo acogió con risas y voceríos, pues al ver salir solo al novio comprendió de golpe lo que había ocurrido. Arquíloco titubeó un momento entre los escasos cipreses, aterrado porque sólo entonces tomó conciencia del ingente número de espectadores. Luego pasó corriendo junto a la carroza del presidente del gobierno y la fila de los Rolls-Royce y los Buicks que esperaban, y avanzó zigzagueando por la Emil-Kappeler-Strasse, pues ora se interponía en su camino un transeúnte, ora otro, acosándolo como una jauría a una pieza de caza.

—¡Viva el cornudo de la ciudad!

—¡Abajo!

—¡Arrancadle la ropa!

En sus oídos resonaron insultos, silbidos; le arrojaron piedras, los golfos corrieron detrás de él, echándole zancadillas; cayó al suelo varias veces hasta que, ensangrentado, logró esconderse en el zaguán de entrada de una casa de vecindad, bajo una escalera; allí, acurrucado en la oscuridad, siguió oyendo los ruidosos pasos de la jauría por encima de su cabeza, que había escondido entre los brazos, hasta que los perseguidores se fueron dispersando porque no conseguían encontrarlo.

Pasó varias horas acurrucado bajo la escalera, tiritando de frío y sollozando ligeramente, mientras en el pasillo sin calefacción de la casa de vecindad oscurecía cada vez más. Con todos se había acostado, con todos, gimió para sus adentros, con el presidente del gobierno, con Passap y *maître* Dutour, con todos. El gigantesco peso de su ordenación moral del mundo le había caído encima, pulverizándolo. Por fin cobró ánimos y se puso en pie. Avanzó zigzagueando por el pasillo desconocido, tropezó con una bicicleta y llegó a la calle. Ya había anochecido. Se dirigió hacia el río bajando por callejuelas sucias y mal iluminadas, y acabó bajo los puentes, entre hordas de mendigos que yacían por tierra, graznando, envueltos en papel periódico; un perro, apenas visible en la oscuridad, intentó atacarlo; varias ratas pasaron silbando a su lado, y el agua gorgoteante le salpicaba los pies. En algún lugar sonó la sirena de un barco.

—Ya es el tercero esta semana —graznó la voz de un mendigo—. ¡Vamos, salta de una vez!

—¡Qué disparate! —dijo otro, acezante—. Hace demasiado frío.

Carcajadas.

—¡Ahórcate, ahórcate! —ladraron los mendigos acompasadamente—. Es lo más agradable, es lo más agradable.

Se alejó del río y deambuló por la ciudad vieja, sin rumbo. En algún lugar canturreaba el Ejército de Salvación. Llegó a la rue Funèbre, donde vivía Passap, apretó el paso, erró durante horas por barrios que jamás había recorrido, por barrios residenciales, colonias obreras con ruido de radios, frente a sórdidas tabernas donde resonaban las canciones satíricas de los partidarios de Fahrcks, por zonas industriales con altos hornos fantasmagóricos, y hacia la medianoche llegó a su vieja buhardilla. No encendió la luz, permaneció apoyado a la puerta, que había cerrado tras de sí, temblando, sucio, con el frac de O'Neill-Papperer destrozado (hacía rato que había perdido el sombrero hongo de Goschenbauer). Los depósitos de agua de los retretes seguían haciendo ruido, y la luz de la ventanita en la fachada de enfrente se filtraba por los polvorientos cristales, iluminando ora la cortina (con su viejo traje dominguero detrás), ora la cama de hierro, ora la silla y la tambaleante mesa con la Biblia, ora los retratos de su ex ordenación del mundo sobre el empapelado de color indefinido. Abrió la ventana; lo acometió una ráfaga maloliente y un ruido más intenso. Entonces fue arrancando los retratos de la pared uno tras otro y estrelló al presidente, al obispo, al embajador norteamericano e incluso la Biblia contra la profunda oscuridad del patio, que parecía un pozo. Sólo dejó al hermano Bibi con sus hijitos. Luego salió al tendedero, donde colgaban indefinibles y largas hileras de ropa blanca, desató una de la cuerdas, dejó caer a tierra las sábanas de alguna familia y volvió a tientas a su mansarda. Puso la mesa debajo de la lámpara, se trepó a ella, aseguró la cuerda al gancho del que colgaba la lámpara y vio que resistía. Luego hizo el nudo corredizo. La ventana se abría y cerraba ruidosamente, una corriente de viento helado le rozó la frente. Ya tenía la cabeza dentro del lazo y se disponía a saltar de la mesa, cuando la puerta de la buhardilla se abrió y alguien encendió la luz.

Era Fahrcks, vestido aún con el frac de la boda, un abrigo forrado en piel sobre los hombros; inmóvil, el macizo rostro se veía gigantesco sobre la medalla del Kremlin, la hirsuta cabellera brillaba como una llama maligna. Dos hombres le acompañaban. Uno era el secretario de Petit-Paysan, que cerró la puerta con cerrojo, mientras que el otro, un tipo enorme vestido de taxista y que mascaba chicle, cerró la ventana y puso la silla ante la puerta. Arquíloco seguía de pie encima de la mesa bamboleante, la cabeza dentro del nudo corredizo, espectralmente iluminado por la lámpara. Fahrcks tomó asiento en la silla y cruzó los brazos. El secretario se sentó en la cama. Los tres guardaron silencio; el ruido de los waters llegaba ahora amortiguado, y el anarquista contempló atentamente al griego.

—Y bien, señor Arquíloco —dijo finalmente—, debía de estar esperando mi visita.

—También usted se ha acostado con Chloé —silbó Arquíloco desde la mesa.

—Por supuesto —respondió Fahrcks—, después de todo, es la profesión de la bella damita.

—¡Váyase!

El revolucionario no se movió.

—De cada uno de los amantes de Chloé ha recibido usted un regalo de bodas —dijo—. Ahora me toca a mí: Luginbühl, entrégale *mi* regalo.

El gigante con uniforme de taxista se acercó mascando chicle a la mesa y puso un objeto redondo, parecido a un huevo, entre los pies de Arnolph.

—¿Qué es eso?

—La justicia.

—¿Una bomba de mano?

Fahrcks se rió:

—Así es.

Arquíloco sacó la cabeza del nudo corredizo, bajó con cuidado de la mesa y cogió la bomba entre sus manos, indeciso. Estaba fría y brillaba a la luz.

—¿Qué debo hacer con ella?

El viejo no respondió de inmediato. Permaneció inmóvil en la silla, acechante, sus poderosas manos estiradas sobre las rodillas.

—Quería usted quitarse la vida —dijo—. ¿Por qué?

Arquíloco calló.

—Frente a este mundo hay dos posibilidades —dijo Fahrcks lentamente y con voz áspera—. O sucumbir a él o cambiarlo.

—¡Cállese! —exclamó Arquíloco.

—Pues entonces: ¡ahórquese!

—Siga hablando.

Fahrcks se rió.

—Dame un cigarrillo, Schubert —dijo volviéndose hacia el secretario de Petit-Paysan. Luginbühl le dio fuego de un burdo mechero, y el tipo empezó a fumar, cómodamente sentado, lanzando grandes nubes de humo azulino.

—¿Qué debo hacer? —exclamó Arquíloco.

—Aceptar lo que le estoy ofreciendo.

—¿Para qué?

—Hay que derrocar el orden social que se ha mofado de usted.

—Es imposible.

—Nada más sencillo —respondió Fahrcks—. Tiene que asesinar al presidente del gobierno. El resto corre por mi cuenta —y tamborileó sobre la orden del Kremlin.

Arquíloco se tambaleó.

—No deje caer la bomba —le ordenó el viejo incendiario—; explotaría.

—¿He de convertirme en asesino?

—¿Y qué tiene de malo? Schubert, muéstrale el plano.

El secretario de Petit-Paysan se acercó a la mesa y desplegó un papel.

—Se ha aliado usted con Petit-Paysan —exclamó Arquíloco aterrado.

—¡Qué disparate! —dijo Fahrcks—. He sobornado al secretario. A esa gente se la compra con propinas.

Aquello era el plano del palacio del presidente del gobierno, empezó a explicar el secretario con toda objetividad, deslizando un dedo por encima del papel. Ésa era la pared que rodeaba el palacio por tres de sus lados. La fachada anterior estaba protegida por una verja de hierro de cuatro metros de alto. La pared tenía una altura de dos metros treinta y cinco. A la izquierda del palacio quedaba el Ministerio de Hacienda, a la derecha, el palacio del nuncio. En el ángulo formado por el patio del Ministerio de Hacienda y la pared había una escalera de mano.

Si esa escalera estaba siempre allí, quiso saber Arquíloco.

—Esta noche estará allí, bástele con saber esto —respondió el secretario—. Le llevaremos en coche hasta el *quai*. Usted escalará la pared, pasará la escalera al otro lado y bajará por ella. Allí se encontrará a la sombra de un pino. Póngase detrás del tronco y espere a que la guardia haya pasado. Luego diríjase a la parte posterior del palacio. Encontrará una puertecita a la cual llevan varios escalones. La puerta está cerrada con llave, aquí tiene la llave.

—¿Y luego?

—El dormitorio del presidente se encuentra en el primer piso, al que podrá usted acceder desde la puertecita, subiendo por la escalera principal. Arroje la bomba sobre la cama.

El secretario calló.

—¿Y una vez que haya tirado la bomba?

—Vuelva usted por el mismo camino —dijo el secretario—. La guardia entrará en el palacio por el portal principal, y usted tendrá tiempo de huir por el patio del Ministerio de Hacienda, frente al cual le estará esperando nuestro coche.

La buhardilla estaba fría y silenciosa. Hasta el ruido del agua de los retretes había cesado. Del sucio empapelado colgaba, en solitario, el hermano Bibi con sus hijitos.

—¿Qué? —interrumpió Fahrcks el silencio—. ¿Qué nos dice de estas instrucciones?

—¡No! —gritó Arquíloco pálido, temblando de miedo—, ¡no!

El viejo dejó caer su cigarrillo al suelo, por cierto muy primitivo (madera basta, llena de grandes nudos), donde siguió humeando.

—Así chillan todos al principio —dijo—. Como si el mundo pudiera cambiarse sin matar.

En la habitación contigua, una criada, despertada por los gritos de Arquíloco, golpeó varias veces la pared de la buhardilla. Arnolph se imaginó caminando por la ciudad invernal, del brazo de Chloé. Niebla sobre el río, con grandes barcos y luces desdibujadas. Veía gente que los saludaba desde tranvías y coches, hombres jóvenes, guapos, elegantes; luego vio a los invitados a la boda, cargados de oro y cubiertos de diamantes, con fracs negros, vestidos de noche y condecoraciones rojas, los rostros blancos a la dorada luz del sol, en la que bailaban partículas de polvo, y por todas partes una sonrisa benevolente que, sin embargo, era tan vulgar... Vivió una vez más el brusco y atroz momento de la toma de conciencia, de la vergüenza, se vio

precipitándose fuera de la capilla de Eloísa, entre los cipreses, se vio titubear y avanzar luego zigzagueando por la Emil-Kappeler-Strasse, entre la multitud que rugía, reía, chillaba, vio las sombras de sus perseguidores agigantarse ante él sobre el asfalto de la calle, sintió una vez más su caída, el golpe seco sobre el duro suelo, que se tiñó de sangre, las piedras, los puños que lo golpeaban como martillos, se vio acurrucado bajo la escalera de aquel zaguán desconocido, temblando, oyendo el estrépito de los pasos por encima de él.

—Lo haré —dijo.

Arquíloco, decidido a vengarse del mundo, fue conducido por Fahrcks y sus acompañantes en un coche americano al quai Tassigni, que tuvo que recorrer a pie diez minutos hasta el quai de l'Etat, donde se alzaba el palacio presidencial. Eran las dos y cuarto. El *quai* estaba desierto y un cuarto de luna se había levantado tras la catedral de San Lucas, haciendo destellar los témpanos de hielo que flotaban en el río y los extraños carámbanos y aristas de la fuente, helada, de santa Cecilia. Avanzó a la sombra de los palacios y hoteles, y pasó frente al Ritz, cuyo portero iba y venía de un lado a otro, tiritando de frío; pero aparte de él no encontró a nadie, tan sólo el coche de Fahrcks pasó varias veces a su lado como por casualidad, comprobando si Arquíloco cumplía las órdenes, y se detuvo junto al policía que custodiaba el Ministerio de Hacienda para hacerle alguna pregunta ociosa, de modo que Arnolph pudo entrar hasta el patio sin ser visto. Allí encontró la escalera de mano apoyada a la pared. Palpó la bomba en el bolsillo de su viejo abrigo remendado, que se había puesto en la buhardilla; subió por la escalera, la levantó y, sentado en lo alto de la delgada pared, la pasó a la otra parte, bajando luego por ella. Se encontró en un cuadrado de césped endurecido por el hielo, a la sombra de un pino, como le había dicho el secretario. Desde el *quai* llegaban luces muy vivas, y en algún punto resonó un bocinazo, tal vez del coche de Fahrcks; el cuarto de luna también se alzó detrás del palacio presidencial, un edificio barroco, tosco y recargado (reproducido en todos los libros de arte y elogiado por todos los críticos). Cerca de la luna brillaba una gran estrella, y las luces de posición de un avión pasaron en lo alto. Luego resonaron unos pasos sobre el camino asfaltado que bordeaba el palacio. Arnolph se pegó al tronco del pino, ocultándose entre el ramaje que llegaba hasta el suelo y lo acogió con un abrazo resinoso, rasguñándole la cara con sus pinochas. Eran dos miembros de la guardia de corps que se acercaban marchando a compás, visibles primero como dos siluetas oscuras, el fusil al hombro y la bayoneta calada, los blancos penachos ondeando a la luz de la luna. Se detuvieron frente al pino. Uno de ellos hizo a un lado el ramaje con el fusil, pero siguieron caminando sin haber notado al griego, que contuvo el aliento y había sacado la bomba de mano, creyéndose descubierto. La luna los iluminó entonces de lleno, haciendo relumbrar sus yelmos dorados y sus corazas sobre el histórico uniforme. Doblaron por la esquina del palacio. Arnolph se desprendió del pino y corrió hacia la parte posterior del edificio. Todo aparecía allí bañado en la luz de la luna, grandes pinos y sauces llorones sin hojas, un estanque helado y el palacio del nuncio. Encontró la puerta en seguida. La llave entró. La hizo girar, pero la puerta no se abrió. Debía de estar cerrada por dentro, con cerrojo. Arquíloco se desconcertó; en cualquier momento podría regresar la guardia. Se dirigió al patio posterior y contempló la fachada del palacio. La puerta trasera estaba flanqueada por dos gigantes de mármol desnudos, al parecer Cástor y Pólux, que sostenían sobre sus hombros un balcón arqueado (según los cálculos de Arnolph, éste se encontraba ante el dormitorio del presidente). Empezó a trepar muy decidido, en una especie de frenesí por perpetrar el atentado pese a todo, recorrió un muslo, un

vientre, un pecho, se aferró a una barba de mármol, se agarró a una oreja también marmórea y, apoyándose en una cabeza gigantesca, llegó hasta el balcón. En vano. Imposible abrir la puerta, y no se atrevía a romper los cristales. Volvió a oír los pasos de la guardia. Se echó sobre el frío suelo del balcón, la guardia llegó marchando a compás, como la primera vez, y pasó por debajo de él. La puerta del balcón estaba bordeada por una serie de hombres y mujeres desnudos, figuras de tamaño superior al natural, entre las que se interponían cabezas de caballo, todas claramente iluminadas por la luna, combatiendo entre sí en las posiciones más terribles y complicadas, desgarrándose unas a otras como pudo comprobar Arnolph, tumbado aún en el balcón: un combate entre Amazonas, evidentemente; y en medio de aquel entrevero de cuerpos advirtió la abertura de una ventana redonda. Se aventuró a subir por ese mundo de dioses marmóreos, entre pechos y muslos poderosos, temiendo constantemente que la bomba pudiera explotar en el bolsillo de su abrigo; gateó sobre vientres de héroes, recorrió espaldas arqueadas y dislocadas; una vez consiguió incluso aferrarse a la espada desenvainada de un guerrero cuando ya creía que iba a precipitarse, y, presa del pánico, se acurrucó entre los brazos de una amazona moribunda, cuyo rostro bañado por la luna contempló tiernamente, mientras muy por debajo de él la guardia de corps completaba su ronda por tercera vez y se detenía.

Arquíloco vio cómo la guardia entraba en el parque iluminado y observaba la fachada del palacio.

—Allí ha trepado alguien —dijo uno de los dos guardias tras una detenida observación.

—¿Dónde? —preguntó el otro.

—Allí.

—Qué va, es sólo una sombra entre los dioses.

—No son dioses, son Amazonas.

—¿Y eso qué es?

—Mujeres con un solo seno.

—Pero si tienen dos.

—Algún escultor olvidadizo —replicó el primero—. Pero allí arriba se ha escondido alguien. Le obligaré a bajar.

Y apuntó con su fusil. Arquíloco no se movió.

El otro protestó:

—¿Quieres despertar a todo el barrio con tus tiros?

—Te digo que allí hay alguien.

—No hay nadie. ¿Quién podría llegar hasta allí?

—En realidad tienes razón.

—¿Ya ves? ¡Vamos!

Y ambos se alejaron acompasadamente, los fusiles nuevamente al hombro. Arnolph siguió trepando, llegó finalmente a la ventana y se deslizó por ella. Se hallaba en el segundo piso, en un retrete de paredes altas y vacías, iluminado por la

luz de la luna que entraba a través de la ventana abierta. Estaba agotado, al trepar se había ido cubriendo de polvo y palomina, y el brusco paso del marmóreo mundo de los dioses a su nuevo entorno lo devolvió a la realidad. Respiraba penosamente. Abrió la puerta y se encontró en un amplio vestíbulo que daba por dos de sus lados a sendas salas, también iluminadas por la luna, con estatuas entre las columnas; sólo vagamente reconoció la ancha escalera arqueada. Bajó sigilosamente al primer piso, llegó al pasillo del que le había hablado el secretario, atisbo por entre las altas ventanas en dirección al *quai* y se asustó cuando las luces de la ciudad lo cegaron. Debajo, en el patio, se estaba realizando el cambio de guardia, una solemne ceremonia con saludos militares, taconazos, posición de firmes y paso de parada. Volvió a la oscuridad, se deslizó en silencio hacia la puerta del dormitorio en el extremo opuesto del pasillo y la abrió sin hacer ruido, sosteniendo la bomba en la mano derecha. Por la alta puerta del balcón entraba la luz de la luna, de un brillo intenso: era la puerta ante la cual había estado fuera. Arnolph penetró en la habitación para buscar la cama y arrojar la bomba de mano, pero no vio ninguna cama ni presidente del gobierno que durmiera en ella, tan sólo una canasta con vajilla. Aparte de eso, la habitación estaba vacía. Todo era falso. Hasta los anarquistas van a veces mal orientados. Confuso, retrocedió y empezó a buscar empecinadamente a su víctima. Subió al segundo piso, la bomba lista, luego al tercero, recorrió fastuosos salones y salas de reunión y conferencias, pasillos, saloncitos, oficinas con máquinas de escribir ocultas, galerías de cuadros, una sala de armas con viejas armaduras, cañones y estandartes colgados, donde una alabarda le rasgó una manga. Por último, cuando subió al cuarto piso siguiendo cautelosamente la pared de mármol, advirtió en ella un resplandor. Alguien debía de haber encendido la luz. Cobró ánimos y siguió avanzando. La bomba de mano le daba una sensación de poder. Llegó al pasillo. El cansancio se le había ido. Recorrió con la mirada ese pasillo que terminaba en una puerta. Estaba entreabierta. En la habitación había luz. Avanzó de prisa sobre la mullida alfombra, pero al abrir la puerta, la mano en alto con la bomba, se encontró cara a cara con el presidente del gobierno en bata, tan de improviso que Arquíloco apenas tuvo tiempo de esconder la bomba en el bolsillo de su abrigo.

—Disculpe —balbuceó el autor del fallido atentado.

—¡Ah, es usted, apreciado señor Arquíloco! —exclamó el presidente del gobierno muy contento, estrechando la mano del sorprendido griego—. Le estuve esperando toda la tarde, y ahora, por casualidad, desde mi ventana le he visto escalar la pared. Buena idea. Mi guardia de corps es demasiado escrupulosa. Esos tíos no le habrían dejado entrar. Pero ya está usted aquí, lo cual me alegra muchísimo. ¿Cómo ha podido entrar en la casa? Me disponía a enviarle a mi criado. Llevo sólo una semana viviendo en el cuarto piso, es más agradable que el primero, sólo que el ascensor no siempre funciona.

Arquíloco balbuceó que la puerta trasera no estaba cerrada con llave. Había dejado pasar el momento preciso y ahora estaba demasiado cerca de su víctima.

—Pues llega usted a tiempo —dijo el presidente en tono alegre—. Mi ayuda de cámara, el viejo Ludwig, o Ludewig, como le llamo yo (tiene mucho más aspecto de presidente que yo), había improvisado una pequeña cena.

—Gracias —dijo Arquíloco ruborizándose, y añadió que no quería molestar.

Que no molestaba en absoluto, replicó amablemente el anciano caballero de la barba en punta.

—A mi edad ya no se duerme mucho: pies fríos, reumatismo, preocupaciones personales y propias del cargo presidencial, dada la tendencia actual de los Estados a derrumbarse, y a menudo acostumbro tomar algún refrigerio en las largas noches que paso en mi solitario palacio. Por suerte, el año pasado instalaron calefacción central.

—Hace un calor francamente agradable —comprobó Arquíloco.

—¡Pero qué aspecto tiene! —exclamó asombrado el presidente—. Todo cubierto de polvo. Ludewig, cepíllalo un poquito.

—Con su permiso —dijo el ayuda de cámara liberando la ropa de Arnolph del polvo y la palomina de la fachada. Arquíloco no osó oponerse; temía que la bomba estallara en el bolsillo de su abrigo mientras lo estuvieran cepillando y se alegró cuando Ludewig le ayudó a quitárselo.

—Se parece a mi mayordomo del boulevard Saint-Père —le dijo.

—Es mi hermanastro —observó el ayuda de cámara—. Veinte años menor que yo.

—Tenemos que hablar de muchas cosas, pienso —dijo el presidente guiando a su asesino por el pasillo con todas las luces ya encendidas.

Entraron en un saloncito iluminado por velas, que daba al *quai*. Sobre una mesita colocada junto a la ventana se veía una preciosa vajilla, varias copas de reluciente cristal y servilletas blancas.

«Lo estrangularé», pensó Arquíloco con arrogancia «será más fácil».

—Sentémonos, mi apreciado y respetable amigo —dijo el cortés y anciano presidente tocando ligeramente el brazo de Arnolph—, desde aquí podemos observar el patio si nos apetece, a esos señores de la guardia con sus penachos blancos, que se sorprenderían muchísimo si supieran que alguien ha entrado en mi casa. La idea de la

escalera es excelente, y me alegra tanto más cuanto que también yo, a veces, me subo a la pared con una escalera de mano, de noche, exactamente como usted acaba de hacerlo, y que quede entre nosotros, por favor. Hay ocasiones en que hasta un viejo presidente del gobierno ha de recurrir a tales medios, pues en la vida hay asuntillos que conciernen, sin duda, a todo hombre de honor, mas no a los señores de la prensa. Ludewig, sírvenos el champagne.

—Muchas gracias —dijo Arquíloco. «Pero lo asesinaré pese a todo», pensó.

—También hay pollo —dijo muy contento el anciano caballero—, siempre tenemos un poco en la cocina, Ludewig y yo, champagne y pollo a las tres de la mañana. Algo muy sensato. Supongo que escalar esa pared le habrá despertado un hambre canina.

—Un poco —dijo Arquíloco sinceramente y pensó en su escalada. El ayuda de cámara sirvió con extrema dignidad, aunque temblando muy seriamente.

—No se preocupe por el temblequeo de Ludewig —dijo el presidente—. Ya ha servido a seis de mis antecesores.

Arnolph limpió sus gafas con la servilleta. «Con la bomba hubiera sido más fácil», pensó. Aún no sabía cómo actuar. No podía decir «disculpen» y empezar a estrangularlo; además, también tendría que matar al ayuda de cámara para que no llamara a la guardia, lo cual complicaría aún más la operación. De modo, pues, que comió y bebió, primero para ganar tiempo y adaptarse a las nuevas circunstancias, y luego porque le agradaba. El digno y anciano caballero lo calmó. Le pareció estar sentado frente a un padre al que podía confesárselo todo.

Que el pollo era excelente, dijo el presidente con voz elogiosa.

—Realmente —admitió Arquíloco.

—También el champagne es bueno.

—Nunca pensé que hubiera algo tan delicioso —confesó Arquíloco.

—Charlemos un poco sin hurtarnos mutuamente el cuerpo, hablemos de su hermosa Chloé que, después de todo, es lo que le preocupa y desconcierta —exhortó el anciano.

—Hoy, precisamente, me llevé un gran susto en la capilla de Eloísa —dijo Arquíloco— cuando, de buenas a primeras, me di cuenta de la verdad.

—Yo también tuve esa impresión —corroboró el presidente.

—Al verle allí sentado —confesó Arnolph—, en la iglesia, con todas sus condecoraciones, de pronto me pasó por la cabeza que sólo había ido a la boda porque entre usted y Chloé...

—¿Me admiraba usted mucho? —preguntó el anciano caballero.

—Usted era mi modelo. Le consideraba un enemigo acérrimo del alcohol —observó Arquíloco tímidamente.

—Eso me lo inventó la prensa —murmuró el presidente—; como el gobierno está haciendo una campaña contra el alcoholismo, siempre me fotografían con un vaso de leche.

—También decían que en el plano moral era usted severísimo.

—Es sólo una idea de la Asociación de Mujeres. ¿Es usted abstemio?

—Y vegetariano.

—¿Y ahora está bebiendo champagne y comiendo pollo?

—Ya no tengo ideales.

—Lo siento.

—Son todos unos hipócritas.

—¿También Chloé?

—Usted sabe perfectamente lo que es Chloé.

—La verdad —observó el presidente poniendo a un lado un hueso de pollo mordisqueado y apartando un poco el candelabro que se interponía entre ellos—, la verdad es siempre algo incómoda cuando sale a la luz, no sólo para las mujeres, sino para todos y en particular para la gente vinculada al gobierno. A veces también yo quisiera salir huyendo de mi palacio, que encuentro horrible ya desde un punto de vista puramente arquitectónico, como usted de la capilla de Eloísa, pero me falta valor para hacerlo y acabo trepando a escondidas por esa pared. No quiero defender a ninguno de los concernidos —prosiguió—, y mucho menos a mí mismo; es éste un asunto sobre el cual resulta difícil hablar decentemente, cosa que sólo se hace de noche y en la intimidad, cuando se hace, pues en cada conversación de éstas se mezclan opiniones y principios morales que no vienen al caso, y porque las virtudes, pasiones y defectos de los hombres están tan próximas unas de otras que el desprecio y el odio surgen fácilmente allí donde no debería haber sino respeto y amor. De ahí, mi estimado amigo, que sólo quiera decirle una cosa: si hay un hombre al que envidia, es usted, y si hay alguno por el cual temo, es también usted... He tenido que compartir a Chloé con muchos otros —añadió al cabo de un momento, dejándose caer en un sillón Biedermeier e informando a Arquíloco casi con ternura—, era una reina en un reino oscuro y elemental. Era una cortesana. La más célebre de la ciudad. No quiero cohonestar este hecho, soy demasiado viejo para hacerlo. Le agradezco que me entregase su amor y no hay nadie a quien yo recuerde con mayor gratitud. Pero ahora se ha alejado de todos nosotros para irse con usted, de suerte que aquel día, para ella un día de alegría, fue para nosotros una fiesta de despedida y de agradecimiento.

El anciano presidente del gobierno calló y, con aire ensoñador, se alisó la cuidada barbita con la mano derecha; el ayuda de cámara sirvió más champagne, y fuera se oyeron las órdenes tajantes y el paso de parada de la guardia de corps. También Arquíloco se había arrellanado en su sillón y pensaba, con extrañeza, en la bomba ya inútil que llevaba en el bolsillo de su abrigo, cuando al mirar por entre las cortinas de la ventana vio el coche de Fahrcks esperando frente al Ministerio de Hacienda.

—Por lo que a usted respecta, mi apreciado amigo —siguió diciendo en voz baja el presidente al cabo de un rato, encendiéndose un pequeño puro rubio que el ayuda de cámara le había alcanzado (Arquíloco también se animó a fumar)—, entiendo la

impetuosidad de sus sentimientos. ¿Qué hombre no se sentiría ofendido en su situación? Pero son precisamente estos sentimientos tan naturales los que es preciso combatir, ya que provocan los mayores desórdenes. Ayudarle no puedo (¿quién podría hacerlo?), sólo puedo esperar que supere usted un hecho que nadie es capaz de negar y sólo le parecerá caduco e insignificante si tiene el valor de creer en el amor que le brinda Chloé. El milagro que ocurrió entre ustedes dos sólo es posible y creíble gracias al amor, fuera del cual se convierte en una farsa. Está usted caminando, pues, por un estrecho puente, sobre abismos peligrosos, sobre una espada, como los musulmanes cuando se dirigen a su paraíso, al menos así lo he leído alguna vez; pero sírvase un poco más de pollo —añadió invitando a su frustrado asesino—, de verdad está excelente y siempre es un consuelo.

Arquíloco seguía allí, iluminado por la luz de las velas, inmerso en el agradable calor de la salita. De las paredes colgaban, encuadrados en pesados marcos de oro, estadistas y héroes fallecidos tiempo atrás, que lo observaban pensativos, extraños, sublimes, perdidos ya en la eternidad. Una quietud desconocida había invadido su alma, una incomprensible serenidad debida no sólo a las palabras del presidente —al fin y al cabo qué son las palabras—, sino a su tono bondadoso, paternal, afable.

—Usted ha sido favorecido por la Gracia —observó aún el anciano caballero—, el motivo de esta Gracia puede ser doble, y depende de usted decidir cuál es: el amor, si cree en ese amor, o el mal, si no cree en ese amor. El amor es un milagro que siempre es posible, el mal, un hecho omnipresente. La justicia condena el mal, la esperanza aspira a corregirlo y el amor lo ignora. Sólo el amor es capaz de aceptar la Gracia tal cual es. No hay nada más difícil, lo sé. El mundo es horrible y absurdo. La esperanza de que haya un sentido detrás de todo ese absurdo, detrás de todo ese horror, sólo pueden conservarla quienes, pese a todo, siguen amando.

Calló, y por primera vez pudo Arquíloco pensar de nuevo en Chloé sin horror, sin espanto.

Luego, cuando las velas se hubieron consumido, el presidente ayudó a Arquíloco a ponerse el abrigo con la bomba ya inútil en el bolsillo y lo acompañó, ya que en ese momento el ascensor no funcionaba, hasta el portal de entrada; pues, como él mismo dijo, no quería molestar a Ludewig que, tieso y correcto, se había dormido de pie junto al sillón de su señor: una obra maestra de equilibrio que, según el anciano caballero, había que respetar a toda costa. Ambos atravesaron, pues, el palacio vacío y bajaron por la ancha escalera arqueada: Arquíloco consolado, reconciliado con el mundo, ansioso por ver a Chloé, el presidente más bien con aires de director de museo, encendiendo ora las luces de esta sala, ora las de aquella, y dando las explicaciones necesarias. Aquí organizaba las grandes ceremonias, dijo señalando un monumental salón de gala; allí recibía la dimisión del primer ministro dos veces al mes, y en aquel salón íntimo, con un Rafael casi auténtico, había tomado el té con la reina de Inglaterra y su príncipe consorte y estuvo a punto de dormirse cuando el príncipe consorte empezó a hablar de la Marina, nada lo aburría más que las historias relacionadas con la Marina, y sólo la habilidad del jefe de protocolo logró evitar una desgracia: lo despertó en el momento decisivo y le susurró al oído una respuesta apropiada al tema. Por lo demás, los ingleses estuvieron muy simpáticos, añadió. Luego se despidieron como dos amigos que hubieran hecho las paces tras haberse sincerado mutuamente. Desde el portal de entrada, el anciano aún le hizo un gesto de despedida con la mano, sonriente y feliz. Arquíloco miró hacia atrás. El palacio se alzaba en la noche fría, lóbrego, como una gigantesca cómoda decorada, el cuarto de luna ya no se veía. Pasó por entre los guardianes, que lo saludaron militarmente, y llegó al quai de l'Etat, aunque al ver el coche de Fahrcks acercarse desde el Ministerio de Hacienda, cortó por la ruelle Etter, entre la nunciatura y la legación suiza, llegó a la rue Stäbi, frente al bar Pfyffer, y allí cogió un taxi. No quería volver a encontrarse con Fahrcks. Luego atravesó a toda prisa el parque, dominado por el único deseo de estrechar a Chloé entre sus brazos. El palacete rococó estaba iluminado. A sus oídos llegó un salvaje vocerío. La puerta de entrada estaba abierta. Espesas y amarillentas nubes de humo de puros y pipas llenaban la atmósfera. El hermano Bibi y sus hijitos habían tomado posesión de toda la casa. Por todas partes había miembros de la banda sentados o tumbados, borrachos y balbuceantes: en los sofás, bajo las mesas, envueltos en cortinas arrancadas; los vagabundos, rufianes y chulos de la ciudad parecían haberse congregado allí; en las camas chillaban mujeres, haciendo relucir sus blancos senos; en la cocina había delincuentes que devoraban y consumían sonoramente las provisiones de la despensa y del sótano; en el comedor, Mathäus y Sebastian jugaban al hockey con dos patas de madera; en el pasillo, el tío capitán practicaba el lanzamiento de cuchillo con la mami, mientras Jean-Christophe y Jean-Daniel jugaban a las bolitas con su ojo de vidrio, y Theophil y Gottlieb, con sendas prostitutas en las rodillas, se divertían resbalándose por la baranda de la escalera. Presa de un mal presentimiento, Arnolph subió corriendo al piso de arriba, pasó junto a Nadelör, el propietario de la galería, que aún seguía en su cama

delirando con la fiebre, atravesó el *boudoir*, al que llegaba, desde el baño, el canto de una voz masculina, un chapoteo de agua y la voz chillona de Magda-Maria, y cuando se precipitó en el dormitorio, encontró a su hermano Bibi en la cama con una amante (desnuda); por más que buscara, investigara, hurgara, no encontraba a Chloé por ningún lado.

—¿Dónde está Chloé?

—¡Qué pasa, hermano! —dijo Bibi en tono de reproche, saboreando un puro—. Nunca entres en un dormitorio sin llamar antes.

Bibi no pudo seguir hablando. En su hermano se había operado una transformación. Si se había precipitado al palacete guiado por los sentimientos más tiernos, lleno de amor y deseos de Chloé, esos sentimientos se convirtieron de pronto en cólera. La conciencia de haber mantenido absurdamente a esa familia durante años, la desvergüenza con que se habían apoderado de su palacete, y el temor de haber perdido a Chloé por su propia culpa le transformaron en una furia humana. Se volvió un Ares, un dios griego de la guerra, como había predicho Passap, con cuya escultura de alambre arremetió contra el complacido fumador que se había instalado con su amante en el lecho matrimonial del hermano. Bibi se incorporó dando un grito y, alcanzado por un gancho en la mandíbula, avanzó tambaleándose hasta la puerta, donde Arnolph volvió a darle su merecido, aunque ocupándose ya de la amante, a la que arrastró por los cabellos hasta el corredor y aventó hacia el capitán, que acudía atraído por los bramidos de Bibi, de suerte que ambos rodaron con gran estrépito por la escalera. De todas las puertas empezaron a salir entonces navajeros, rufianes y otra gentuza que se abalanzaron sobre él: ora miembros de su familia, como Theophil y Gottlieb, a quienes lanzó por la escalera de caracol junto con Nadelör y la cama estilo Renacimiento; ora Sebastian y Mathäus, a los que propinó un palizón; ora Magda-Maria con su admirador (chino), a quienes arrojó desnudos al parque por los cristales rotos de la ventana; ora chusma desconocida. Por el aire volaron prótesis y patas de sillas, la sangre salpicaba, las prostitutas huían, mami se desmayó, los chulos y monederos falsos ponían pies en polvorosa, la cabeza gacha, silbando de miedo como las ratas. Arnolph repartía golpes a diestra y siniestra, estrangulaba, rasguñaba, empujaba, tiraba al suelo, hundía cabezas y entrechocaba frentes, violó a una prostituta mientras sobre él pasaban silbando piernas de palo, llaves inglesas, porras de goma y botellas, se incorporó de nuevo, se liberó, echando espuma, lleno de astillas, utilizó una mesa redonda como escudo, floreros, sillas, cuadros al óleo, a Jean-Christophe y a Jean-Daniel como proyectiles, y así, avanzando, destrozando y pisoteando todo entre indecibles maldiciones, arrojó a toda la banda de malhechores de su casa, donde ahora los tapices colgaban en jirones, cual banderolas que ondeaban movidas por ráfagas de viento helado, entre el humo de tabaco que se disipaba, y aún llegó a tirar tras la ululante jauría su bomba de mano, que iluminó el jardín junto con las primeras luces del alba.

Luego permaneció largo rato de pie a la entrada de su destrozado palacete,

contemplando la mañana que ya despuntaba, plateada, tras los olmos y pinos del parque. Soplaban ráfagas de aire caliente que azotaban y sacudían los árboles: estaba empezando el deshielo. El hielo del tejado se fundía y el agua corría por los canalones. Todo goteaba, enormes masas de nubes pasaban rápidamente sobre los tejados y jardines, pesadas, grávidas; la lluvia empezó a caer en tenues velos. Destrozado, apenas vestido, Nadelör pasó a su lado cojeando, temblando en la humedad matinal.

—Usted, como cristiano...

Arquíloco no le hizo caso. Miraba fijamente ante sí con los ojos hinchados, cubierto de costras de sangre, el frac de novio hecho trizas —el forro colgaba hacia fuera— y sin sus gafas, que había perdido.

FINAL 1

(Sigue el final para bibliotecas de préstamo.)

Empezó a buscar a Chloé.

—¡Dios mío, señor Arnolph! —exclamó Georgette al verlo ante el mostrador pidiendo un Pernod—. ¡Dios mío! ¿Qué le ocurre?

—No logro encontrar a Chloé.

El local estaba atestado de gente. Auguste atendía. Arquíloco bebió su Pernod de un trago y pidió un segundo.

—¿Ha buscado en todas partes? —preguntó madame Bieler.

—Donde Passap, donde el obispo, por todas partes.

—Ya aparecerá —le consoló Georgette—. Las mujeres no se pierden tan fácilmente y muchas veces están donde uno menos se imagina.

Luego le sirvió un tercer Pernod.

—Por fin —dijo Auguste, aliviado, a los hinchas del ciclismo—. Por fin empieza a beber.

Arquíloco siguió buscando. Se metió en conventos, en pensiones, en casas de apartamentos; Chloé había desaparecido. Recorrió su palacete vacío y el parque desierto, deteniéndose bajo el húmedo follaje. Sólo el ruido del viento entre los árboles, sólo nubes que se perseguían sobre los tejados. Una súbita nostalgia se apoderó de él, nostalgia de Grecia, de los peñones rojizos y los oscuros bosquecillos, nostalgia del Peloponeso.

Dos horas más tarde se embarcó, y desde el coche que se acercaba velozmente con los bandidos de Fahrcks dispararon contra el *Julia* que, envuelto en el humo de su chimenea, se deslizaba entre la niebla haciendo sonar la sirena. Las balas, dirigidas contra el terrorista desertor, sólo consiguieron destrozar, sin embargo, la bandera nacional verde y oro, que ondeaba cansinamente.

En el *Julia* viajaban Mr. y Mrs. Weeman, que observaron a Arquíloco con aire preocupado una tarde que éste se les acercó.

Mar Mediterráneo. La cubierta llena de sol. Tumbonas por todas partes. Arquíloco dijo:

—Ya he tenido el honor de hablar varias veces con ustedes.

—*Well* —musitó Mr. Weeman.

Arnolph se disculpó. Sólo había sido un malentendido.

—*Yes* —dijo Mr. Weeman.

Luego, Arquíloco pidió que le permitieran colaborar en las excavaciones que realizasen en su antigua patria.

—*Well* —replicó Mr. Weeman, dobló el *Boletín de arqueología* y añadió, rellenando su corta pipa—: *Yes*.

Y así empezó a excavar en Grecia en busca de antigüedades, en una región del Peloponeso que no correspondía en absoluto a la idea que él se había hecho de su patria. Cavaba bajo un sol despiadado. Rocalla, serpientes, escorpiones y unos

cuantos olivos raquíuticos que se recortaban contra el horizonte. Montañas bajas y peladas, manantiales secos, ni siquiera arbustos. Un buitre que describía círculos sobre su cabeza, obstinadamente: imposible ahuyentarlo. Trabajó varias semanas pico en mano y bañado en sudor, excavando lentamente una colina en la que, entre los restos de una muralla que por fin salió a la luz, empezó a brotar arena, una arena que el sol volvió incandescente, que se le metía a Arnolph bajo las uñas y le irritaba los ojos. Mr. Weeman esperaba haber desenterrado un templo de Zeus, Mrs. Weeman suponía más bien un santuario de Afrodita. La discusión entre ambos se podía oír a varias millas de distancia. Los griegos se habían retirado hacía rato. Los mosquitos zumbaban, las moscas le cubrían la cara, caminaban sobre sus ojos. Empezó a oscurecer, a lo lejos relinchó un mulo, un relincho agudo y quejumbroso. La noche era fría. Arquíloco estaba recostado en su tienda, junto a la zona de excavación; Mr. y Mrs. Weeman se hallaban a diez kilómetros de allí, en la capital del distrito, un pueblucho miserable. Aves nocturnas rozaban la tienda al pasar volando; murciélagos. Muy cerca aulló un animal desconocido, quizás un lobo, luego otra vez silencio. Se quedó dormido. De madrugada le pareció oír unos cuantos pasos muy leves. Siguió durmiendo. En cuanto el sol, rojo y ardiente, tocó su tienda desde las absurdas colinas peladas, Arnolph se puso en pie. Avanzó vacilante hasta su solitario lugar de trabajo, la muralla. Seguía haciendo frío. Arriba, en lo alto, el buitre volvía a dar vueltas en círculo. Entre las ruinas aún se estaba casi a oscuras. Las extremidades le dolían. Se puso a trabajar y cogió la pala. Frente a él vio un oblongo montón de arena que brillaba en la penumbra, pero ya al dar el primer golpe, cauteloso, con la pala, notó una resistencia. «La diosa del amor o Zeus», pensó curioso, preguntándose quién tendría razón, si la arqueóloga o el arqueólogo. Empezó a cavar con ambas manos, sacó la arena y desenterró a Chloé.

Se quedó mirando fijamente a su amada, sin atreverse casi a respirar.

—¡Chloé! —exclamó—. ¡Chloé! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Ella abrió los ojos, pero permaneció echada en la arena.

—Muy simple —dijo—, te vine siguiendo. Teníamos dos billetes.

Luego se sentaron en la muralla y contemplaron el paisaje griego, las montañas bajas y peladas bajo ese sol fuertísimo, los olivos raquíuticos en lontananza y el blanco resplandor de la capital del distrito en el horizonte.

—Ésta es la patria —dijo ella—, la tuya y la mía.

—¿Dónde has estado? —preguntó él—. Te estuve buscando por toda la ciudad.

—Donde Georgette. Arriba, en el apartamento.

Dos puntos se movían a lo lejos, acercándose. Mr. y Mrs. Weeman. Ella, entonces, le hizo su declaración de amor, un poco como, en otros tiempos, Diotima a Sócrates (aunque no tan profunda, claro está; como hija de un mayorista griego, Chloé Saloniki era más enérgica, más práctica... con lo cual, de paso, hemos enmendado su origen).

—Ya lo ves —dijo mientras el viento jugueteaba con sus cabellos y el sol rodaba cada vez más alto en el cielo y los ingleses se aproximaban cada vez más en sus mulas—; ahora ya sabes lo que he sido, esto ha quedado claro entre nosotros. Estaba harta de mi profesión, que era tan dura como cualquier profesión honesta. Pero además, estaba triste. Sentía deseos de amar, de cuidar de alguien, de estar a su lado no sólo por darle placer, sino también para compartir sus penas; y una mañana en que la niebla envolvía mi palacete, una niebla invernal, oscura, que duraba ya semanas, leí en *Le Soir* que un griego buscaba una griega y decidí amar a *aquel* griego, sólo a él y a nadie más, pasara lo que pasara y fuera como fuera. Y así vine a verte ese domingo por la mañana, con la rosa. No quería ocultarme. Fui con mi mejor vestido. Como yo quería aceptarte tal como eras, también tú debías aceptarme tal como yo era, y cuando te vi sentado a la mesa, perplejo, desvalido, con la leche humeante y limpiándote las gafas, te amé en seguida. Pero como creíste que yo era una chica virgen, como demostraste tener tan poca experiencia de la vida que fuiste incapaz de adivinar mi profesión, cosa que hicieron Georgette y su marido, no me atreví a destruir tu sueño. Temía perderte y sólo compliqué las cosas. Tu amor se tornó ridículo, y cuando en la capilla de Eloísa descubriste la verdad, también se derrumbó junto con tu mundo. Y estuvo bien que así fuera. No fuiste capaz de amarme sin conocer la verdad, y sólo el amor fue más fuerte que ella, que amenazaba con destruirnos. El amor de tu ceguera tenía que ser destruido para dar paso a ese otro amor que ve y es el único que cuenta.

Transcurrió, sin embargo, un buen tiempo hasta que Chloé y Arquíloco pudieron regresar. El gobierno fue derrocado. Fahrcks, con la orden del Kremlin bajo su papada, asumió el control supremo; el cielo nocturno se tiñó de rojo. Banderas por todas partes, coros de manifestantes gritando: *Ami go home*; por todas partes pancartas, retratos gigantescos de Lenin y del primer ministro ruso aún no derrocado. Pero el Kremlin estaba lejos, hacían falta dólares y el poder personal era muy tentador. Fahrcks se pasó al bando occidental, hizo ahorcar al jefe de la policía secreta (el secretario de Petit-Paysan) y se instaló con todos los honores en el palacio presidencial del quai de l'Etat, protegido por la misma guardia de corps con yelmos dorados y penachos blancos que había cuidado de su predecesor. Llevaba su cabello pelirrojo pulcramente peinado, y el bigote bien cortado. Moderó su régimen, sus ideales empalidecieron y un buen día de Pascua entró en la catedral de San Lucas. Retornó el orden burgués, pero Chloé y Arquíloco perdieron el rumbo. Aún intentaron recuperarlo por un tiempo. Abrieron una pensión en el palacete. Passap, ya fuera de circulación, les alquiló un cuarto (en el terreno artístico Fahrcks se mantenía fiel al realismo socialista); también se apuntaron *maître* Dutour, arruinado; Hercule Wagner, igualmente destituido, y su imponente esposa; el depuesto presidente del gobierno que, siempre cortés, se limitaba a observar el curso de los acontecimientos, y, por último, Petit-Paysan (la unión con el trust del caucho y de los lubricantes fue su ruina), que ahora realizaba labores domésticas: en suma, una sociedad en bancarrota. Sólo faltaba el obispo. Se había pasado a los neopresbiterianos de los penúltimos cristianos. Los pensionistas bebían leche y, los domingos, Perrier; vivían tranquilamente, en verano bajo los árboles del parque, absortos en toda suerte de ensoñaciones, envueltos en un mundo de quietud. Arquíloco estaba consternado. Iba a ver a su hermano, que, junto con mami, el tío capitán y sus hijitos, cultivaba un jardincillo en la periferia de la ciudad; de hecho, la paliza había operado milagros: Mathäus aprobó el examen de Magisterio, Magda-Maria el de Puericultura, y los otros ingresaron parte en la fábrica, parte en el Ejército de Salvación. Pero Arnolph no se quedaba mucho tiempo. La atmósfera de formalidad, el capitán que fumaba su pipa y la mami que hacía calceta lo aburrían tanto como Bibi, que ahora iba en lugar de él a la capilla de Eloísa. Cuatro veces por semana.

—Se le ve un poco pálido, monsieur Arnolph —dijo Georgette al verlo una vez más de pie ante el mostrador (detrás de ella, encima de las botellas de licor y aguardiente colgaba ahora Fahrcks en el marco de *edelweiss*)—, ¿le preocupa algo?

Le alcanzó una copa de Pernod.

—Todos beben leche —masculló él—. Los hinchas del ciclismo y ahora también su marido.

—¿Qué quiere que haga? —dijo Auguste, siempre con su camiseta amarilla y frotándose las esmirriadas piernas—. El gobierno ha iniciado una nueva campaña antialcohólica. Además, al fin y al cabo soy un deportista.

Arquíloco observó luego que Georgette abría una botella de Perrier.

«También ella», pensó con tristeza. Y cuando estuvo junto a Chloé en la cama con dosel, detrás de la cortinas rojas, y la leña ardía en la chimenea, le dijo:

—Se está muy bien aquí en nuestro palacete con los pensionistas que envejecen tan contentos; no quisiera quejarme, pero este mundo virtuoso en el cual vivimos se me antoja siniestro. Tengo la impresión de haber convertido yo al mundo y de que él me hubiera convertido a mí, de suerte que todo viene a ser igual que antes y ha resultado inútil.

Chloé se había incorporado.

—Todo el tiempo pienso en nuestra muralla, en nuestra patria —dijo—. Aquella vez que me cubrí de arena para darte una sorpresa y, tumbada así en la oscura madrugada, miraba al buitre que giraba sobre la muralla, sentí algo duro debajo de mí, algo pétreo, como dos grandes semiesferas.

—¡La diosa del amor! —exclamó Arquíloco saltando de la cama.

Chloé también se levantó.

—Jamás dejemos de buscar a la diosa del amor —susurró—, de lo contrario, ella nos abandonará.

Se vistieron sin hacer ruido, hicieron sus maletas, y cuando al día siguiente, a eso de las once, Sophie entró en el dormitorio tras haber llamado mucho rato en vano, seguida por los preocupados pensionistas, lo encontró vacío.

FINAL 2



FRIEDRICH DÜRRENMATT (Konolfingen, Suiza, 5 de Enero de 1921 - Neuchâtel, Suiza, 14 de Diciembre de 1990), fue un pintor y escritor suizo en lengua alemana. Hombre polifacético, fue un gran autor teatral; escribió, para la radio y la televisión, ensayos literarios, filosóficos y novelas «negras».

Hijo de un pastor protestante, estudió teología y filosofía en Berna y Zurich. Empezó trabajando como dibujante, grafista y crítico de teatro. «Escribo conociendo lo absurdo de este mundo, pero sin desesperar», dijo como comentario a sus comedias satíricas e inconvencionalmente moralistas en las que, a menudo, se mezcla lo cruel con lo grotesco y que lo convirtieron en uno de los dramaturgos más significativos de la segunda mitad del siglo XX. Inició su escritura teatral con *Está escrito* (Es steht geschrieben, 1947), sobre los anabaptistas; *El ciego* (Der blinde, 1947); *Rómulo el Grande* (Romulus der Grosse, 1949), sobre la caída del Imperio Romano y la inutilidad de lo heroico; *El matrimonio del señor Mississippi* (Die Ehe des Herrn Mississippi, 1952), comedia satírica y paródica que trata la imposibilidad de cambiar la naturaleza humana; *Un ángel en Babilonia* (Ein Engel kommt nach Babylon, 1954). En 1964, Bernard Wicki convirtió el drama, *La visita de la vieja dama* (Der Besuch der alten Dame, 1956), en una película con el título de «La visita del rencor» y Gottfried von Einem hizo sobre esta obra una ópera en 1971.

Cabe mencionar otras obras teatrales como *Frank V* (1959), *El meteoro* (Der Meteor, 1966) y *Play Strindberg* (1969). De sus populares novelas «negras» sobresalen *El juez y su verdugo* (Der Richter und sein Henker, 1950), *La sospecha* (Der Verdacht, 1951) y *Justicia* (Justiz, 1985).

Además de versiones propias de dramas, entre otros de W. Shakespeare y J. A. Strindberg, escribió también numerosas piezas radiofónicas y textos sobre teoría teatral.

Notas

[1] Cita, algo modificada, de un célebre verso (508) del *Fausto* de Goethe. (N. del T.)

<<